

Las reglas de Navidad del CEO viudo

YULE TRAVALON

Las reglas de Navidad del CEO viudo

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

Índice
Sinopsis
Palabras del autor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
También te puede gustar…

Sinopsis

Age gap · Slow burn · Gruñón x risueña · Proximidad forzada · Convivencia bajo el mismo techo · Sanación emocional · Redención del héroe

La noche en que nació mi hija, enterré a la mujer que amaba.

Desde entonces, aprendí a vivir por reglas.

Las reglas me mantienen en pie.

Las reglas mantienen la casa en silencio.

Las reglas mantienen la Navidad fuera de la puerta.

Nada de árbol, nada de luces, nada de música.

Nada que me recuerde el último diciembre en el que todavía tenía una familia completa.

Me llamo Liam Crawford. CEO, viudo, padre de una niña autista que todo el mundo mira como una historia inspiradora… menos yo, que sé exactamente lo que le cuesta sobrevivir a cada flash, a cada ruido, a cada roce.

Cuando Emma cruza la puerta de mi casa, solo necesito una cosa: alguien competente, discreto, que cuide de mi hija y siga mis reglas.

El problema es que Emma no está hecha para obedecer en silencio.

Cuestiona mis decisiones, discute con el consejo, se enfrenta a los fotógrafos, se arrodilla en el suelo con Lyra en mitad de una crisis mientras yo solo sé mirar informes… y, poco a poco, me obliga a ver que quizá no estoy protegiendo a nadie.

Solo me estoy escondiendo.

Cuando mi imagen pública se desmorona y la directiva sugiere convertir a la niñera de mi hija en mi novia de fachada, debería parecerme ridículo.

Pero lo peor no es la propuesta.

Lo peor es darme cuenta de cuánto la quiero cerca… y de lo poco que merezco a ninguna de las dos.

Iba a ser otro fin de año marcado por la culpa.

Hasta que ella llegó.

Hasta que empecé a preguntarme si, esta vez, la Navidad puede significar algo más que perderlo todo.

Palabras del autor

Pensé que no volvería a escribir una historia.

No es que se me hubieran acabado las ideas rondándome la cabeza—tengo cientos—, ni los personajes deprimidos, locos y caricaturescos a los que dar vida—tengo miles—, pero en los últimos años sentí que el ritmo se había frenado… y este año solo escribí y terminé este libro (El bebé del mafioso lo escribí el año pasado).

Me di cuenta de que me pasaba algo raro en 2022.

El médico me diagnosticó burnout, lo traté y… vida que sigue.

Pero yo no seguí.

Me quedé atrapado en una lentitud en la que el mundo se volvía cada vez más agresivo y yo me sentía asfixiado, encogido y asustado, porque era como si mi vista, mi oído y buena parte de mis órganos internos estuvieran dejando de funcionar o bajando el ritmo.

Más rondas de pruebas. Y, en medio de todo eso, cosas horribles que algún día espero tener el valor de abrir el corazón y contaros.

En resumen: este año retrocedí hasta el punto de empezar a quedarme no verbal. Sí, eso mismo: dejé de hablar. Y estaba cada vez más irritable, nervioso, sensible, con la vista borrosa y durmiendo más de doce horas al día.

El mundo parecía querer aplastarme.

El sonido, las luces, la gente, el contacto, el olor… de repente, todo lo que yo «aguantaba, porque tenía que ser un hombre, porque no podía ser un 'tiquismiquis', porque así decían que funcionaba la

vida en sociedad» se rompió dentro de mí y me encerré en la habitación durante días.

Culpándome por no ser capaz de salir de casa y que me diera el sol.

Y culpándome aún más por no ser capaz de concentrarme y tener nuevas historias que contar.

Creo que ha llegado el momento de compartir algo que os he ocultado durante este año: soy autista. Y tengo un TDAH que estaba casi destrozándome la cognición.

No quise contarlo antes porque… tenía muchísimo miedo. Muchísima culpa. Muchísima rabia. Miedo porque… ¿quién me va a escuchar? ¿Y quién me va a querer así? Culpa porque no fue fácil, tía. He funcionado todo este tiempo como si tuviera un 5% de batería, siempre agotado, siempre enfermo, siempre cayéndome a pedazos. Si lo hubiera sabido antes, ¿qué podría haber hecho por mí? Y… rabia.

Rabia contra mí. Rabia contra mis padres. Y rabia, sobre todo, contra Dios.

¿Por qué me había hecho esto? ¿Qué hice para merecerlo? ¿Cómo puedo arreglar en mí cosas que… no tienen cura? ¿Estoy condenado a esto? ¿Nunca podré ver el mundo como alguien «normal»? ¿Cómo voy a explicarle a la gente que toda esa distancia emocional, esa indiferencia y, a veces, esa forma directa que interpretan como grosera no es intencional, sino solo… mi manera de ser?

Me llevó unos meses cuidarme, tener seguimiento médico y psicológico y… me perdoné.

Hice las paces conmigo. Hice las paces con mis padres. Y le pedí perdón a Dios; creo que hicimos las paces.

De algún modo, más o menos a principios de noviembre, entendí que esta es la forma en la que atravieso el mundo, me relaciono con las personas y lo transformo todo en historias.

Desde pequeño siempre lo he sentido todo en exceso. Sonidos, luces, palabras, silencios. Siempre he notado cambios en el ambiente antes de que fueran evidentes para los demás. Siempre he necesitado estructura para funcionar, previsibilidad para no perderme, verdad para sentirme a salvo.

Durante años pensé que eso era un fallo de carácter, que era un mimado, inmaduro o incluso un sociópata, como algunos miembros de mi familia me echaban en cara cuando era niño, porque parecía siempre apático, indiferente y que «no me importaban», cuando, en realidad, los quería muchísimo; solo estaba intentando demostrarlo a mi manera: con silencio, con apoyo, sin presionar y escuchando.

Todos esos dolores y marcas me hicieron darme cuenta desde muy temprano de que soy HORRIBLE comunicándome. Y cuanto más intento explicar las cosas, más confusas parecen.

Hasta que un día, un hombre al que admiraba muchísimo le estaba dando una lección de vida a una señora, leyendo un largo pasaje de la Biblia. Y toda aquella historia traía un significado y un secreto sobre la buena manera de vivir… y yo aprendí.

Aprendí que, para comunicarme, tenía que contar historias.

Y es lo que hago desde que tengo siete años.

Y lo haré hasta el día de mi muerte.

Porque contar historias es el único lugar seguro para mí, donde la improvisación emocional, la lectura de subtexto y los juegos sociales que yo simplemente no entiendo empiezan a tener sentido.

Mira: en el papel (o en Word), mi mundo tiene sentido.

Las emociones quedan claras, los conflictos se nombran y las relaciones tienen principio, medio (a veces final) y consecuencia. No queda nada flotando en el aire esperando a que alguien «adivine». Así entendí que escribir siempre fue la forma que encontré de traducir un mundo que, fuera de ahí, me parecía demasiado confuso y demasiado ruidoso.

Este libro es mi regreso a las historias, porque todo ese miedo, esa culpa y esa rabia están aquí. De una forma visceral, violenta, a veces divertida y a veces agresiva como un animal prehistórico intentando sobrevivir.

Y voy a escribir, no solo porque tengo algo que decir, sino porque quiero entenderme. Y comunicarme. Y esta es la única forma coherente que he encontrado de hacerlo.

El autismo no es quien soy. Es solo la lente a través de la cual lo veo todo. Incluso el amor, el cuidado, el deseo y la reconstrucción después de la pérdida.

Y esa lente me permitió llegar hasta aquí, aunque fuera difícil y casi me deshiciera por el camino. Esa lente me permitió crear personajes que son mi intento de entender a las personas, crear historias que son mi laboratorio para comprender por qué la gente hace lo que hace, y finales felices que deseo para todas vosotras.

Después del seguimiento y del tratamiento, necesito decir que el mundo ya no duele. Y me invadió, no una paz—que era lo que yo quería—, sino una comprensión de quién soy, de mi lugar en el mundo y del legado que dejaré.

Por quienes no pudieron ocupar ese lugar.

Por quienes sienten que la vida los limitó de alguna manera.

Y por quienes encuentran en el arte una forma de comunicarse, o de comunicarse de algún modo dentro del arte.

Todas vosotras sois, y siempre seréis, muy bienvenidas en mi universo.

Seguid siempre el camino de las hormigas.

Yule.

«El amor consiste en dos soledades que se protegen, se tocan y se saludan».

— Rainer Maria Rilke, *Cartas a un joven poeta*

Prólogo

Liam Crawford

No sabía que la vida podía empezar y terminar en el mismo minuto.

Aquella noche, todos dijeron que debía ser feliz, porque me había convertido en padre. Pero para mí fue el instante en el que perdí al amor de mi vida y me convertí en un hombre solitario.

Seis años después, cerca de esa fecha, el nudo en la garganta y el dolor en el pecho parecían iguales.

Cerré los ojos y giré en la butaca, rumiando aquel recuerdo como si fuera la parte más importante de mí: el pasillo blanco del hospital, el chirrido agudo de las ruedas de la camilla resonando mientras se llevaban a mi esposa lejos de mí y, después, las puertas automáticas del quirófano cerrándose en mi cara.

Lo único que me quedó en ese momento fue quedarme quieto, con las manos inútiles pegadas al cuerpo, esperando un milagro.

Era Navidad y lo que todos decían era que, en una época mágica como aquella, los milagros podían suceder.

—Señor Crawford, por favor, siéntese aquí. Su mujer está en manos del mejor equipo médico de Florida; en breve este momento de tensión pasará y lo único que recordará será la felicidad por el nacimiento de su primera hija.

Me senté.

La espalda se me quedó rígida en la butaca mullida, pero no conseguí relajarme. Era como si la tensión en los músculos fuera lo único que me mantenía entero.

Miraba el reloj digital de la pared, las luces de Navidad parpadeando frenéticamente en la recepción, el árbol decorado con bolas rojas y doradas y… lo odié todo.

Era 24 de diciembre.

Ahí fuera, la ciudad estaba agitada, llena de alegría forzada.

Aquí dentro, los otros padres sostenían bolsas de regalo. Yo sostenía el miedo con las dos manos, apretándolo hasta que los dedos se me pusieran blancos.

No era feliz.

Y necesitaba, con urgencia, sentir algo que no fuera el vacío.

—Va a salir todo bien —fue lo que oí de la enfermera de guardia.

Pero nadie podía garantizarlo. Nadie estaba ahí dentro con ella.

Nadie era el idiota que, ignorando los dolores que ella tenía, creyó que daba tiempo a pasar por casa a por la maleta, el cargador del móvil, la cámara… y perdió los minutos que podrían haber sido los últimos.

Mi último recuerdo de ella era una discusión a toda prisa sobre qué álbum de jazz deberíamos escuchar de camino.

Un recuerdo banal y cobarde.

Cuando el médico abrió la puerta, una hora después, yo ya lo sabía.

Su cara tenía la misma expresión que veía en las series de Netflix cuando ocurría lo peor: estaba cansado, vencido, pero entrenado para ser objetivo.

No me miró directamente, y ese desvío de la mirada fue la confirmación que necesitaba.

—Señor Crawford… —Se quitó el gorro y se frotó la frente—. Hemos tenido una complicación muy grave. Pero… hemos logrado salvar a la bebé.

Por un segundo, no lo entendí.

Fruncí el ceño y avancé hacia él.

—¿Y mi esposa? —Mi voz salió áspera—. ¿Dónde está? ¿Puedo verla? ¿Está bien?

El silencio que vino después fue peor que cualquier respuesta.

Intenté leer la verdad en sus ojos, al mismo tiempo que me resistía a aceptarla.

El médico inspiró hondo y bajó la mirada.

—Hicimos todo lo que pudimos, pero… no conseguimos controlar la hemorragia posparto. Lo que quiero decir es que su esposa perdió mucha sangre. Lo intentamos todo, pero no lo superó.

—Usted dijo que era el mejor equipo médico de Florida.

—Lo sé. Su esposa estuvo en manos de los médicos más experimentados, pero… no lo superó.

Parpadeé despacio, intentando asimilarlo.

Y lo único que conseguí decir en ese momento fue:

—Voy a arruinarle la vida, a destruir a cada persona dentro de este lugar y a cerrar este hospital.

—Señor Crawford, ahora es momento de centrarse en su hija…

—¿Qué pasa con mi hija?

—Es muy pequeña, nació prematura. Por ahora conseguimos estabilizarla, pero permanecerá en la UCI neonatal y va a necesitar

cuidados intensivos en las próximas semanas.

Mi hija estaba viva.

Y mi esposa estaba muerta.

No existía un manual para esa clase de matemáticas. No existía manera de celebrar un nacimiento de rodillas, en el suelo frío del hospital, con sabor a bilis en la garganta, mientras el cuerpo de la mujer a la que amaste más que a tu propia vida ya no estaba.

Lo único que quedó fue la culpa.

Debí traerla antes. Debí haberme fijado en su dolor de espalda, ese que dijo que era «normal». Debí insistir en cambiar de hospital, de médico, de ciudad, de planeta. Debí hacer cualquier cosa menos confiar en que el mundo iba a ser justo con la única persona que convirtió mi vida en algo soportable.

—Mi esposa… —Intenté decir su nombre, pero no me salió. Se me atascó, como si pronunciarlo fuera una traición—. ¿Puedo… verla?

Negó con la cabeza, con los ojos llenos de una lástima que yo no quería.

—Todavía no. —Su mano se posó en mi hombro, pero la aparté de inmediato—. Necesito que firme unos documentos. Luego podremos organizarlo. A la bebé, sin embargo… si quiere… puedo llevarlo hasta ella.

La niña que debería haber sostenido en brazos mientras mi esposa sonreía, cansada, sudada, feliz. La niña a la que debería haber acunado mientras decidíamos juntos si la nariz era mía o la boca era suya. La niña por la que debería haber llorado de alegría.

En lugar de eso, me di la vuelta y salí de aquel hospital a caminar.

Algo dentro de mí quería verla, pero el dolor fue más fuerte que yo.

Una parte de mí sabía que no sería capaz de llamarla hija. Porque dentro de mí no había forma de conciliar esas dos informaciones —el nacimiento y la muerte, la vida y la pérdida—.

No podían existir una al lado de la otra sin destruirme.

Mi hija estaba viva porque mi esposa había muerto.

Seis años después, aún era así como recordaba el nacimiento de Lyra.

No por la primera vez que oí su llanto o por ella hipnotizada por las luces bajo la incubadora mientras los médicos la evaluaban, sino por el último suspiro de la mujer que amaba.

Estaba solo en mi despacho cuando me di cuenta de que llevaba los últimos diez minutos mirando la pantalla del portátil sin leer ni una sola palabra del contrato frente a mí.

Fuera, tras el ventanal, la ciudad ya estaba otra vez cubierta de luces de Navidad.

Bajé las persianas antes de que cayera la noche del todo. Y miré el calendario sobre la mesa, que marcaba 1 de diciembre.

El mes que pasaba once meses intentando olvidar.

—¿Crawford? —La voz de Elliot, mi abogado y único amigo, llenó la sala tras abrir la puerta y llamar con un par de golpes—. ¿Ocupado? ¿Puedo pasar?

—Pasa. Y rápido.

—Voy al grano: ya eres impaciente de forma natural, pero cuando llega esta fecha… —puso los ojos en blanco—. En fin, te alegrará saber que está todo listo para la reunión con el consejo. Y te fastidiará saber que tu ama de llaves ha llamado.

—¿Qué quiere Rosie? ¿Ha pasado algo con Lyra?

—Tu hija está bien —se apresuró a decir—. Pero Isobel ha sufrido un infarto.

Isobel trabajaba como niñera de mi hija desde que salió del hospital. Sin ella, mi vida se convertiría en un caos. Y justo en la peor fecha del año.

—¿Va a volver? —pregunté.

Él dudó.

—No en las próximas semanas. Los médicos han pedido reposo absoluto.

Cerré los ojos un segundo.

Lyra odiaba los cambios y yo también.

—Contratad a otra persona —suspiré.

—Rosie ya ha probado con los mejores contactos. Nadie quiere aceptar. O porque no trabajan con niños dentro del espectro autista, o porque no te aguantan a ti. Te cargaste la carrera de más de cincuenta médicos, cerraste un hospital, perseguiste a más de trescientos empleados y les arrancaste todo.

—Eso fue hace seis años.

—Le pediré a Rosie que ponga ese detalle en tu ficha —sonrió.

—Entonces haremos lo de siempre. —Giré el portátil hacia mí —. Un anuncio directo, exigencias severas para espantar curiosos y un sueldo alto para atraer a quien lo necesite.

Dejé que los dedos se deslizaran por el teclado.

«Se busca cuidadora/niñera a tiempo completo. Imprescindible experiencia con niños dentro del espectro autista. Discreción absoluta. Capacidad para seguir rutinas rígidas. Prohibido consumo de drogas, alcohol durante el servicio, uso de teléfono móvil y relaciones en el entorno de trabajo. Firma obligatoria de acuerdo de confidencialidad. Salario: 5000 $.»

—Asegúrate de que sea una señora conservadora y discreta, sin vida personal, que pueda estar disponible las veinticuatro horas para mi hija.

Elliot me observó en silencio.

—A veces creo que estás intentando ser un buen padre de la forma equivocada —dijo, al fin.

—No hay una forma correcta —repliqué, seco—. Solo está la que duele menos.

Le entregué el portátil para que se encargara de eso.

No tenía energía para lidiar con ello.

No solo odiaba la Navidad: detestaba que alargaran la fecha durante todo el mes, con mentiras, tonterías y una esperanza frívola de que cosas buenas pudieran pasar de repente.

Pero la verdad era que los milagros no existían.

Capítulo 1

Emma Baker

Siempre pensé que, si algún día iba a pasar vergüenza en público, sería por tropezar con un tío guapísimo en la zona de restauración.

No vestida de capibara gigante en el Zoo de Miami, rodeada de críos chillando y tirándome de la cola de peluche.

—¡CAPIBARAAAA! —berreó un niño justo en mi oído y me tiró de la cola con tanta fuerza que casi me fui al suelo.

La cabeza enorme del traje pesaba, el visor de plástico se empañaba y, por un segundo, sentí que el mundo me daba una vuelta. El olor a palomitas, refresco y dulce de canela se mezclaba con mi propio sudor. El aire caliente de diciembre se colaba por la malla del disfraz y yo sentía que iba a cocerme ahí dentro.

Esta era mi vida desde que salí de la universidad.

Formación: casi pedagoga; pero, en ese momento, capibara de centro comercial.

—¡Baila conmigo! —Una niña con un vestido rojo me agarró la pata acolchada y se puso a balancearse.

Bailé.

Di una vuelta medio torcida, meneé la cola, levanté los brazos y todos gritaron.

Las luces de Navidad parpadeaban a mi alrededor, el sonido de una versión infantil de «Jingle Bell Rock» retumbaba por la plaza

temática, y yo sonreía detrás de la cabeza de peluche como si aquello fuera el sueño de mi vida.

En realidad, lo único que quería era salir corriendo.

A ser posible, directa a un sitio con un aire acondicionado decente, una ducha caliente y una cuenta bancaria que no estuviera en números rojos.

Noté el móvil vibrar por tercera vez pegado a mi costilla, atrapado dentro del bañador deportivo que llevaba bajo el disfraz. La vibración era insistente, de esas de «cógelo ya o te vas a arrepentir».

Intenté hacerle señas a mi supervisora, pero estaba ocupada recolocando a Papá Noel para una foto con dos bebés disfrazados de elfo.

Dos canciones más.

Tres fotos más.

Un tirón más de la cola.

Cuando, por fin, el animador del micrófono anunció un «descanso para que la capibara beba agua en el lago», salí corriendo, torpe y desmadejada, por el pasillo lateral hasta la puerta de empleados.

Entré en el vestuario, me arranqué primero la cabeza de la capibara y respiré como si me hubieran sacado de un incendio.

—Si te vieras la cara… —se rio una voz conocida.

Luna estaba sentada en el banco de madera, todavía con el uniforme de la tienda de juguetes: camiseta roja, pantalón negro, zapatillas gastadas. El moño deshecho, con un lápiz atravesado en medio; la piel brillándole de calor.

—¿Qué es esto, un vibrador? —Se acercó y me cogió el móvil.

—¡Eh, dame eso!

Estiré la mano para quitárselo, pero Luna se apartó. Entonces intenté sacarme el disfraz, retorciéndome como si estuviera poseída. Lo único que necesitaba era salir de aquel traje de capibara o iba a acabar cocida.

—¿Quién te llama, eh?

—Ni idea. Si es para cobrarme, lo ignoro. Si es mi madre, finjo que se ha cortado. Si es Dios, le pido un aumento.

—Creo que es mejor que eso…

Conseguí librarme del cuerpo de la capibara y me quedé en zapatillas, medias beige y bañador deportivo, chorreando de sudor. Le quité el móvil a Luna y vi cinco llamadas perdidas de mi tía Rosie.

Desbloqueé la pantalla y vi, en la app de mensajes, dos audios y un mensaje de texto.

Le di al play del primer audio:

—Emma, en cuanto escuches esto, llámame. He conseguido una vacante que es muy tú. Y, antes de que empieces con «no tengo tiempo», que sepas que es algo gordo.

Miré a Luna. Ella me hizo señas para que pusiera el segundo.

—Emma, no estoy bromeando. Es para la familia con la que trabajo desde hace una década, el sueldo es alto y el contrato es largo, te dará estabilidad. Tú siempre dices que ya no aguantas vivir de trabajos sueltos y que vas al límite para pagar tu deuda estudiantil, ¿verdad? Pues contesta ese móvil antes de que encuentre a otra persona.

El mensaje escrito era todavía más directo:

«Vacante de cuidadora/niñera a tiempo completo. Padre viudo, hija de seis años con necesidades especiales. Sueldo: 5000 $. Pero las normas… luego te explico. ¿Quieres que te recomiende o no?»

Se me disparó el corazón al ver la cifra del sueldo.

Yo ganaba eso en… dos meses y medio.

—¿Una vacante de niñera por 5000? —Luna se acercó, fisgoneando por encima de mi hombro—. Escribe SÍ. En mayúsculas. Con emoji de brillitos.

—Ni siquiera sé si merece la pena —me encogí de hombros—. Podría ser una locura, en plan «trabajar veinticuatro horas al día en una casa encantada».

—Tía, tú ya trabajas veinticuatro horas al día en un centro comercial en diciembre, vestida de capibara, con decenas de críos gritando y saltándote encima, o sea… casi lo mismo —me cortó—. Contesta a tu tía ya.

Pensé en mi madre, en aquel apartamento minúsculo en Kissimmee, en el colchón hinchable que empezaba a perder aire, en la deuda estudiantil dejándome un numerito rojo en la cuenta del banco…

Y decidí arriesgarme.

Respiré hondo y devolví la llamada.

Mi tía contestó enseguida, como si literalmente tuviera el dedo pegado a la pantalla.

—¡Hasta que por fin, chica! ¡He pensado que te habías desmayado dentro del disfraz de bicho!

—Casi —respondí, apoyándome en la pared fría—. ¿Puedes contarme más sobre esa vacante? ¿De qué va exactamente? No puedo cambiar la seguridad de mis trabajitos sueltos… ha empezado la época de Navidad, tengo curro todos los días.

—La seguridad de tus trabajitos… —se rio—. Ay, estos jóvenes… Bueno, es para trabajar aquí, en la casa de mi jefe.

—Mamá dijo una vez que es un hombre viejo, huraño e insoportable.

Se aclaró la garganta antes de decir, con educación:

—El señor Crawford es un hombre muy austero, reservado y pragmático.

—O sea, viejo, huraño e insoportable —repetí.

—El señor Crawford es el CEO de una empresa multimillonaria de juguetes y, en esta época de Navidad, trabaja prácticamente todo el día, porque hay mucha demanda. Su hijita tiene seis años, es autista, con una rutina muy rígida. Necesitan a alguien a tiempo completo, viviendo allí.

—¿Viviendo allí?

Podía visualizar el estado de mi apartamento actual: cocina enana, sofá viejo, la tele que se apagaba sola, una pila de facturas sobre la mesa y algo creciendo por las paredes… no sabía si moho, setas o algún tipo de portal al inframundo.

Últimamente, se había vuelto normal ver a mi madre intentando hacer milagros con un paquete de pasta y salsa de bote cuando la despensa empezaba a vaciarse.

—¿Y el sueldo? —pregunté, con la voz un poco ronca—. ¿Qué descuentos hay?

—No hay descuentos, cariño. Hay beneficios: un chófer privado, seguro médico, una asignación de 2000 $ para comidas y un bonus de 250 dólares por cada día de fin de semana y festivos.

Me quedé en silencio.

Luna abrió los ojos como platos, hizo una mueca de «madre mía» y se llevó la mano a la boca.

Era más de lo que podía soñar ganar en un mes.

—¿Te has desmayado? —preguntó tía Rosie—. ¿Sigues ahí?

—Estoy viva —respondí, aunque ya no estaba tan segura—. ¿Eso era… real?

—Por eso te he llamado mil veces —dijo—. Es real, Emma. Pero hay un motivo para que paguen todo eso: las normas son estrictas. El señor Crawford es un hombre controlador y asusta a todo el mundo con facilidad.

Luna susurró:

—Traducción: ogro rico.

—Tía, si supieras la cantidad de alquileres atrasados y de deuda estudiantil que tengo, sabrías que nada en este mundo me da miedo.

—Precisamente por eso te he llamado. Y además, tú sabes tratar con niños con necesidades especiales —respondió, sin rodeos —. Aparte, eres responsable, fiable, discreta. Y siempre dices que quieres volver a estudiar, pero no tienes dinero ni tiempo. Ese sueldo, en un año, te cambia la vida a ti y a tu madre.

—¿Y ese hombre, con lo rígido que es, aceptaría a alguien sin título y sin experiencia? —pregunté, aún desconfiada.

—Aceptará a alguien que cumpla sus órdenes y que se haga cargo de la niña —dijo Rosie—. La entrevista es mañana a las diez. ¿Quieres la dirección?

Estuve a punto de decir «dame un tiempo para pensarlo».

Pero enseguida me vino la imagen de la pila de facturas, de la deuda estudiantil, de mi madre hundiéndose en la depresión y repitiendo cada noche: «Voy a estar bien, Emma. Siempre nos las apañamos…».

Lo que pesó más, sin embargo, fue ver, por la rendija de la puerta, a mi coordinadora entrando en la sala de empleados, mirándome como si fuera suya y golpeándose con el índice el reloj para que volviera al disfraz de capibara.

Había un punto en el que «apañárselas» ya no bastaba.

—Voy a ir… —dije, antes de que se me escapara el valor—. Dile que voy.

Mi tía suspiró, aliviada.

—Sabía que podía contar contigo. Arréglate bien, de forma modestita, ¿vale? Nada de disfraz de capibara, ni maquillaje, ni…

Tras una lista infinita de normas, colgó.

Me quedé mirando la pantalla apagada del móvil unos segundos, intentando procesar lo que acababa de pasar.

—¿Y bien? —preguntó Luna, entusiasmada—. ¿Vas a convertirte en niñera full time de una princesita sensible y de un CEO gruñón?

—Voy a ir a la entrevista. Es lo único que sé. Con tantos requisitos, aún no sé si voy a convertirme en nada.

Se dejó caer hacia atrás en el banco, dramática.

—Tía, esto es el universo sacándote de la capibara. Literalmente. Vas a cambiar ese traje apestoso por un cuarto de invitados con sábanas de mil hilos. ¿Puedo ir contigo? Duermo hecha una bolita, agarrada a tu pierna.

—Ni siquiera sé si me van a coger… —dije, aunque, en el fondo, ya me había aferrado a esa oportunidad con las dos manos—. ¿Y si no soy capaz con la niña? ¿Y si hago algo mal?

Luna me apretó la mano.

—Emma, tú puedes con treinta críos desquiciados, gritando, tirándote de todo y montando un escándalo. ¿No vas a poder con una niña especial?

—A lo que yo tenía miedo era a no poder con su padre.

Apoyé la cabeza en la pared pintada de beige, oyendo el zumbido lejano del zoo: anuncios por megafonía, gente hablando en inglés, en español, un niño llorando porque quería un helado o un perrito caliente.

Cuando era pequeña, la Navidad significaba otra cosa: poner lucecitas en la ventana, olor a galletas en el horno, mi madre cantando fatal… Ahora, la Navidad solo significaba turnos extra, peluche y pies destrozados.

Quizá aquel fuera mi milagro de Navidad.

Todo lo que llevaba pidiéndole a Dios cada día…

—Mañana, a las diez —repetí, más para mí que para Luna.

—Mañana, a las diez —confirmó—. Hoy, a las siete, te pasas por mi casa. Te presto mi pantalón de vestir negro y esa blusa azul que te deja con cara de «soy una adulta responsable, confíame la vida de tu hija».

—Gracias, amiga. No sé qué haría sin ti…

—¿Emma? —gritó mi coordinadora—. ¿Quieres ser una capibara desempleada? ¡Deja de vaguear y vuelve al trabajo!

Miré el traje tirado en un rincón.

La cabeza de la capibara estaba caída de lado, la lengua de peluche fuera.

Por un segundo, me dieron ganas de darle una patada e irme.

En vez de eso, suspiré.

—Último turno de hoy —dije, metiéndome otra vez dentro del disfraz—. Si mañana sale bien, quizá sea la última vez que me ponga esto en la vida.

Luna sonrió.

—Pues guarda bien esa sensación. Va a ser la escena de apertura de tu historia de éxito: «Empecé dentro de una capibara en un zoo de Florida».

Me reí, encajé la cabeza del disfraz y dejé que el mundo se quedara amortiguado otra vez.

Pero ahora había algo distinto.

Un hilito de luz atravesando el plástico empañado, ahí al fondo.

La idea de que, quizá, al día siguiente, a las diez de la mañana, mi vida empezara por fin a salir de ese ciclo infernal hacia algo mejor.

Capítulo 2

Emma Baker

Nunca había pasado por la garita de una urbanización de esas sin estar repartiendo folletos o volviendo en autobús del trabajo.

Esta vez, un guardia con el uniforme impecablemente planchado miró mi documento, comprobó mi nombre en una lista e incluso llamó a alguien de dentro antes de levantar la barrera.

—Puede pasar, señorita Baker. Casa 18, al fondo, a la derecha, cerca del lago.

—Gracias.

El coche de Luna —un utilitario viejo cuyo motor rugía alto como si pidiera auxilio— se tragó el silencio incómodo. Y nos llevó, a trompicones, hasta mi destino.

—Debería haber lavado el coche —refunfuñó, mirando los SUV relucientes de fuera—. Este sitio tiene pinta de que llaman a la grúa si ven un coche con más de diez años en el parking.

—Si quieres, me puedes dejar aquí mismo y voy andando…

—¿Para que llegues sudada y sin aliento? ¡Ni muerta! ¡Tienes que dar buena impresión! ¿Seguro que no quieres ponerte ni un poco de pintalabios?

—No. Mi tía fue clarísima con eso —respiré hondo.

—Tía… tranquila. Vas a poder. Solo acuérdate de que hoy no eres la capibara. Eres una niñera de lujo en potencia. Hombros atrás, barbilla arriba y postura de señora de noventa y cinco años: te va a adorar.

Me reí, aunque la mano se me empapaba sobre el asa del bolso.

—Te escribo si el CEO me secuestra.

—Depende de la cláusula de confidencialidad, no vas a escribir nada —me dio un beso en la mejilla—. ¡Mucha suerte! ¡Ve y arrasa!

Salí del coche, me coloqué la blusa azul prestada y el pantalón de vestir que me apretaba un poco en la cintura, respiré hondo y eché a andar.

La urbanización parecía un decorado de película: casas enormes, céspedes perfectos, palmeras alineadas. Todas las puertas tenían coronas discretas; otras, lucecitas en el porche; y decoraciones navideñas ultra elaboradas.

La casa 18 destacaba por otro motivo: nada de decoración.

Ni corona, ni luces, ni nada.

Subí los escalones de la entrada y toqué el timbre.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

—Vas tarde —refunfuñó mi tía Rosie.

Era una mujer bajita, con las gafas en la punta de la nariz, y parecía diez años mayor con aquel traje de chaqueta azul marino y los tacones bajos.

—Tía, he llegado dos minutos antes de la hora —me aclaré la garganta.

—Para él, vas tarde —dijo en voz baja, pero enseguida me abrazó—. Me alegro de verte. ¿Cómo está tu madre?

—Tiene días buenos… días malos… ahora mismo no se levanta de la cama, pero se pondrá bien.

—Sí, lo hará —me sujetó por el hombro y me arrastró hacia dentro de la mansión.

El aire acondicionado me abrazó de una manera que casi me hizo amar aquella casa al instante.

Por dentro era tan grande como me imaginaba. Salón con techos altos, sofás claros, muebles de líneas rectas. Todo demasiado ordenado, demasiado limpio, demasiado silencioso.

Ni un juguete tirado en el suelo. Ni un cojín fuera de sitio.

Ni una luz ni una señal de Navidad.

Solo cuadros abstractos en las paredes, una estantería con libros de tapa dura y una vista inmensa al lago a través de los paneles de cristal.

Tía Rosie cerró la puerta y fue directa:

—Está en el despacho. Te llevo. La niña está con la terapeuta, arriba. Más tarde podrás conocerla, si… —hizo una pausa— si él cree que merece la pena.

«Si él cree que merece la pena». Lo repetí por dentro.

Subí unos escalones detrás de ella; el sonido bajo de mis zapatos se amplificó sobre la madera. Me fijé en el buen gusto de la decoración: rosas blancas que parecían recién cortadas en jarrones de porcelana china, olor a té blanco en el aire y un silencio ensordecedor.

Todo en aquella casa parecía pensado para gritar sofisticación.

Menos la energía.

La energía era pesada, como de funeral.

Tía Rosie se detuvo ante una puerta entornada. Llamó tres veces y guardó una pausa solemne antes de decir, dulce:

—¿Señor Crawford? La señorita Baker ha llegado.

Una voz grave y áspera respondió desde dentro:

—Hágala pasar.

Tía Rosie me animó con la mirada y dio un paso atrás.

Empujé la puerta con cuidado y entré.

El despacho era un resumen del resto de la casa: paredes claras, estanterías hasta el techo abarrotadas de libros, un escritorio grande de madera oscura, ordenador, algunas piezas de arte en las paredes y ni rastro de desorden. Una ventana enorme mostraba el lago fuera, con la luz de la mañana rompiendo sobre el agua.

El señor Crawford no era tan viejo como yo esperaba.

Andaría por los cuarenta y tantos. Llevaba camisa blanca sin corbata, mangas remangadas hasta los codos, un Rolex con diamantes en la muñeca. Pelo oscuro con algunas hebras grises en las sienes, barba de un día perfectamente calculada. Hombros anchos, postura imponente.

Y una mirada capaz de congelar todo el Atlántico.

—Señor Crawford —empecé, intentando no tropezar con la formalidad—. Gracias por recibirme.

Levantó el dedo índice y siguió trabajando con una tabla, tachando números, recalculando valores… pero todo el rato mantuvo el índice apuntándome, como si me estuviera diciendo que no se me ocurriera moverme.

Luego alzó sus ojos grises y me recorrió de arriba abajo.

Parpadeó, visiblemente irritado, gruñó y volvió a los números.

Crucé las piernas y me quedé quieta, procurando no llamar demasiado la atención.

Mientras intentaba leer desde lejos los títulos de los libros en sus estanterías, noté que su olor amaderado me invadía los pulmones. Qué hombre tan bien olía.

—Liam Crawford —dijo. Se acercó y me tendió la mano.

Se la estreché al instante.

Su contacto era cálido, firme, sin titubeos. La mía, por supuesto, estaba sudando.

—Y yo me llamo Emma Baker —respondí, aunque él ya lo sabía.

Volvió a sentarse y señaló el sillón frente al escritorio.

—Siéntese.

Ocupé el asiento y crucé las piernas.

El escritorio estaba ordenado con una agenda de cuero, una estilográfica, una carpeta de piel llena de documentos y un ordenador de diseño minimalista. Parecía un hombre metódico y de gustos impecables.

—Rosie me ha hablado de usted —empezó—. Pero prefiero escuchar directamente a la persona con la que, eventualmente, voy a firmar un contrato.

Ese «eventualmente» ya dejaba hueco para un posible «no», fue lo que sentí.

Me tragué los nervios.

—Bueno, me llamo Emma, eso ya lo sabe. Estudio Magisterio, pero ahora mismo tengo el curso congelado. Trabajo con niños desde hace unos años. ¡Me encantan los niños! Empecé en animación de fiestas, luego en centros comerciales y eventos… hice cursos de cuidadora y de animación infantil. Aún no tengo el título universitario, pero la idea es volver a la carrera…

—¿Cuándo?

—Cuando tenga dinero suficiente para pagar algunas deudas. Pasaron cosas y tuve que reorganizarme.

—¿Y experiencia con niños dentro del espectro autista? —me cortó, directo.

Por lo visto, no tenía tiempo para historias de superación.

Respiré hondo.

—Con mi hermano pequeño. —Lo miré a los ojos—. Me crie ayudando a cuidarlo. Así que sé manejar muy bien crisis, ruidos, sobrecargas sensoriales, rutinas, pequeños rituales que nadie entiende. No soy especialista, pero no entro en pánico si las cosas se salen de control; sé resolver.

Se le movió un músculo en la mandíbula.

—Lyra necesita mucha previsibilidad.

Oír el nombre de su hija así, seco, casi impersonal, me dolió de una manera rara.

—Sé que no es un trabajo fácil —seguí—. Ni para ella, ni para usted, ni para quien entre aquí. Pero yo no miro a los niños diferentes como un problema que arreglar. Cada persona es única, y lo único que necesito es entender qué requiere su hija para crear el espacio seguro que necesita.

Por fin, sus ojos se clavaron en los míos de verdad.

Sus ojos grises eran fríos, duros, impersonales. Como si fuera una máquina, un robot analizándome.

Por un segundo, me dieron ganas de recolocarme la blusa, el pelo, hacer cualquier cosa.

Pero me quedé quieta.

Y él también.

En completo silencio durante un minuto entero.

—Precisamente porque no es fácil, necesito normas muy claras —dijo, por fin.

Abrió la carpeta y sacó varias hojas encuadernadas.

El estómago se me revolvió en cuanto vi la cantidad de texto.

—Este es el contrato estándar para quien trabaja aquí. —Deslizó los papeles hacia mí—. Léalo con calma, pero le voy a

señalar los puntos esenciales.

«Esenciales» ahí significaba «una lista interminable de cosas que no puede hacer».

1. Confidencialidad absoluta.
2. Nada de móvil dentro de la propiedad (terminantemente prohibido hacer fotos a su hija, al lugar, a él, a mí misma; redes sociales o cualquier cosa que no sea trabajo… mejor usar cartas o señales de humo).
3. Nada de visitas, nada de novio, nada de intimidad (había un párrafo larguísimo sobre mantener la formalidad en todo momento), nada de vida personal ni romance en el trabajo.
4. Nada, absolutamente nada que recuerde a la Navidad: árboles, luces, colores, regalos, peluches o decoraciones. La Navidad está prohibida dentro de esta propiedad.

¿Quería también que hiciera voto de castidad? ¿Ponerme un cinturón con candado o algo así?

—A partir del año que viene tendrá un día libre a la semana, así podrá ver a todo el mundo fuera de esta casa: sus amigos, su familia… pero aquí dentro necesito su foco.

Qué amable por dejarme tener vida personal…

—Pero este final de año no hay días libres. Soy dueño de una empresa que fabrica juguetes y en diciembre ganamos diez veces más que el resto del año junto, así que necesito todo su foco, concentración y dedicación exclusivamente aquí.

Asentí.

No porque estuviera de acuerdo, sino porque entendía la situación.

—Y no hace falta que le señale prohibiciones obvias, ¿verdad? Parece una chica muy inteligente: nada de alcohol, drogas ni ninguna sustancia que pueda afectar su juicio —continuó—. El móvil, solo en horarios pactados, fuera de la propiedad, y manténgalo siempre en silencio. Lyra no tolera bien estímulos imprevistos, así que necesito previsibilidad.

Intenté no pensar en cuántas veces miraba yo el móvil en el trabajo para comprobar si nos habían cortado el gas o no.

—A cambio —dijo, y la palabra sonó casi extraña en su boca— tendrá un salario por encima de la media, seguro médico, alojamiento, comida y todo el apoyo de los profesionales que ya trabajan con Lyra.

Mis ojos corrieron por las cláusulas.

Firma aquí.

Firma allí.

Penalización por rescisión.

Términos legales.

Todo muy serio.

Todo muy… definitivo.

Liam me observaba en silencio.

Sabía que tenía que leer, absorber, pensar. Pero también sabía que, si me quedaba demasiado tiempo en aquel sillón, mirando números y letras, iba a acordarme de los números en rojo de mi cuenta bancaria.

Y compararía.

—Puede llevarse el contrato a casa, si lo prefiere —dijo, quizá interpretando mi silencio como una duda normal—. Pero la vacante

es urgente. Isobel, la cuidadora actual, no puede volver. En general prefiero una mujer más mayor para el puesto…

—Entiendo por qué…

—¿Qué ha dicho? —Arqueó una ceja.

—Que… que estoy de acuerdo, señor Crawford.

—…, pero como es imposible encontrar a alguien y Rosie se ha jugado su trabajo por usted, creo que puede ser una apuesta segura.

—Lo entiendo. —Levanté la vista del papel y le sostuve la mirada—. ¿Puedo… conocer a Lyra?

No sé de dónde me salió el valor para cortar el desfile de cláusulas.

Pero me salió.

Si iba a pasar mis días allí, encerrada tras aquellos muros invisibles, necesitaba ver a la persona por la que iba a cambiar la increíble labor de ser capibara animadora de Papá Noel en el zoo.

Él dudó un segundo.

Un segundo suficiente para ver la duda en su rostro, como si esa pregunta no fuese habitual en las entrevistas anteriores.

—Acompáñeme, señorita Baker.

Capítulo 3

Emma Baker

No me había dado cuenta de lo alto que era ni de cómo su presencia me provocaba un cosquilleo frío en el estómago, sobre todo cuando nuestras miradas se cruzaban.

Salimos del despacho y subimos la escalera en silencio.

En la última planta se veía mejor el lago, algunos barcos a lo lejos, el cielo claro y los edificios de Miami en una panorámica perfecta.

En una casa normal en diciembre, yo esperaría ver un montón de adornos, un árbol en el salón, velas con olor a canela…

Aquella casa era distinta.

Lo más navideño era el calendario en la cocina tachando los días como si fuese un recordatorio irritante. Por lo demás, todo parecía un museo: muebles que debían llevar años en el mismo sitio, sin moverse, sin cambiar, como si nadie se atreviera a respirar demasiado fuerte.

Entramos por una puerta al final del pasillo.

De ahí salía una luz suave, amarillenta, distinta de la luz blanca del techo.

Liam se detuvo en el umbral e hizo un gesto para que mirara.

Yo me pegué a la madera, despacio.

Dentro de la habitación había una niña de seis años sentada en el suelo, de espaldas a nosotros.

Pelo castaño recogido en una coleta algo torcida, cascos grandes cubriéndole las orejas, camiseta ancha sin dibujo, pantalón de algodón y calcetines.

Estaba ordenando bloques en una caja. Cada bloque tenía una forma geométrica: cubos, conos, esferas, cilindros… y ella, con calma, escogía uno, valoraba dónde debía encajar y lo hacía con tanta concentración que parecía que el mundo entero existiera solo ahí.

Cuando lo lograba, aplaudía rápido y volvía a por el siguiente.

Nada de juguetes ruidosos. Nada de dibujos en la tele. Nada de pinturas, lápices, colores chillones…

—Como le he dicho, le gustan las cosas previsibles —dijo el señor Crawford con un tono sobrio—. Secuencias. No necesita, y no debe, traer nada innovador. Solo mantener su rutina funcionando. ¿Le parece difícil?

Sonó casi como un reto.

Lo miré y me di cuenta de algo que no había notado: estaba tenso. Ni siquiera había entrado del todo en la habitación; se había quedado unos pasos detrás de mí.

Como si hubiese una línea invisible que no supiera cruzar.

—Lyra… —la llamó Rosie, con voz suave.

La niña no se giró.

Solo cogió un cilindro y, tras varios intentos, consiguió encajarlo en el lugar correcto, aplaudió y volvió a concentrarse en lo suyo.

Yo reconocía ese enfoque.

Esa manera de protegerse del resto. De construirse un refugio con señales pequeñas y previsibles.

Me había llevado demasiado tiempo entender que, cuando mi hermano se quedaba mirando fijo a un punto, hacía sonidos

continuos o movimientos repetitivos, no era terquedad: era una forma de autorregularse por el estrés.

—¿Siempre lleva los cascos antirruido? —pregunté en voz baja, girando apenas la cara hacia Liam.

—Casi siempre —respondió igual de bajo—. El sonido del mundo le duele.

La forma en que dijo «le duele» me golpeó.

No fue fría ni impersonal como antes… sonó a alguien que conocía el dolor de verdad.

Lo miré de nuevo.

No como «el CEO que paga un sueldo absurdo», sino como un padre agotado, perdido, con miedo de equivocarse.

—Ayuda, solo hay que comprobar que no le aprietan demasiado la cabeza. ¿Tiene dolores de cabeza a menudo? Porque podrían ser los cascos —comenté, señalando con la barbilla los auriculares—. Y no sé si le gustan las piezas geométricas… parece un poco tensa. En fin, voy a observar a Lyra para intentar entenderla… Es mejor entrar en su mundo que intentar arrastrarlos al nuestro a la fuerza.

Sus ojos volvieron a los míos.

Esta vez no era solo evaluación.

Había algo parecido a… resistencia.

—No la estoy contratando para cambiar nada en la vida de mi hija. Su único papel es mantener su rutina funcionando.

—Por supuesto —asentí.

—Y… ¿cree que es capaz de entrar en su mundo? —preguntó.

Respiré hondo.

—Si tengo tiempo suficiente, sí. No voy a mentirle, señor Crawford: necesito el trabajo. Los beneficios son muy buenos y van

a cambiarme la vida. Pero no voy a quedarme solo por el dinero. He sentido conexión con su hija. Si me da la oportunidad, le garantizo que vivirá con calidad.

No era el tipo de discurso que yo solía soltar en una entrevista. Pero allí parecía importante decirlo.

Liam se quedó unos segundos mirándome, como si recalculara algo dentro de su propia cabeza.

—¿Y las normas? —volvió al tema, como quien necesita agarrarse a algo concreto—. ¿No la asustaron?

Miré a la niña, tan concentrada en sus objetos, y luego a él.

—¿Sinceramente? —pregunté—. He trabajado en sitios peores… quiero decir, con exigencias más específicas. ¿Puedo, al menos, usar el móvil dentro de la habitación donde me alojaré?

El aire pareció volverse más pesado durante un instante.

—Puede usar el móvil lejos de la mansión, cerca del lago, por ejemplo.

Liam apartó la mirada de mí hacia Lyra y luego volvió.

—No sé si le he dado una impresión equivocada, señorita Baker, pero soy un hombre muy estricto.

—Ah, me ha quedado clarísima la impresión —me reí, porque mi comentario me pareció gracioso.

Pero su cara siguió tan seria, tan concentrada, que mi sonrisa se borró enseguida.

—Tiene mi palabra de que me esforzaré para que este final de año sea lo más tranquilo posible para Lyra. Así que sí, acepto. Firmaré el contrato.

Liam asintió apenas y me tendió la estilográfica, como si no tuviera tiempo que perder.

—Bienvenida, entonces, señorita Baker. Hágalo lo mejor posible y cumpla mis normas. Eso es lo único que importa.

En cuanto terminó de decirlo, se fue.

Tía Rosie asomó la cabeza por encima de mi hombro.

—¿Cómo crees que lo he hecho? —murmuré—. ¿Bien?

—Creo que no te ha odiado… todavía —guiñó un ojo.

Capítulo 4

Liam Crawford

Cuando me desperté al día siguiente de la entrevista, lo primero que me vino a la cabeza no fue la reunión con el equipo de marketing, ni la revisión de la capacidad de las fábricas de juguetes, ni el informe trimestral.

Fue solo ella y sus ojos castaños.

Emma Baker.

Su manera cuidadosa de sentarse, de comportarse y de hablar. El modo amable en que había mirado a mi hija y se había fijado en sus necesidades.

Aquello era la prueba más clara de que algo no encajaba.

Me quedé unos minutos tumbado en la cama, mirando al techo, intentando recordar en qué momento exacto me había parecido buena idea meter a alguien como ella dentro de mi casa.

Iba en contra de todo lo que creía, porque la generación de Emma era, para mí, una generación perdida: gente que no se preocupaba por nada que no fueran las frivolidades, las redes sociales y las compras impulsivas para rellenar un vacío.

Pero la dificultad para encontrar a alguien que ocupara el puesto me había hecho ceder y aceptar que, al menos en ese momento, ella era la mejor opción.

Y, si se saltaba mis reglas, la echarían a la calle sin derecho a nada y sin un céntimo de indemnización—y ella lo sabía cuando firmó el contrato.

Me levanté antes de pensar demasiado en ella y de que esos pensamientos empezaran a echar tentáculos.

Cogí mi copia del contrato y releí algunos puntos para asegurarme de que lo había dejado todo claro: reglas, horarios, rutinas, límites.

Mi intención era cristalina: si no podía controlar lo que el mundo le hacía a mi hija, al menos controlaría lo que ocurría dentro de mi casa. Y, mientras estuviera dentro de mi casa, Emma me pertenecía de alguna manera. Tenía que someterse a mis exigencias.

Me di una ducha fría para despejarme, apartar cualquier pensamiento sobre la nueva niñera de mi hija y empezar el día.

*

—Pareces radiante.

Elliot abrió la puerta, asomó la cabeza y luego dio un par de golpes, como si eso bastara para anunciar su llegada.

—¿Es la primera vez que te levantas con el pie derecho en seis años?

Entró sin esperar mi permiso, como llevaba haciendo casi quince años.

Elliot y yo nos parecíamos en muchos aspectos: las canas, los trajes a medida, el buen gusto por las corbatas de seda y la obsesión por el café. Fuera de eso, nuestros temperamentos eran completamente opuestos.

—En serio, Liam. —Se acercó a la pared acristalada que ofrecía una vista panorámica de la ciudad—. Si sigues con esa cara de buen rollo, la gente va a pensar que has decidido besar a alguien en la boca. O yo qué sé, algo peor: irte de vacaciones.

Puse los ojos en blanco.

—Buenos días a ti también.

—Perdona mi buen humor. Es que me intriga tu expresión serena y…

—Estoy sereno porque he encontrado a alguien que cuide de Lyra en esta época turbulenta.

—Claro, claro —Asintió—. He revisado los datos del contrato y… he descubierto cosas interesantes.

—Seguro que vas a compartirlas conmigo.

—Por supuesto. —Se sacó el móvil del bolsillo y empezó a recitar—: Emma Baker. Con el DNI he tirado del hilo y he sacado toda la vida de esa mujer. Para empezar, la edad. ¿Veinticuatro años? ¿Tres veces menos de la edad ideal para trabajar contigo? —me provocó.

—Ve al grano y sin tonterías —gruñí.

—Ah, nada. Solo que entró en una buena universidad de Florida, estudió Magisterio, pero lo dejó a medias. Por lo visto nunca tuvo un trabajo fijo, pero tampoco se quedó quieta: ha pasado por varios empleos.

—Era todo lo que necesitaba saber: inteligente, trabajadora y…

—¿Guapa?

—No cruces los límites profesionales, Elliot.

—¿Está prohibido preguntar si una mujer de veinticuatro años, inteligente y trabajadora, es guapa? —Cruzó los brazos y se llevó la taza de café a la boca, haciendo un ruido irritante.

—Es presentable.

—¿Así es como llaman ahora a las mujeres de uno sesenta, con curvas, pelo castaño y ojos castaños?

Le lancé una mirada de censura para que cortara el tema.

—Yo solo he hecho mi trabajo. Como sabes, soy tu departamento personal de «la vas a liar», así que, al ver que has contratado a una mujer con casi la mitad de tu edad, me dio curiosidad y lo investigué todo. La buena noticia, al parecer, es que, aparte de la deuda universitaria, no hay ningún otro esqueleto en el armario.

—Gracias por tu trabajo.

Asentí con cordialidad y volví a los documentos que tenía que firmar.

—Entonces… ¿hoy es el gran día en que se muda a tu casa?

—No es un gran día, Elliot. Es solo trabajo —gruñí en voz baja.

—Claro. —Se sentó en la silla frente a mí, como si el despacho fuera suyo—. Trabajo que, por algún motivo misterioso, parece ponerte de buen humor.

Me mordí el interior de la mejilla.

—El trabajo es lo único que me pone de buen humor —respondí sin paciencia.

Me miró un segundo y se echó a reír.

—Ajá. Te encanta trabajar cuando llega diciembre; nunca te conviertes en un verdugo ni en un dominador sexual, solo que sin látigo para pegarle a los empleados.

—Diciembre es el mayor periodo de caja de la empresa. Me da igual que sea Navidad; me importa que entran miles de millones. Este festivo va de eso: llenar las arcas y rezar para que el tiempo pase lo más rápido posible.

Elliot me analizó en silencio durante un minuto entero.

—Y, aun con ese buen humor tuyo, ¿Emma firmó el contrato? Qué mujer más valiente. Quizá la más valiente de toda Florida,

porque cualquiera con la cabeza bien puesta y un poco de juicio preferiría trabajar para el diablo antes que para ti en Navidad.

—Lo firmó —dije, seco.

Y levanté la vista hacia él, dando el asunto por zanjado.

—¿Y te gustó que lo firmara? Quiero decir… ¿te gustó ella?

Esa pregunta me irritó más de lo que debería.

Porque desde las cinco de la mañana lo único que intentaba era ignorar el nombre, la imagen y el perfume de Emma Baker clavados en mi memoria.

—Eso no forma parte del proceso de contratación. Yo evalúo competencia, no simpatía. Y, si alguien tiene que caerle bien, no soy yo, es Lyra.

—Justo. Bueno, entonces voy a suponer que todo está bajo control y no pasará nada raro, ¿no? Al fin y al cabo, Rosie la recomendó, es inteligente, trabajadora y… presentable… pero…

—¿Pero qué, Elliot?

—A juzgar por cómo estás apretando esa pluma de quince mil dólares, a punto de partirla, diría que algo de ella no te ha terminado de gustar… lo cual, en tu mundo, significa que existe la posibilidad de que algo se salga de control.

El problema de tener un abogado que además era mi amigo era que veía más allá de las cláusulas.

Solté el aire despacio.

—Todo está bajo control.

—Pues deja de apretar la pluma; me pones tenso a mí.

—Tú me pones tenso.

—Amigo, nos conocemos desde hace quince años. Sé perfectamente qué es lo que te pone tenso. —Elliot se llevó la taza

de café otra vez a la boca e hizo un ruido aún más alto, mientras me miraba por encima de la porcelana.

Su comentario me sorprendió tanto que lo clavé con una dureza que ni siquiera usaba en reuniones con accionistas.

—Es la cuidadora de mi hija. No hagas ese tipo de insinuaciones.

Levantó las manos.

—Sabes que solo estoy bromeando, intentando distraerte en este periodo turbulento. Si hay alguien previsible y que nunca actúa por instinto o emoción, eres tú. Por cierto… ¿todavía te queda algo de emoción ahí dentro?

Durante mucho tiempo yo mismo me había hecho esa pregunta.

Y, de una forma desconcertante, el día anterior había sentido que aún quedaba en mí un resto de sentimiento que era incapaz de controlar.

No sabía si había empezado cuando su perfume dulce, a jazmín, entró en el despacho, o al ver su pelo recogido en un moño flojo, que casi me hizo refunfuñar para que se lo arreglara… o aquella blusa azul, sencilla, pero que le caía tan bien.

La forma en que Emma miró el contrato… y a mí, con cierto miedo e inquietud; los gestos más sutiles, como bajar la cabeza, apretar levemente el labio inferior o rascarse la nuca cuando yo era firme en mis respuestas…

¿Por qué no se me iba nada de eso de la cabeza?

¿Y qué tenía que hacer para arrancarme esos recuerdos de una vez?

No lo sabía.

Y no me gustaba. No me gustaba sentir y no saber qué hacer con eso.

De algún modo, aquello me removía.

Y yo no era el tipo de hombre que sentía cosas: yo ejecutaba, frío y calculado, sin pensar en las emociones de nadie, y mucho menos en las mías.

—Elliot, si me das permiso, tengo que comprobar si el cargamento de juguetes ha llegado a la Unión Europea y si se está distribuyendo el volumen correcto en las tiendas…

—Claro, claro. Vuelve a la burocracia, ahí siempre es más seguro. —Me guiñó un ojo—. ¿Te ayudo en algo más?

—En cerrar la puerta al salir.

Mi abogado asintió. Se levantó y caminó hacia la salida, pero, antes de irse del todo, se giró hacia mí y dijo:

—Solo… no asustes a la chica en las primeras veinticuatro horas, ¿vale? Nada de gritarle por una camisa sin planchar o cosas así.

—Yo nunca grito —respondí.

—Tienes una manera peculiar de hablar que hace que cualquier becario crea que lo van a deportar o a meter en la cárcel —suspiró—. Sé amable. Es solo una chica de veinticuatro años… no asustes a esta también.

—Me pareció que sabía perfectamente dónde se metía cuando firmó el contrato —levanté los papeles para que los viera.

—Sí… sí… Los cambios son buenos, Liam. Y es bueno que una persona joven esté cuidando de Lyra ahora. Esa niña necesita un poco de vida, diversión, algo nuevo…

—Mi hija necesita previsibilidad. Y tú lo sabes perfectamente —gruñí, y le hice un gesto para que se largara de una vez.

—Por lo que veo, tú también, ¿eh?

Cerró la puerta y por fin se fue.

Capítulo 5

Emma Baker

Pasé aquel día entero cocinando arroz, verduras y aliñando carnes. Lo metí todo en el congelador, ordené la nevera y fui a hablar con mi madre.

—Volveré siempre que pueda de madrugada para ver cómo estás. ¿Me prometes que vas a comer bien?

—Claro, hija. No te preocupes por mí, es la oportunidad de tu vida. Las cosas van a mejorar.

—Si me necesitas, ¿me juras que me llamas?

—Te lo juro. No te preocupes. Tu tía ha hecho algo increíble por nosotras, así que aprovecha esta oportunidad, ¿vale? Trabajar en esa casa le cambió la vida. Te la va a cambiar a ti también.

La abracé con fuerza.

Íbamos a estar a solo hora y media de distancia y, aun así, yo sentía como si me estuviera yendo a otra ciudad.

*

Luna detuvo el coche frente a la mansión y apagó el motor.

Se me revolvió el estómago incluso antes de soltarme el cinturón.

—Última oportunidad de cambiar de idea y huir —dijo, apoyando los brazos en el volante—. Volvemos al zoo, te pones el disfraz de capibara y finges que nada de esto ha pasado.

Me reí, nerviosa.

—No puedo volver a la capibara. —Apreté con fuerza el asa del bolso—. Si sale mal aquí, al menos lo intenté.

Me sostuvo la mirada un segundo, más seria.

—Entonces ve y da lo mejor de ti, ¿me oyes? Eres buena en lo que haces; no dejes que ese hombre te haga dudar de quién eres. Y si es borde, un maleducado, me llamas y vengo con un cartel de «demanda laboral»… o con un bate de béisbol.

Asentí, riendo.

—Dios mío, ¿qué ha pasado con las decoraciones de Navidad de esta casa? —Asomó la cabeza, miró todas las mansiones de alrededor y torció el gesto al ver la sobriedad de la mansión de los Crawford.

—Es una historia larga.

—¿Se quedaron sin dinero para poner unas lucecitas?

—Créeme, amiga, si hay algo que ese hombre tiene, es dinero. Es que es… un poco alérgico a la Navidad.

—Ah, un Grinch, estupendo. ¿Es verde, gruñón y feo?

—Definitivamente es… —Me mordisqueé el labio inferior—. Gruñón. Hablamos luego, ¡chao!

Salí del coche con el bolso al hombro y tirando de la maleta. El calor se pegaba a la piel, pero lo que de verdad me incomodaba era la sensación de estar entrando en un mundo que no era el mío.

Toqué el timbre. La puerta se abrió casi de inmediato.

—Emma —me saludó tía Rosie—. Entra.

El aire frío del salón me envolvió. Ya la había visto en la entrevista, así que no perdí tiempo fijándome en cada detalle. Lo único que importaba ahora era que, a partir de aquel día, yo viviría allí.

Dejé la maleta donde me indicó y la seguí por la escalera.

—Tu habitación está al final del pasillo —explicó—. Baño propio, armario grande. Aquí madrugamos. Lyra se despierta bastante agitada, así que intentamos mantener la rutina estricta. Eso incluye: luz suave, comida sin olor fuerte, blandita y sin ruido.

Asentí, intentando grabármelo todo.

Cuando tía Rosie abrió la puerta de la habitación, al final del pasillo de la primera planta, casi le pregunté si estaba segura de que aquello era para mí.

Cama de matrimonio, sábanas blancas, un edredón mullido, almohadas esponjosas. Una cortina clara dejaba entrar la luz en la medida justa. Había un armario enorme, un sillón cerca de la ventana y, al lado, la puerta de un baño recién reformado, con mampara de cristal y toallas dobladas como si estuvieran en un hotel caro.

—Esta será tu habitación. —Tía Rosie lo dijo como si fuese lo más normal del mundo—. Aquí tienes la llave.

Pasé la mano por la colcha, intentando no sonreír demasiado.

Era casi del tamaño del piso en el que vivíamos mi madre y yo.

Nunca había tenido tanto espacio solo para mí.

—Sobre las otras reglas de la casa… Hay café en la cocina siempre a las siete, comida a las doce, cena a las diecinueve. —Empezó a enumerar—. Lyra se despierta entre las siete y las siete y media; ella siempre come en la habitación. Su día, básicamente, es estar en el cuarto de juguetes o en la sala de terapia para hacer fisioterapia y tener clases particulares. Ah, y no habla.

—¿Cómo se comunica? —pregunté, interesada.

—Señala las cosas. Pero, en general, sabemos lo que le gusta o le disgusta por su estado de ánimo. Si está tranquila, está feliz. Si está irritada, con molestias o triste, se pone a llorar.

—Vale.

—Luego pásame una lista de todo lo que te gusta comer y si necesitas algo especial, como algún canal de televisión de pago, etcétera. El señor Crawford te ofrece todo lo que necesites, para tu mayor comodidad.

—No nos preocupemos por eso ahora. ¿Dónde está Lyra?

—Arriba. Está a punto de comer. ¿Quieres verla?

—Claro que sí.

Salimos de mi nueva habitación y fuimos hasta la puerta que yo ya sabía que era el cuarto de juguetes de Lyra.

Rosie dio dos golpecitos muy suaves.

—¿Lyra? Soy Rosie. Voy a entrar, ¿vale?

Esperamos unos segundos. Silencio.

Abrió la puerta despacio y entró.

El lugar estaba muy organizado: estanterías llenas de cajas de juguetes, peluches alineados, libros infantiles y espacio suficiente para que diez niños corrieran ahí dentro.

Las cortinas estaban medio corridas, dejando entrar la luz en franjas suaves.

Lyra estaba en el suelo, sentada exactamente sobre la misma alfombra, de espaldas a nosotras. Llevaba unos cascos grandes cubriéndole las orejas, camiseta de algodón, pantalón cómodo y calcetines.

Estaba jugando con la caja de bloques geométricos, igual que el día anterior. Y repetía el mismo ritual: al encajar una pieza dentro

de la caja, daba una palmada rápida—dos—y volvía a concentrarse.

La terapeuta que la había estado acompañando se despidió en voz baja mientras guardaba unas cosas en una bolsa. Me saludó con una sonrisa.

—Ahora es tu responsabilidad. Cuídala bien, ¿sí? Yo vengo siempre tres veces por semana.

Asentí y me quedé allí, en el umbral, observando.

Me acordé de mi hermano, en los días en que se concentraba tanto en una fila de dados colocados con el mismo número de puntitos hacia arriba que nadie se atrevía a interrumpirlo.

—Está haciendo su secuencia favorita —murmuró Rosie—. Cuando termine, suele aceptar un tentempié. Voy a buscarlo.

Se me aceleró el corazón. La parte profesional de mí decía que debía ocupar mi lugar y asumir las responsabilidades desde ya: para eso estaba allí. La parte humana decía que me daba miedo estropearlo todo el primer día.

Respiré hondo.

Rosie volvió minutos después con una bandejita: un plato de gachas de avena con chocolate y un cuenco con trocitos pequeños de plátano. Nada de olor fuerte, nada de colores chillones.

—Come mejor sentada en la alfombra, al lado de la caja —explicó—. No se comunica con extraños y casi no mira a quien no conoce. No la fuerces. Solo ofréceselo.

Asentí, dejé la bandeja en el suelo y me arrodillé a unos pasos de Lyra.

La textura de la alfombra era más mullida de lo que esperaba.

—Hola, Lyra. —Me salió la voz baja—. Soy Emma. Soy tu nueva niñera y estaré aquí todos los días para cuidarte.

No reaccionó.

Cogió otro bloque, lo observó, intentó encajarlo en un hueco donde no cabía. Frunció la nariz, lo sacó, probó con otro. Cuando por fin encajó, dio dos palmadas.

Yo esperé.

—Cuando termines de jugar, cena, ¿vale? —dije, sin acercarme demasiado—. Hay gachas y plátano. También hay zumo.

Con el rabillo del ojo vi a Rosie retroceder, dejándome sola allí.

Lyra cogió otro bloque y repitió todo su ritual.

Yo no insistí.

Pasé unos segundos solo respirando al mismo ritmo que ella parecía respirar.

Cuando encajó el bloque en la caja y dio las palmadas, aproveché el movimiento de su mano y, con un gesto lento, deslicé la bandeja un poco más cerca. No en su campo de visión inmediato, pero lo suficiente para que percibiera el olor dulce de la comida.

Unos segundos después, giró un poco la cabeza y se fijó en el plato.

No me miró. No lo necesitaba. Sabía que yo estaba allí.

Se recolocó los protectores de sonido muy despacio, cogió un trocito de plátano, lo olió y lo tiró. Cogió otro, lo olió y lo tiró. Cogió otro más, lo olió y lo mordió.

Contuve el aire sin querer.

Lyra masticó sin cambiar la expresión, como si aquello fuera el acto más neutro del mundo. Luego cogió otro trocito y repitió todo el ritual.

—Muy bien… —murmuré, casi para mí.

No la aplaudí, no monté una fiesta. Solo me quedé allí, callada, ofreciéndole mi compañía discreta.

Entonces sentí otra mirada a mi espalda, como si alguien me estuviera observando.

Levanté los ojos y vi a Liam apoyado en el marco de la puerta. Llevaba las mangas de la camisa blanca remangadas; su expresión era seria.

No había hecho ni el menor ruido al acercarse.

No sabía desde cuándo estaba ahí.

Nuestras miradas se cruzaron un segundo. La suya estaba atenta, dura, como siempre, pero había algo distinto.

Miró de la bandeja a la niña, y luego a mí.

Me levanté deprisa, me arreglé la ropa y fui hacia él.

—Buenas noches, señor Crawford…

—¿Ha comido? —preguntó, en voz baja.

—Ha comido un poco de plátano —respondí en el mismo tono —. Ha tirado algunos trozos; luego lo limpiaré. Y vigilaré que se tome bien las gachas. No voy a forzar nada.

Vi a Lyra coger la botellita de zumo, llevarse la pajita a la boca y dar un sorbo. Como si nosotras ni siquiera estuviéramos allí, en la entrada del cuarto de juguetes.

—¿Ha tenido alguna reacción a tu llegada? —continuó él, directo.

—Ninguna crisis, ninguna señal de incomodidad —dije, intentando sonar informada, no nerviosa—. Está centrada en su actividad.

Asintió, más para sí mismo que para mí.

—Sigue así —dijo—. Mi hija no necesita novedades innecesarias.

Y se fue. Así, sin más.

Yo me quedé allí hasta que Lyra terminó de comer.

Después recogí los trocitos de plátano, lo puse todo en la bandeja, me levanté despacio y salí con la sensación de haber pasado la primera prueba de una oposición cuyo funcionamiento ni siquiera sabía exactamente cómo era.

Capítulo 6

Emma Baker

Por la noche, la mansión parecía inhabitable.

Después de la cena—en la que Liam comió en su despacho privado y tía Rosie y yo en el ala del servicio—cada uno se dirigió a su habitación, como si la casa tuviera una norma no escrita de «prohibido circular después de las nueve».

Me di una ducha rápida, me puse un pijama cómodo y me quedé unos minutos sentada en la cama, mirando el móvil.

Pensé en escribirle a mi madre o a Luna. Pero me imaginé a aquel hombre irrumpiendo en mi cuarto y diciendo: «¡Ajá! ¡Sabía que te saltarías mis reglas!».

Así que cogí un libro y me puse a leer para intentar dormirme.

Una hora después, estaba inquieta y tenía sed.

Al final me levanté a por agua.

Abrí la puerta de la habitación y salí al pasillo oscuro, iluminado solo por las luces de cortesía junto al rodapié. Caminé descalza y en silencio hasta la escalera, sintiendo el suelo helado bajo los pies.

Cuando estaba llegando a la cocina, al girar la esquina y cruzar el arco, choqué con fuerza contra alguien que venía en dirección contraria.

Perdí el equilibrio y sentí el cuerpo irse hacia atrás.

Agité las manos en el aire y me tapé la boca para no soltar un grito de horror, pero la voz se me apagó cuando sentí sus manos grandes agarrarme la cintura con fuerza y atraerme contra su cuerpo.

Me quedé paralizada, sin reacción, con el corazón martillándome en la garganta.

Liam me observó muy de cerca, como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—Lo siento —intenté apartarme, pero no me dejó—. No le he visto.

—¿Eres sonámbula?

—No, solo me entra mucha sed por la noche. Supongo que toda el agua que no bebo durante el día se me acumula y tengo que reponerla a estas horas —sonreí, sintiéndome idiota.

Él siguió mirándome con seriedad.

Sus dedos rozaron suavemente la tela de mi pijama y su mirada se quedó anclada en la mía, como si necesitara comprobar que de verdad estaba despierta.

Liam iba sin americana, solo con la camisa, con tres botones desabrochados—lo justo para marcarle el trapecio y el pecho, ligeramente dibujado—y las mangas remangadas, lo que le daba un aire aún más fuerte, además de esa expresión cansada. El pelo lo tenía algo revuelto, como si se lo hubiera pasado por la cabeza una y otra vez.

—No suele haber nadie caminando por aquí a estas horas —comentó.

—Pero… ¿está prohibido?

—Claro que no —gruñó—. Solo ha sido… inesperado.

—Lo siento, señor Crawford. Sé que no le gustan las sorpresas.

—No ha sido una sorpresa tan mala. —Bajó la mirada y, en ese instante, pareció darse cuenta de que aún me estaba sujetando por la cintura, así que se apartó de inmediato—. Pero se lo contaremos a Rosie; ella entra en pánico por mucho menos.

—¿Puedo…? ¿Coger agua?

—Por supuesto, como quieras —se hizo a un lado.

Me siguió con la mirada, fijo.

Y yo intenté comportarme con naturalidad.

—¿Qué tal ha sido tu primer día?

Pensé un momento antes de responder.

—Ha sido intenso, muchos cambios… a mí, personalmente, me gusta —admití—. Pero lo importante… es que Lyra me dejó quedarme en su habitación, no le molestó nada. Ha sido un buen comienzo.

Un músculo de su mandíbula se tensó.

—No suele reaccionar bien a los cambios —dijo—. Si ha aceptado tu presencia, mantén todo exactamente igual. Ella necesita…

—Previsibilidad —dijimos a la vez.

Yo sonreí, como una idiota.

Y él me miró como si sus reglas fueran algún tipo de chiste.

—Es que usted lo repite tanto que ya se ha vuelto… previsible —intenté explicarme.

Se quedó en silencio un momento.

La luz tenue del pasillo dibujaba sombras en su rostro, resaltando los ángulos duros, la línea de la mandíbula, las hebras grises en un lateral del pelo. Por un segundo, me di cuenta de que lo estaba mirando demasiado.

Aparté la vista primero.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Crawford?

—Claro.

—Todas las casas del residencial están preciosas, llenas de adornos… y en el contrato que firmé, la regla cuatro dice explícitamente: nada de Navidad. ¿Cuál es el problema con la Navidad?

Crucé las piernas y bebí el agua mientras lo miraba.

El señor Crawford miró al suelo, luego a los lados y, después, a los muebles. Cuando fijó la vista en mí, parecía que lo hubiera ofendido.

—No hay nada que celebrar en esa fecha estúpida. Y si de verdad necesitas ese dinero, vas a preguntar menos y a obedecer mis reglas al pie de la letra —dijo con brusquedad.

Tragué saliva, sin saber qué hacer.

Su forma brusca y dura me pilló por sorpresa y me quedé congelada.

—Sí, señor. Claro, señor… Buenas noches, señor Crawford —salí corriendo de puntillas.

—Buenas noches, señorita Baker.

Pasé a su lado, sintiendo el aroma amaderado de su perfume, suave y caro. Subí las escaleras a toda prisa y volví a mi habitación con el corazón latiéndome tan rápido que parecía que se me iba a salir por la boca.

Me tumbé en la cama y me quedé mirando el techo.

Sentí la cama abrazarme; el confort me hizo aflojar el cuerpo. Pero el recuerdo de su mano grande y pesada apretándome la cintura y manteniéndome cerca me provocó un escalofrío en la espalda.

Me giré hacia el otro lado y recé, antes de dormir.

Y me lo repetí a mí misma, para no olvidarlo jamás:

No puedo confundir las cosas y destrozarme la vida.

Todo esto es solo un techo prestado…

Un buen sueldo, pero temporal…

Y un hombre difícil con una niña que me necesita…

Capítulo 7

Liam Crawford

La Navidad era un gran negocio.

Al menos para mi empresa.

Desde la vigésima planta, sentado en mi sillón de presidente, veía las nuevas campañas navideñas que iban a emitirse por todo el mundo: niños sonriendo y rompiendo cajas de regalo, abrazando los juguetes que yo había diseñado en la mesa de aquel mismo despacho y dando las gracias a sus padres, como si comprar un regalo pudiera arreglar lazos y distancias entre padres e hijos.

«Ha construido el mayor imperio de juguetes del mundo…», decía la voz en off. «Para devolver la magia de la Navidad a todas las familias.»

Le di a pausa y me quedé en silencio un momento.

La única magia de Navidad que yo recordaba era el último instante en que toqué la mano de mi esposa antes de que se la llevaran al paritorio y no volviera nunca más.

—¿Liam? —Elliot se aclaró la garganta para llamar mi atención.

Me di cuenta de que llevaba un rato de pie frente a mí.

—¿Estás ocupado?

Apagué la pantalla gigante y pulsé el botón para que se recogiera en el techo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una buena noticia y una mala. ¿Cuál quieres primero?

Dejé el mando sobre la mesa, cerré el portátil, entrelacé las manos sobre el regazo y lo miré con seriedad.

—Tienes toda mi atención. Empieza por la mala.

—Es el mayor fracaso de ventas de todos los tiempos.

—¿Qué?

Me pilló tan de golpe que el cerebro se me quedó en blanco. Contuve el aire, abrí el portátil al instante y fui directo a mi correo.

—Imposible. Me pasé el año entero diseñando esos juguetes de mierda; han sido los mejores en años.

—Sí, el diseño de tus juguetes, desde luego, es para quedarse mirándolo —concedió Elliot.

—¿Pero…?

—Vivimos tiempos un poco más complejos. Y…

—Por el amor de Dios, habla de una vez.

—Digamos que ha empezado a circular por los periódicos más grandes del mundo que tú destruiste a más de trescientas cincuenta familias, hace años, por estas fechas.

—No fue exactamente así —carraspeé—. Primero destrozaron mi familia ellos, y luego yo puse a cada empleado de aquel hospital en su sitio.

—No es eso lo que la gente espera cuando se habla de la «magia de la Navidad», por si te interesa.

Me encogí de hombros.

—¿De cuánto estamos hablando? —fui a lo que importaba.

—Incalculable. —Me tendió un informe encuadernado—. Me han suplicado que sea yo quien te entregue esto; están todos

aterrados.

—¿Por qué? —Empecé a hojearlo.

—¿Por qué será?

—¿Los minoristas se niegan a poner los juguetes en los escaparates? ¿A mantenerlos en stock? ¿Lo están devolviendo todo y nos lo vamos a comer nosotros? —Golpeé el informe contra la mesa —. Teníamos planeado enviar remesas extra a Europa y a Japón.

—Sí. Se han viralizado cosas por internet, han presionado a los minoristas, han amenazado con cancelar, boicotear… y te han llamado cosas que prefiero no repetir.

—Me da exactamente igual.

El silencio entre los dos creció hasta volverse incómodo.

—¿Has dicho que había una buena noticia?

—Sí, pero la odiarías con todas tus fuerzas.

—¿Más que perder cientos de millones de dólares? —Me reí sin humor—. Prueba.

—El departamento de marketing ha tenido algunas ideas para salvar tu empresa y todas pasan por salvar tu imagen.

Asentí, ligeramente interesado.

—Dímelas.

—Novia falsa por Navidad. ¿Qué le gusta más a la gente que un romance, eh? Eso demostraría que tienes corazón y que eres… humano.

—No.

Me aseguré de que sonara brusco, seco y definitivo, para ver si abandonaba la idea ahí mismo.

—Traer a tu hija a un anuncio y enseñar tu lado paterno, tierno, casi humano, ya sabes.

—Deja a mi hija fuera de esto. ¿Cuál es la otra?

—Bueno… la última idea es… poner toda la empresa a nombre de un testaferro y desvincular tu imagen por completo. Pero ya sabes: es Navidad, y el impacto real llegaría bastante más tarde.

Tamborileé los dedos sobre la mesa y lo miré durante un largo instante.

—¿Esas eran las buenas ideas?

—Sí. Y la mejor noticia es que puedes elegir lo que quieras hacer.

Negué despacio con la cabeza.

Se me revolvió el estómago al pensar en cada opción; ninguna me gustaba. Pero el agujero millonario era todavía peor, porque no solo abriría un boquete en la empresa, sino que también tiraría a la basura mi imagen de magnate exitoso.

Nadie importante me respetaría.

—¿Cuánto se tarda en sustituir a todo el departamento de marketing?

—¿En pleno mes de Navidad? —Elliot soltó una risa desesperada.

Me encogí de hombros, irritado.

—Liam, por el amor de Dios, elige una de las tres. Y rápido. Para que podamos actuar ya.

Ni de broma pondría la empresa de mi familia a nombre de otra persona después de haber luchado toda la vida por renovarla y mantenerla en pie. ¿Meter a Lyra en esto? Negativo. No podía.

Y… ¿una novia falsa? Nunca. Ni hablar. Eso mancharía el nombre de mi esposa fallecida, y yo era un hombre de principios. No había espacio para otra mujer en mi vida, ni siquiera una de mentira.

—Cuanto antes decidas, más tiempo ahorraremos, ¿vale? —advirtió Elliot—. Ya están devolviendo varios contenedores de juguetes a los barcos. Si quieres pagar un nuevo envío, bueno… buena suerte explicándoles ese agujero a los accionistas.

Yo había puesto esa empresa como prioridad absoluta de mi vida.

Y era injusto verme en esa situación, porque era como si tuviera que escoger entre mis valores y la salvación de la empresa.

—Es solo una sesión de fotos. Puedo pedir que no usen flash, que no haya ruido ni grandes estímulos, para que Lyra venga. Diez minutitos, unas fotos de ella jugando y tú mirando… cosas así. ¿De verdad te cuesta tanto?

Cerré los ojos un instante, respiré hondo.

—Tienes razón. —Suspiré, vencido por la lógica—. Voy a llamar a la niñera y pedirle que traiga a mi hija, ahora mismo.

—Así se habla. —Elliot me señaló con el índice y salió a toda prisa.

Aunque tenía la sensación de estar haciendo algo para salvar la empresa, me invadió la culpa. Trabajaba sin un solo día de descanso precisamente para proteger a mi hija del mundo caótico que la rodeaba.

Pero un pequeño cambio no le haría daño… solo por esta vez.

Capítulo 8

Emma Baker

Pasé toda la mañana en el cuarto de juguetes de Lyra.

Allí todo parecía milimétricamente igual, incluso el lugar donde ella se sentaba a jugar, y con el tiempo me di cuenta de que hasta el orden en que encajaba las piezas geométricas dentro de la caja seguía un patrón.

Me senté en la alfombra, a cierta distancia, respetando su espacio.

—Hola, Lyra —murmuré, sin intentar llamar demasiado la atención—. Me llamo Emma y estoy aquí para ti, ¿vale? Siempre que necesites cualquier cosa, lo que sea, aquí estoy, ¿de acuerdo? Te voy a acompañar mientras juegas.

No reaccionó.

Y no pasaba nada.

Con niños como mi hermano y como ella, yo sabía que el silencio no era rechazo. A veces era simplemente su forma de existir sin que el mundo se los tragara.

Me pasé un buen rato solo… respirando con ella, observando la secuencia de cubo, cilindro, esfera, cono… Error, acierto, palmadas… y preguntándome de dónde había salido aquello y por qué.

Al cabo de un rato, cuando ya me sentía un poco más cómoda, decidí ocupar un poquito más de espacio.

Cogí, de la caja de al lado, una pieza que aún no estaba en su radar: un prisma pequeño. Lo sostuve a la altura de mi rodilla, sin agitarlo ni llamar su atención; simplemente lo dejé ahí.

Ella terminó la pieza que estaba encajando, dio dos palmadas y respiró hondo.

Y entonces sus ojos se posaron, durante un segundo fugaz, en la pieza que yo tenía.

Se me aceleró el corazón como si estuviera a punto de hacer un examen importante.

—Si quieres… —dije bajito—. Aquí está. Puedes jugar con esta. ¿Sabes dónde encaja?

Dejé el bloque en la alfombra, cerca del borde de su caja, y retiré la mano despacio.

Durante largos minutos, no pasó nada.

Pensé que me había pasado con las expectativas. Que todavía estaba en el capítulo de «quedarme quieta», no en el de «interactuar con el universo de Lyra».

Hasta que ella estiró la mano.

No me miró. No cambió de expresión.

Solo cogió el prisma con muchísimo cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera estropear su ritual.

Lo examinó con atención. Lo giró de un lado a otro y comparó las formas con las de la caja. Encontró el hueco correspondiente en la tapa, calculó el ángulo… y lo encajó.

Perfecto.

Lyra dio dos palmadas, rápidas, como siempre.

Pero para mí fue distinto.

Porque yo sabía que esa pieza había salido de mi mano.

Se me escapó una sonrisa enorme y yo también di dos palmadas, al mismo ritmo que ella, emocionada.

Se me llenó el pecho de alegría, como si aquel gesto pequeñito fuera un «te veo» en su idioma, y me hizo inmensamente feliz. Quería que se sintiera segura, acogida y protegida con mi presencia.

—Muy bien… —susurré—. Gracias por confiar en mí, pequeñina.

Nos quedamos allí un rato más, repitiendo el mismo patrón: ella elegía sus piezas, yo le ofrecía un bloque de vez en cuando, lo dejaba cerca y esperaba. A veces lo ignoraba. A veces lo cogía y lo encajaba.

Cuando lo cogía, yo sentía como si me hubiera tocado la lotería.

La puerta del cuarto de juguetes se abrió despacio.

Tía Rosie apareció y me hizo un gesto con la mano.

—Emma, cariño —me llamó en un tono suave, para no romper nada de lo que estaba ocurriendo allí dentro—. ¿Puedes venir un momento?

Me levanté con cuidado, eché un último vistazo a la niña, concentrada en su mundo, y salí al pasillo.

—¿He interrumpido? —preguntó Rosie, con una media sonrisa.

—No. Quiero decir… sí. Quiero decir… —respiré hondo, todavía con el corazón acelerado—. Creo que hemos interactuado. Ha cogido una pieza que le he ofrecido. Por primera vez.

—Ay, cariño, sabía que lo conseguirías… —Los ojos de Rosie brillaron de orgullo—. Sabía que tu sensibilidad haría que conectaseis. No sabes lo que tarda en interactuar con desconocidos…

—Me lo imagino.

Aquel elogio me calentó el corazón y me demostró que iba por el camino correcto.

—¿Qué pasa, tía? —pregunté, volviendo al tema—. ¿Ha ocurrido algo?

Rosie sostenía una carpeta con pinza y se recolocó las gafas.

—El señor Crawford ha llamado hace un rato y ha dicho que ha mandado un coche a buscarlas. Vais a la empresa.

Parpadeé.

—¿Nosotras quién?

—Tú y Lyra. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja —. Parece que es algún evento de la empresa, no lo sé, y han pedido una foto familiar: él con Lyra.

Se me revolvió el estómago.

—¿Foto? —repetí—. ¿Lyra y yo solas dentro de un coche? ¿En un entorno totalmente nuevo?

Me rasqué la nuca, preocupada.

—No sé, tía… ¿seguro que va a salir bien?

—Claro que sí, niña. —Sonrió—. Es solo una foto familiar, algo rápido. Y estoy segura de que esta aventura os acercará todavía más a las dos.

De algún modo, tenía sentido.

Aun así, pensé en el caos fuera de su lugar seguro: cualquier sonido, luces, gente hablando, la tela rascando una piel sensible, el olor del perfume, el clic de una cámara, un árbol de Navidad gigantesco metiendo estímulo visual…

Pensé en Lyra encogida en la alfombra, tan entregada a la previsibilidad, y se me erizó la piel.

—¿El señor Crawford ha explicado cómo va a ser? —pregunté.

—No, creo que lo explicará en persona. —Rosie suspiró—. Pero no te preocupes, saldrá todo bien. Y no te dejes intimidar: haz lo que consideres mejor por su bienestar.

«Haz lo que consideres mejor por su bienestar».

Sentí el peso de la responsabilidad aplastándome los hombros.

Asentí, respirando hondo.

—De acuerdo.

—Voy a preparar a Lyra con ropa bonita y cómoda. Y tú, ¡arréglate también!

Capítulo 9

Emma Baker

El edificio de Crawford Toys parecía un templo moderno dedicado al consumo.

Cuando el coche se detuvo frente al enorme vestíbulo acristalado, sentí una mezcla de fascinación y… presión.

Fascinación porque todo aquello era precioso, amplio y casi mágico. Presión porque Lyra estaba bajo mi responsabilidad y apenas nos conocíamos, así que me sentí insegura sobre cómo actuaría si algo se salía de control.

Lo bueno fue que eso aceleró nuestra conexión.

Al bajar del coche, Lyra me agarró la mano con fuerza, se pegó a mí todo el tiempo y mantuvo la mirada clavada en el suelo.

Noté el sudor frío en su palma.

—No tienes que preocuparte, ¿vale? —le dije.

Me agaché para quedarme a la altura de su campo de visión.

—Vamos a entrar, ver a tu papi, hacernos unas fotos bonitas muy rápido y luego volvemos a casa. Son solo unos minutitos. Si te sientes incómoda, apriétame la mano.

Me apretó al instante.

Dos veces, como una llamada de auxilio.

Respiré hondo, me tragué el orgullo y di unos pasos hacia delante para entrar y resolver aquello.

El vestíbulo principal parecía una postal de Navidad que alguien hubiera decidido convertir en realidad. Un árbol gigantesco ocupaba el centro del espacio, con adornos dorados, lazos perfectos y luces que parpadeaban con un ritmo que, para mí, ya era demasiado.

En varias mesas había galletas decoradas, tazas de café, chocolate caliente. Los niños corrían con versiones en miniatura de los juguetes de la empresa; un Papá Noel profesional estaba sentado en un sillón rojo posando para fotos; los empleados se reían, hablaban…

Un ambiente muy distinto de lo que yo esperaba.

El aire olía a vainilla, café fuerte y plástico nuevo.

Era muy bonito.

Y probablemente una pesadilla sensorial para Lyra.

Le ajusté mejor los protectores de ruido, con cuidado de no apretarle la cabeza, y volví a agacharme para quedarme a la altura de su campo de visión, aunque ella no me estuviera mirando.

—Mira lo que he traído. —Saqué un cubo del bolsillo y se lo di —. Quédate con él y ahora buscamos una caja para que puedas ponerlo, ¿vale? Aguanta un poquito. Estoy aquí.

Me apretó la mano dos veces.

Algunas personas empezaron a mirar. Reconocían a la niña, por lo que entendí de los susurros: la hija del CEO. Nadie se acercó, pero las miradas iban y venían, curiosas.

Fue entonces cuando apareció él.

Liam salió de un pasillo lateral, con un traje azul marino a medida, corbata roja y una expresión tensa al enfrentarse a toda aquella decoración. Parecía un general entrando en un campo de batalla, no un CEO en un evento festivo.

Nuestras miradas se encontraron un segundo.

Vino hacia nosotras y sentí a Lyra encogerse un poco al percibir el movimiento. Le apreté la mano con suavidad, como diciéndole: «Estoy aquí, todo está bien».

—Emma —me llamó, deteniéndose frente a nosotras—. Gracias por venir.

Le intentó a su hija un «hola» dubitativo, pero le salió torpe.

Hasta parecía que fueran desconocidos.

—¿Está todo bien? —pregunté, intentando mantener la voz neutra.

—Sí. El equipo de eventos ha preparado un espacio más tranquilo, sin música alta ni movimiento —explicó, con un tono demasiado profesional para estar hablando de su propia hija—. La fotógrafa está ajustando las luces. Será rápido. Y, una vez más, gracias. Parece que has hecho un gran trabajo; Lyra está bajo control.

Mientras hablaba, me tocó el hombro.

Fue un gesto pequeño, quizá automático, solo para guiarme hacia el rincón que habían reservado. Pero su mano era grande, cálida y firme.

Y durante un segundo ridículo, el impacto de aquel contacto atravesó la tela de mi blusa y me recorrió la columna.

Me tensé por dentro.

Mi cabeza gritó tantas cosas a la vez que noté cómo el mundo se me ladeaba delante de los ojos.

Mi cuerpo no ayudó demasiado.

Me aparté medio paso, discreta, para recuperar el eje.

—No sé si va a reaccionar bien —admití, mirando del entorno a Lyra—. Están pasando demasiadas cosas. Sonido, luz, olor… incluso con los cascos, es mucha información.

Él mantuvo la mano en mi hombro un segundo más de lo necesario antes de soltarla.

—He pedido que lo preparen todo para esto —dijo, seco—. Te garantizo que está todo bajo control. Sé que se sale del protocolo; créeme, no las habría llamado si no fuera cuestión de vida o muerte. Básicamente, salvar la Navidad de la empresa.

Una parte de mí quería creerle.

La otra rezó para que todo saliera bien.

—¿Podemos ir a ese sitio tranquilo? —pregunté.

Asintió al instante.

—Claro. Sigue a Ashley; os veo en unos minutos.

Una chica del equipo nos guió hasta una sala amplia de techos altos, donde había un árbol de Navidad que parecía sacado de una película de Hollywood, un montón de cajas de regalo debajo y una máquina en lo alto que esparcía copos finos que imitaban nieve.

De hecho, allí había menos luz, menos movimiento y poco ruido.

Lyra me tiró suavemente y fuimos directas al árbol.

Se quedó mirando el parpadeo de las luces, hipnotizada.

Me intrigó verla tan entretenida que parecía haber olvidado que no estábamos en un lugar seguro. Lyra seguía centrada en las luces de colores, pero lo que me robó la atención fue un flash tan fuerte que sentí que me quedaba ciega.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —Parpadeé, pero no se me pasó.

Tuve que frotarme los ojos con la mano libre.

La fotógrafa se acercó, sonriente, y se retorció entera para sacar otra foto, esta vez enfocando a Lyra tocando las luces de

colores.

La niña soltó un quejido irritado y negó con la cabeza de forma frenética, molesta.

—¿Puedes apagar eso? ¡Va a darle una crisis!

—Sin iluminación, las fotos no van a quedar bien, cariño —respondió ella.

Y me disparó otra foto a mí, con ese flash que parecía más un puñetazo en la cara.

Si me estaba molestando a mí, imagínate a la niña…

—¿Qué está pasando? —Liam se acercó.

—¡Señor Crawford, qué honor! —respondió la fotógrafa—. Solo estoy capturando algunos momentos mágicos antes de que empecemos la sesión…

—Y yo estaba diciendo que ese flash nos va a dejar ciegos —repliqué.

—¿Vas a cuestionar mi trabajo? —ironizó ella.

—No le hables así o te sustituyo. —Liam gruñó, mirando a la fotógrafa con desprecio—. Ella sabe qué es lo mejor para mi hija.

Se me aceleró el corazón.

De todas las cosas que esperaba ese día, sobre todo después de la conversación de la noche anterior, que Liam me defendiera no estaba ni en los diez primeros puestos de mi lista.

—Pon una iluminación adecuada que no moleste a mi hija. Y date prisa. —Él miró el reloj.

—Gracias —murmuré.

—No dejes que nadie se aproveche de tu buena voluntad; eres mi invitada especial. Y sabes mejor que nadie qué es lo mejor para Lyra.

Asentí, atónita, mirándolo como hipnotizada.

—¿Está dando mucha guerra?

—No. Se está portando bien. Y ahora que ha encontrado estas luces, parece que está tranquila…

Liam mantuvo una expresión neutra; solo se recolocó el traje y observó al equipo trabajando, como si con la mirada les advirtiera que no tenía todo el día para esperar.

En cuestión de minutos colocaron focos a cierta distancia de nuestras caras, pero que iluminaban lo suficiente para asegurar un acabado profesional en las fotos.

—Todo listo. Ahora vamos a hacer una foto preciosa con vosotros tres —anunció la fotógrafa.

¿Vosotros tres?

Abrí los ojos, horrorizada.

—¡Yo no formo parte de la foto! —Di unos pasos hacia delante—. Solo estoy aquí por el bienestar de la niña…

Sentí la mano de Liam rozarme otra vez la espalda, calmándome.

—Ah, entonces ¿no eres la novia falsa de él? —preguntó la fotógrafa.

—Las fotos serán solo con mi hija. La señorita Baker habrá tenido suficientes emociones por hoy.

Asentí, con la expresión congelada.

Me aparté a toda prisa y me quedé detrás de los focos, observándolos a los dos.

Aún no lo sabía, pero aquel sería el momento exacto en el que yo empezaría a entender el tamaño del destrozo que podía hacer una sola foto en la vida de una niña.

Y lo difícil que sería mantener mi promesa de protegerla, trabajando para un hombre que creía que podía controlarlo todo y a todos… menos su propio corazón.

Capítulo 10

Emma Baker

Yo había pensado que lo peor que podía pasar aquella tarde era salir sin querer en una foto corporativa, con cara de chica pobre en el sitio equivocado.

Descubrí que me equivocaba en cuanto todo empezó a salirse de control.

Aún estaba detrás de los focos, intentando volverme invisible, cuando la fotógrafa dio unas palmadas, entusiasmada:

—Vale, ¡volvemos a empezar! Ahora quiero más emoción, más movimiento, algo bien… ¡mágico!

Si ella supiera lo que ese tipo de magia le hacía a una niña tan sensible como Lyra, habría elegido otra palabra.

Ashley subió un poco la música de ambiente, alguien se rio más alto cerca de la mesa del café, una empleada pasó corriendo con una bandeja llena de tazas, un guarda de seguridad habló por la radio al mismo tiempo.

Y, de pronto, lo que antes era un «ambiente controlado» se convirtió en un festival de estímulos.

Liam estaba al lado de su hija, con una mano apoyada en la espalda de ella, tenso. Lyra seguía clavada en las luces del árbol, hipnotizada, apretando el cubo que yo le había puesto en la mano allí, en el vestíbulo. Sus hombros pequeños parecían aún más encogidos dentro del vestido suave.

—Señor Crawford, vamos a hacerlo así: primero unas fotos solo de Lyra y después entra usted, para dar ese rollo de padre cariñoso, familia feliz y espíritu navideño, ¿sabe? Va a quedar precioso —canturreó la fotógrafa, ajustando la cámara—. Y, si da tiempo, podemos hacer unas con la niñera también…

Me tragué el impulso de decir que no, gracias.

Entonces oí el primer clic.

No venía del equipo profesional, sino del móvil de alguien, con el flash encendido.

Un fogonazo estalló justo en un lateral de la cara de Lyra.

La niña parpadeó, el cuerpo entero le dio un respingo y se quedó rígida.

De repente ya no era solo un flash aislado, sino la linterna del móvil encendida desde otro ángulo. Esa luz blanca, agresiva, le molestó a Lyra al instante.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El detrás de cámaras, cariño. Para subirlo a redes —explicó Ashley.

—¡Eso no estaba acordado! —protesté.

—Gente, sin móviles ahora, por favor, ¡que la niñera se está molestando! —pidió Ashley, con un tonito medio burlón.

Nadie se lo tomó muy en serio.

La música subió un poco justo en el estribillo. Y la máquina de nieve decidió funcionar exactamente en ese momento, soltando una ráfaga más fuerte por encima de nuestras cabezas.

Vi el segundo exacto en el que Lyra colapsó.

Se le tensaron los hombros, los dedos apretaron el cubo con demasiada fuerza y la respiración se le aceleró. Se llevó las manos a

las orejeras, presionándolas contra las orejas como si quisiera esconderse dentro de ellas.

Luego, con un gesto brusco, intentó arrancárselas.

Las orejeras quedaron torcidas, colgando de un lado.

La fotógrafa, ajena a todo, se adelantó:

—Eso, guapa, sin esos cascos gigantes queda mejor, ahora mira aquí a tu tita y sonríe…

Otro flash.

Esta vez, del equipo de ella.

Lyra se llevó las manos a los ojos, tapándose la cara entera.

Y se vino abajo.

Fue rápido y devastador.

Empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás. De su garganta salió un sonido raro, medio grito, medio llanto, medio nada que ningún adulto de allí supo traducir.

Las manos, que antes sujetaban el cubo con delicadeza, ahora se golpeaban contra sus propias piernas. Intentó levantarse y no pudo, tropezó con su propio vestido, cayó de rodillas en el suelo, la cara todavía enterrada entre las manos.

—Lyra… —murmuró Liam, poniéndose pálido.

Dio un paso, pero se quedó a mitad, como si hubiera chocado contra una barrera invisible. Los ojos iban de un lado a otro, intentando decidir qué ordenar apagar primero: la música, las luces, los móviles, el mundo entero.

Y no hizo nada.

Se quedó rígido, con la mandíbula trabada, la mano extendida en un movimiento que no llegó a completarse.

No era la primera vez en mi vida que veía a alguien entrar en crisis.

Pero era la primera vez que veía a una niña de seis años entrar en crisis en medio de un escenario de anuncio navideño, rodeada de adultos que no tenían ni idea de lo que estaba pasando.

Actué sin pensarlo mucho y salí de detrás de los focos casi corriendo.

—Perdón —gruñí, abriéndome paso entre empleados, casi tirando una taza—. Perdón… he dicho perdón… gracias.

La fotógrafa volvió a levantar la cámara, encantada con la «emoción» de la escena, y yo prácticamente me metí entre ella y la niña.

—No vas a hacer ni una foto más —dije, firme.

—Pero yo solo estoy haciendo mi trabajo…

—Y yo el mío.

No grité.

Pero el tono me salió tan seco que a todo el mundo se le quedó la cara cortada y bajaron los móviles.

Pasé junto a Liam, que seguía allí, paralizado, y me arrodillé al lado de Lyra.

Estaba hecha un ovillo en el suelo, dándose golpes en la cabeza, desesperada, balanceándose lo más rápido que podía.

Me tragué el miedo que me subió junto con las ganas de llorar con ella.

Aquello no iba de mí.

Iba de sacar a la niña de ese remolino.

Me quedé de rodillas y me agaché para poner mi cara a la altura de su campo visual, pero sin invadir su espacio. Eso solo lo empeoraría.

Cogí el cubo de la alfombra con cuidado y lo moví en una posición en la que ella pudiera verlo.

Sabía qué hacer porque ya lo había hecho cientos de veces con mi hermano.

El truco no era dar órdenes, hablar más alto que ella o abrazarla: todo eso solo complicaría más las cosas. Yo solo tenía que ofrecerle algo conocido en medio del caos para que pudiera autorregularse, porque eso era precisamente lo que estaba haciendo al balancearse y golpearse: autorregularse.

Sostuve el cubo en la mano y di dos golpecitos en el suelo, muy cerca de ella.

Tum. Tum.

No lo bastante fuerte como para asustarla; solo para llamar su atención.

Después inspiré hondo y solté el aire despacio, a propósito, lo bastante alto como para que ella me oyera.

—Me equivoqué al no saber protegerte, Lyra, pero ahora estoy aquí. ¿Quieres coger el cubo?

Lyra siguió llorando, pero el balanceo del cuerpo bajó un poco. Las manos todavía se golpeaban contra la cara, pero el ritmo fue aflojando.

—Lyra… —susurré—. Estoy aquí. Soy Emma. Olvida a los demás; ahora solo estamos tú y yo, ¿vale?

Recogí las orejeras del suelo, despacio, y se las enseñé, aunque ella aún no estuviera mirando.

Sentía los ojos de todo el mundo sobre mí.

Y, sobre todo, sentía la mirada de su padre quemándome la nuca.

Pero no miré a nadie.

Ese momento era solo nuestro.

—¿Puedes pedirle a todo el mundo que haga silencio, apague la música y colabore? —le pregunté a Liam.

Él dio la orden al instante con una sola mirada.

Entonces oí cómo cortaban la música, cómo apagaban el chisporroteo del micrófono y cómo detenían la máquina de nieve.

El aire pareció volverse más denso sin el fondo de «Jingle Bell Rock».

—Las luces también —añadí—. No toquéis las del árbol, pero apagad lo demás. Sin flash, sin foco directo. Es importante.

—Escuchad lo que ha dicho. Ella está dando las órdenes —la voz de Liam retumbó detrás de mí, grave—. Hacedlo ya.

Los focos se fueron apagando uno por uno, hasta que la sala quedó bañada solo por el brillo suave del árbol y por unas lámparas más lejanas.

Cuando se apagó la última luz fuerte, noté el cuerpo de Lyra relajarse un poco más.

Aún no era paz completa, pero tampoco era crisis total.

Acerqué el cubo a los dedos de ella y volví a dar dos golpecitos en el suelo.

Tum. Tum.

—Este es tu cubo —murmuré—. El de siempre, ¿te acuerdas? Lo teníamos en tu habitación… en el vestíbulo. Cabe en tu mano, cabe en la caja, cabe en tu rutina. Nada de esto es más grande que tu cubo, ¿vale? Solo míralo.

Por un instante, no cambió nada.

Entonces, despacio, dejó caer una de las manos de la cara.

Tenía los ojos rojos, empañados, las mejillas mojadas.

Lyra parpadeó, confusa, como si el mundo se hubiera quedado demasiado borroso.

Yo seguí ahí, con el cubo extendido hacia ella, como quien ofrece una cuerda al borde de un precipicio.

Después de unos segundos que parecieron horas, sus dedos se movieron.

Cogió el cubo.

Me dieron ganas de derrumbarme en el suelo y darle las gracias a Dios.

Pero solo respiré.

Volví a dar dos golpecitos, esta vez con el cubo ya en su mano.

Guiándole el movimiento.

Tum. Tum.

—Mira qué sonido tan gracioso hace —dije, riéndome por los nervios.

Tum. Tum.

Sentí cómo el ritmo de su respiración empezaba a acompasarse al mío.

El balanceo disminuyó todavía más.

Los sonidos que le salían de la garganta se fueron volviendo menos agudos, hasta transformarse en hipidos espaciados.

—Eso… —susurré—. Muy bien, Lyra. Eres increíble.

Se recolocó las orejeras con las manos, encajándolas otra vez sobre las orejas. Luego, con un movimiento corto, se arrastró unos centímetros hacia un lado.

Hacia mí.

Apoyó el hombro en mi rodilla, aún mirando el cubo.

Se me oprimió el pecho.

Era tan poco y, a la vez, era todo.

Le pasé la mano con suavidad por el pelo.

—Ya está. Ya pasó. Ahora solo estamos nosotras dos, el cubo y las lucecitas de Navidad.

La sala entera parecía contener la respiración.

Nadie se movía.

Nadie se atrevía a hacer ruido.

—Tú… —la fotógrafa carraspeó detrás de los focos apagados, en un susurro raro—. ¿Puedes seguir así un segundo?

Levanté la cara despacio.

Ella sostuvo la cámara a la altura del pecho y tomó una foto, sin flash ni ningún efecto.

—Sin flash —recalqué—. Y sin acercarte demasiado.

—Vale, así está perfecto.

Dio dos pasos a un lado, buscando un ángulo en el que las luces del árbol nos enmarcaran sin invadir nuestro espacio. El clic de la cámara, sin el fogonazo de antes, sonó casi tímido.

No molestó.

Lyra ni reaccionó.

Siguió pegada a mí, girando el cubo entre los dedos, respirando con una cadencia que yo reconocía: aún cansada, pero fuera de la tormenta.

Solo entonces me permití alzar la mirada hacia Liam.

Estaba a no más de un paso, las manos cerradas en un puño tan fuerte que los nudillos se le habían puesto blancos. La cara dura, los ojos grises clavados en nosotras dos, como si intentara descifrar un código que nunca había aprendido.

Por un segundo, pareció más pequeño.

No de altura ni de postura.

Más pequeño en sus propias certezas.

Como si todo ese poder que exhibía en los informes, en los trajes y en las campañas no valiera nada frente a una crisis de su hija de seis años, sentada en el suelo.

Y fue entonces cuando entendí otra cosa importante:

Yo no estaba allí solo para cobrar un sueldo alto y huir del disfraz de capibara.

Yo estaba allí para ser, muchas veces, el único colchón entre la sensibilidad de Lyra y la brutalidad del mundo.

Y eso era mucho más aterrador —y bonito— que cualquier cosa que hubiera imaginado cuando toqué el timbre de aquella casa por primera vez.

Capítulo 11

Emma Baker

Cuando la respiración de Lyra por fin se desaceleró, sentí que las piernas empezaban a hormiguearme.

Seguía arrodillada en el suelo, con ella apoyada en mi rodilla, el cubo atrapado entre sus deditos, las orejeras de nuevo en su sitio y la cara arrugada de tanto llorar.

La sala se había quedado extrañamente en silencio, como si a todo el mundo se le hubiera olvidado cómo se respiraba.

—Creo que… ahora está todo bajo control —murmuré.

Le pasé la mano despacio por la espalda, en un movimiento continuo. Lyra no se apartó. Al contrario: se pegó un poco más, como si se estuviera anclando a mí.

Entonces la fotógrafa carraspeó.

—Perdona —susurró, dando un paso hacia nosotras, con la cámara colgada del cuello—. Sé que antes lo estropeé todo… pero… esto es precioso. Vosotras dos… así. ¿Te importaría si continuáramos con la sesión de fotos oficial?

Parecía realmente arrepentida.

O asustada por si la despedían.

Quizá ambas cosas.

No tenía fuerzas para discutir otra vez.

—Vale, pero enfoca a la niña, no a mí. Yo solo soy su cuidadora. Y, por el amor de Dios, sin flash, sin acercarte demasiado

y, si ella se incomoda, paras al instante —le recordé, con la mano aún en la espalda de Lyra.

—Lo prometo.

Se agachó un poco, buscó un ángulo más lejano y volvió a hacer fotos.

Lyra no reaccionó.

Siguió girando el cubo, mirando las luces del árbol por debajo de las pestañas cargadas de lágrima seca. El brillo de las bombillas se le reflejaba en los ojos castaños, como si el mundo entero se hubiera encogido hasta caber ahí dentro.

—Emma —oí la voz de Liam, más cerca de lo que esperaba.

Levanté la cabeza.

Se había acercado sin hacer ruido, como siempre.

—¿Está bien? —preguntó, con la voz ronca.

—Está cansada —respondí, intentando ser objetiva—. Pero salió de la crisis. Solo necesita quedarse aquí un rato, con luz baja y sin que nadie la toque.

Asintió, se pasó una mano por el pelo y me miró con una gratitud que me removió por dentro.

Por un segundo pensé que se quedaría ahí, quieto, solo mirando.

Pero Liam se agachó a nuestro lado, con un cuidado casi exagerado, como si temiera romper algo solo con el peso de su presencia.

Nos quedamos los tres en silencio: yo, con la mano en la espalda de Lyra; él, con el brazo apoyado en un puf; y la niña, apretada entre los dos, girando el cubo y clavando los ojos en las lucecitas.

La fotógrafa aprovechó el momento para sacar varias fotos.

Los clics llegaron seguidos: Lyra de perfil, el árbol al fondo, Liam mirando a su hija con esa mirada profunda, yo de lado, intentando contener las ganas de llorar de alivio.

—¿Y si… te apoyaras en su hombro? —sugirió la fotógrafa.

—¿Qué? —me salió la voz como un graznido.

—La escena es preciosa; solo necesitamos un poco más de cercanía entre vosotros.

—La única cercanía que tenemos es que yo soy la empleada y él es…

Liam me sujetó con firmeza por la cintura y tiró de mí, haciéndome casi recostarme sobre él. Su mano se posó en mi bajo vientre y sentí una descarga eléctrica atravesarme por dentro, terminando en un calor creciente en esa zona.

Levanté los ojos para mirarlo. Y él bajó los suyos para verme.

El corazón me latió tan rápido que olvidé qué estaba haciendo allí y cómo se suponía que debía reaccionar.

Estaba tan distraída que ni siquiera me di cuenta de que Lyra se había levantado de mi regazo y se había acercado al árbol de Navidad; agarró las luces intermitentes mientras las observaba… mientras Liam y yo estábamos atrapados en una especie de tiempo y espacio completamente distintos.

—Perdón, creo que me he pasado con el tono y las formas con tus empleados —dije para romper el silencio que me estaba poniendo tensa.

—Has cuidado de mi hija y eso es más importante que cualquier cosa —respondió.

Su respiración caliente en mi cara me erizó la piel.

—Creo que ya es suficiente —dijo; se apartó de mí con sutileza y se levantó en un gesto demasiado rápido para alguien que estaba tan quieto segundos antes—. ¿Tienes las fotos?

—Para muchas campañas —celebró la fotógrafa—. ¡Equipo, podéis descansar!

—En silencio —gruñó Liam.

—Creo que sería bueno que Lyra fuera ahora a un sitio de verdad silencioso. Sin gente curiosa, cámaras ni más estímulos… —añadí al ponerme en pie.

—Tienes razón —respondió él.

Le hizo una seña a Ashley, que ya estaba a cierta distancia con la tablet en la mano, coordinando el caos.

—Usad solo este material —ordenó, señalando con la barbilla la cámara—. Nada de lo que se haya hecho con flash ni el detrás de cámaras debe usarse.

—Pero, señor Crawford, algunas de las otras fotos han quedado…

—No te he pedido tu opinión. Te he dado una orden —repitió, en un tono que cerraba cualquier discusión.

Ashley no discutió. Solo acercó a la fotógrafa, echó un vistazo rápido a la pantalla y sonrió de una manera que probablemente valía un aumento.

—Dios mío —murmuró—. Esto es oro puro.

No sabía si hablaba de las fotos o de la cantidad de ceros en su cuenta bancaria.

—El departamento de marketing va a flipar —siguió Ashley, demasiado entusiasmada para notar mi incomodidad—. Vosotros tres… habéis estado perfectos. Padre entregado, niña especial, cuidadora dulce… es el pack familiar completo.

Sentí un escalofrío recorrerme la columna.

Yo no había ido allí a salvar la imagen de nadie.

Solo quería sacar a una niña de una crisis.

—Volvamos a casa —dije, cortando el encantamiento—. Lyra necesita descansar.

Liam me miró un segundo, como si recalculara algo detrás de esos ojos grises.

Luego asintió.

—El coche ya está esperando —dijo—. Yo arreglo el resto con el consejo. Vosotras id delante.

Miré a la niña, aún pegada a mí, sujetando el cubo con dedos cansados.

—Vamos, pequeñina —susurré—. Lo difícil ya pasó.

Le tendí la mano y Lyra la agarró al instante.

Salimos de la sala despacio, pasando entre empleados que fingían revisar portapapeles, pero miraban por encima, curiosos.

En el ascensor, el silencio volvió a ser nuestro aliado.

Lyra apoyó la frente en mi brazo, aún sujetando el cubo. El sonido suave del mecanismo al bajar parecía casi ruido blanco.

Yo estaba tan agotada como ella, pero el cerebro no se apagaba.

Mientras el coche salía del aparcamiento y las luces del edificio se quedaban atrás, solo podía pensar en una cosa: alguna de esas fotos iba a dar la vuelta al mundo con pies de foto bonitos sobre «magia de Navidad», «renovación» y «familia».

Pero nadie iba a ver la parte en la que una niña había colapsado por culpa de la falta de sentido común de aquella gente.

Cuando llegamos a la mansión, Rosie nos esperaba en la puerta, ansiosa.

Lyra prácticamente la ignoró, subió las escaleras y fue directa a su cuarto de juguetes… y nosotras la seguimos.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó mi tía, en voz baja. Pero sus ojos decían: «Cuéntamelo todo».

—Intenso —respondí—. Pero está bien. Luego te lo explico.

Ayudé a quitarle el abrigo a Lyra, le ajusté las orejeras y la vi sentarse en el mismo sitio de siempre, en la alfombra, frente a la caja donde guardaba las piezas geométricas.

—¿Puedes vigilarla mientras me doy una ducha? Lo necesito de verdad.

—Claro, cariño, ve.

Fui directa al baño, abrí el grifo de la ducha y me quedé debajo, en silencio, pensando en todo lo que había pasado.

Cuando llegué al dormitorio, vi que tenía mensajes de un número desconocido.

«Soy Ashley, del equipo del señor Crawford. Te envío esta imagen solo para que veas cómo ha quedado. El marketing ya ha flipado. Han dicho que, si dependiera de ellos, tú no te separas nunca más de los dos.»

Abrí la imagen.

Era el momento en el que yo estaba prácticamente encima de Liam, mirándolo fijamente, mientras Lyra estaba hipnotizada con la luz del árbol de Navidad y el cubo en su mano… y un montón de cajas de regalos alrededor.

Tres personas totalmente distintas, un árbol de Navidad al fondo, luces suaves, expresiones serias y, en un segundo robado, algo que parecía… pertenencia.

Una familia que no era la mía.

Una familia que no existía.

Salvo ahí, congelada en esa fracción de segundo.

Bloqueé la pantalla antes de que alguna lágrima terca decidiera aparecer.

Yo solo era la niñera.

Una niñera bien pagada, con una habitación cómoda y demasiadas reglas, responsable de mantener en pie a una niña en un mundo que se tomaba a la ligera su sensibilidad.

No había nada de «pack familiar completo».

Respiré hondo, me tumbé en la cama y cerré los ojos unos segundos para descansar y, quizá, soñar con una vida que solo era una fantasía en una fotografía.

Capítulo 12

Emma Baker

Sabía que no iba a poder dormir sin ver a mi madre.

Me quedé un rato sentada en el borde de la cama, pensando en aquel día atípico. Había sido demasiado pesado y, por más que Lyra por fin se hubiese calmado, la imagen de ella en plena crisis, hecha un ovillo en el suelo, seguía apretándome el pecho.

Cogí el móvil, la cartera, el abrigo más sencillo que había traído y me calcé las deportivas. Miré la hora: casi medianoche.

Tía Rosie se volvería loca si me viera rondando a esas horas, pero necesitaba salir de mi cabeza antes de que me tragara.

Abrí la puerta despacio, bajé las escaleras de puntillas, siguiendo la luz tenue del pasillo hasta el recibidor.

Mi plan era cruzar el jardín y pedir un coche por la app en la calle, lejos de las cámaras, lejos del portero cotilla de la urbanización.

Solo que no contaba con el hombre apoyado en la pared junto a la puerta principal.

Liam.

Con una camisa azul marino, las mangas remangadas, el primer botón abierto, el reloj caro en la muñeca y una expresión cansada que yo no le había visto antes.

Nuestras miradas se encontraron y me sentí como si me hubieran pillado escapándome de casa.

—¿Vas a salir? —preguntó.

Respiré hondo.

—Sí —respondí, apretando más fuerte el abrigo contra mí—. Necesito ver cómo está mi madre; vive a unos cuarenta minutos de aquí.

—¿Ahora? —miró de reojo su reloj.

—Lo sé, es tarde. —Me comprimí los labios—. Pero vuelvo antes de que amanezca, lo prometo. La rutina de Lyra no se va a ver afectada.

Me estudió durante un segundo que se me hizo más largo de lo que era.

—Le diré al portero que llame al chófer —concluyó.

—No hace falta. —Negué con la cabeza, demasiado rápido—. Iba a pedir un coche por la app. Es un momento, no pasa nada.

Liam frunció el ceño, como si la palabra «app» fuera un insulto personal.

—No vas a salir sola de madrugada con un desconocido —dijo, en un tono que no era autoritario, pero tampoco dejaba espacio para discutir—. Te llevo yo.

Parpadeé.

—¿Y el chófer…?

Se encogió de hombros.

—Yo tampoco voy a conseguir dormir tan pronto. Y salir un poco quizá me venga bien a mí también.

Me quedé unos segundos quieta, intentando decidir si era una pésima idea meterme en un coche con mi jefe a mitad de la noche.

Probablemente lo era.

Pero las ganas de ver a mi madre y el agotamiento del día pesaron más.

—Vale —acepté al fin—. Gracias.

Cogió una llave del aparador, tecleó un código en el panel junto a la puerta y me dejó pasar primero. El aire frío de la madrugada me golpeó de lleno.

El jardín estaba iluminado con esas luces discretas a ras de suelo, marcando un camino perfecto, un césped perfecto, todo demasiado perfecto para cómo me sentía por dentro.

Su coche estaba aparcado cerca del garaje. Negro, grande, con ese brillo de nuevo, como si lo hubiera comprado ese mismo día.

Me abrió la puerta del copiloto. Entré intentando ocupar el mínimo espacio posible.

Por dentro olía a cuero, a jabón caro y a un perfume amaderado que ya le había notado durante el día, pero que allí, en ese espacio cerrado, se volvió más intenso.

Liam dio la vuelta, se sentó al volante y cerró la puerta.

El mundo de fuera desapareció en un segundo. El silencio fue sustituido por el ronroneo bajo del motor al arrancar, por el clic del cinturón, por el sonido suave de sus dedos tocando el panel.

La pantalla se encendió y arrojó una claridad azulada sobre su rostro. El perfil serio, la mandíbula tensa, la barba de un día en la línea de la cara. No me miró de inmediato, pero yo notaba su presencia como si el asiento entero fuera solo un trozo entre los dos.

—Ponte el cinturón —me recordó, todavía concentrado en la configuración del coche.

Tiré del cinturón, pero no salía.

Insistí y me sentí idiota al no conseguir sacarlo.

Soltó un suspiro bajo y se inclinó hacia mí, quedándose peligrosamente cerca.

Noté su pecho rozarme apenas el brazo mientras tiraba del cinturón por encima de mi hombro; el perfume amaderado mezclado con el cuero y el aire acondicionado, y su respiración caliente dándome en la mejilla, como si el coche se hubiera encogido a propósito.

Su mano se quedó un instante más de lo necesario sobre la mía, firme en el cierre metálico, nuestros dedos prácticamente pegados.

Alcé la mirada y encontré la suya allí, demasiado cerca, y por un segundo tuve la absurda impresión de que, si me inclinaba un milímetro, nuestra boca dejaría de ser un límite profesional para convertirse en un problema de cama.

El «clic» del cinturón sonó demasiado alto entre los dos.

Salimos de la urbanización en silencio.

Las calles estaban casi vacías; las otras casas, llenas de luces de Navidad, parpadeaban a lo lejos, en un contraste irritante con la oscuridad de la mansión que habíamos dejado atrás.

El coche se deslizó sobre el asfalto, protegiéndonos del viento, de los sonidos, de cualquier cosa que no fuera ese espacio diminuto en el que yo podía oler su perfume y sentir el calor de su cuerpo a pocos centímetros.

Él rompió el silencio primero.

—Emma.

—¿Hm?

—Lo que has hecho hoy con Lyra… —Respiró hondo, como si escogiera las palabras—. Ha sido algo enorme.

Miré por la ventanilla para esquivar su mirada.

—Solo hice lo que había que hacer —respondí—. Cualquiera que usara la cabeza y el corazón habría hecho lo mismo.

—No lo haría. —Negó con la cabeza—. Cualquiera se habría quedado congelado. Yo, por ejemplo, me quedé congelado. No porque no quiera saber qué hacer, sino porque las veces que intenté intervenir, solo lo empeoré todo…

La forma en que lo dijo me dolió en el pecho de un modo extraño.

—Diste la orden de que apagaran las luces cuando te lo pedí —le recordé—. Mucha gente habría ordenado seguir por la «foto perfecta». La intención también cuenta.

Ajustó las manos en el volante. Tenía los dedos largos, firmes, con las venas marcadas.

—He trabajado toda mi vida para controlarlo todo —dijo—. Hoy tuve que admitir que, sin ti ahí, no tenía ni idea de qué hacer con mi propia hija.

El coche pasó por un semáforo en ámbar; la luz cortó el interior un segundo. Su perfil quedó dibujado, guapo y cansado a la vez.

—¿Cómo sabías qué hacer? —preguntó entonces—. El cubo, el silencio, la forma correcta de tocarla. Eso no se aprende viendo vídeos en internet.

Tragué saliva.

Y pensé en mi madre, viviendo en un piso diminuto al otro lado de la ciudad, tomando demasiados medicamentos, durmiendo demasiado poco, atrapada en un día que nunca terminó.

—Mi hermano… —dije, antes de decidir si quería o no decirlo —. El pequeño. Él también era autista.

Sentí cómo la mirada de Liam se deslizaba del tráfico hacia mí, sin apartar del todo los ojos de la carretera.

—¿Era?

Asentí.

—Vengo de un sitio donde la vida, en general, era muy ruidosa… mi madre gritaba, mi padre desaparecía, los vecinos ponían la música a todo volumen, ¿y el tráfico? —Me reí, nerviosa—. Mi hermano vivía en crisis. Todo el mundo decía que era una rabieta, mala educación, falta de una bofetada. Yo era la única que intentaba entenderlo; supongo que por eso acabé estudiando Magisterio…

Suspiré, perdida en esos recuerdos.

—Aprendí a entrar en su mundo porque nadie más iba a hacerlo —continué—. Aprendí a usar cualquier objeto como puente para nuestro contacto: tapones, dados, trozos de papel. Cuando vi a Lyra sujetando el cubo de esa manera, fue como ver a mi hermano otra vez.

El coche redujo la velocidad al entrar en mi barrio.

Los edificios eran más bajos, las calles más estrechas, la iluminación más pobre. Los escaparates de algunas tiendas parpadeaban con adornos navideños baratos; las coronas torcidas en las puertas de los portales me parecieron más honestas y con más vida que cualquier cosa en la fachada de la empresa Crawford.

—¿Y tu madre? —preguntó Liam, bajando un poco la voz—. ¿Dónde encaja en esta historia?

Respiré hondo.

—Mi hermanito murió con ocho años —respondí—. Fue un accidente… Mi madre estaba trabajando; era dependienta y siempre se lo llevaba cuando mi padre desaparecía. Ese día se distrajo con una venta y mi hermano se escapó a la calle…

Tragué saliva y sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—Mi madre nunca se recuperó de la muerte de mi hermanito.

La frase me salió con dificultad.

Él paró el coche frente a su edificio y apagó el motor.

El silencio que siguió fue casi palpable.

Fuera, solo el ruido lejano de un autobús doblando la esquina.

Dentro del coche, sentí el peso exacto de todo aquello aplastándome el pecho.

—Se quedó atrapada en ese día —continué, mirando la fachada desconchada, la ventana del salón encendida en el tercer piso—. Mientras el resto del mundo siguió adelante, ella se quedó allí para siempre. No pudo volver a trabajar… mi padre desapareció del mundo para siempre… y, en fin, yo repartía mis días entre estudiar, trabajar, cuidar de la casa, cuidar de ella… y un poco de mí —suspiré.

Se me empezaron a escocer los ojos antes de que pudiera contenerlo.

—Cambió de religión, de medicación, de terapeuta, de promesa. —Se me quebró la voz—. Lo único que no cambió fue el agujero. Y yo… yo me hice adulta a los quince años. Gestionándolo todo: las facturas, la compra, el médico, los medicamentos, todo. Dejé la carrera para trabajar más… y porque salía más dinero del que entraba.

Liam me miró hondo, como si entendiera el dolor de mi madre.

—Por eso necesitaba tanto este trabajo. No me malinterprete, señor Crawford, no es «ambición». Solo intento asegurar que ella tenga lo mínimo para levantarse. Y, con Lyra, quiero garantizar que tenga una vida plena, feliz y conectada, que la entiendan tal como es.

La primera lágrima me resbaló por la cara y cayó sobre el dorso de mi propia mano.

Ni siquiera pensé en ocultarla. Ya no tenía fuerzas para fingir que estaba bien.

Y entonces lo sentí.

Los dedos de Liam me tocaron la barbilla, girándome apenas el rostro hacia él. El gesto fue suave, cuidadoso, como si yo fuera de porcelana. Sus ojos estaban mucho más cerca de lo que deberían.

Su perfume parecía más intenso allí, mezclado con el olor a cuero del coche. El corazón se me disparó a una velocidad ridícula, los latidos retumbándome en los oídos.

—Emma —me llamó, muy bajo—. Mírame.

Obedecí.

Su pulgar pasó despacio por mi mejilla, limpiándome la lágrima. Luego volvió a pasar, con más calma.

La aspereza leve de su piel se encontró con la mía, caliente. El mundo de fuera desapareció. Solo existían sus ojos grises y la manera en que su respiración rozaba mi cara.

Por un segundo, de verdad pensé que iba a besarme.

Inclinó un poco la cabeza. Yo sentí mi cuerpo inclinarse también, casi imperceptible. La tensión entre nosotros era un hilo tensado al máximo. Bastaba un movimiento, un milímetro de más.

Se detuvo.

La mano seguía en mi rostro, pero él retrocedió un poco, respiró hondo, como si tirara hacia atrás de alguna parte de sí mismo que había avanzado sin permiso.

—No deberías haber pasado por todo eso sola —dijo, con la voz ronca.

La frase me golpeó en un sitio de mí que ni siquiera sabía que existía.

Nadie me había dicho eso nunca. Todo el mundo daba por hecho que yo podía. Que «era fuerte». Que «me las apañaba».

—Hacemos lo que hace falta para sobrevivir —respondí, intentando controlar la voz—. De una manera u otra. No me malinterprete, no quiero parecer una víctima.

—No pareces una víctima —replicó, sin apartar la mirada—. Pareces una mujer muy fuerte, que tuvo que renunciar a muchas cosas para crecer, madurar y cargar con responsabilidades más grandes que tú. Eres una mujer admirable.

Un silencio pesado se instaló entre los dos.

Yo sentía la cara aún caliente donde había estado su mano, el corazón desacompasado intentando encontrar algún ritmo.

Aparté la cabeza un poco, una petición muda de que me soltara.

Me soltó.

—Yo… tengo que subir —dije, señalando el edificio con la barbilla—. Es tarde; puede volver a casa y descansar, señor Crawford. Yo vuelvo en un coche de app o mañana muy temprano en autobús.

Se le escapó una media sonrisa.

—Te espero aquí —dijo—. El tiempo que necesites.

Asentí.

Abrí la puerta y el aire frío de la madrugada volvió a golpearme.

Antes de cerrar, miré por encima del hombro.

Seguía mirándome, las manos ahora firmes en el volante, como si se agarrara a algo invisible.

Salí del coche, me ajusté el abrigo, me sequé la cara con el dorso de la mano y respiré hondo. Mientras caminaba hacia la entrada, aún notaba su tacto en mi piel, como si su mano hubiera dejado una marca que no se veía.

Había venido a ver si mi madre seguía respirando.

Pero no me imaginaba que, antes de subir, alguien iba a mirarme y a hacerme respirar un poco a mí.

Capítulo 13

Emma Baker

No tuve valor de volver al coche aquella noche.

Si bajaba otra vez, con la cara aún mojada, sabía que iba a hacer alguna estupidez: dar las gracias demasiado, inventarme conversación, quizá comprobar si aquel casi beso había sido cosa de mi cabeza o no.

Así que respiré hondo en el pasillo, me sequé la cara con la manga del abrigo y entré en el piso de mi madre como si el mundo dependiera de ello.

Estaba tumbada en el sofá, en camisón, con el pelo recogido de cualquier manera.

—¿Emma? ¿Qué ha pasado? —preguntó, con los ojos hundidos, clavados en la tele.

—Nada grave —forcé una sonrisa—. Solo quería verte.

Entré, me quité las zapatillas, me llegó el olor familiar a café recalentado y vi un montón de bolsas y cajas de snacks, y lasañas congeladas por la casa.

Cogí una bolsa de basura y fui recogiendo todo.

Después me fijé en el sofá hundido, la cortina torcida, la plantita de plástico en el alféizar. Todo parecía en su sitio.

—Es tarde, hija. ¿No deberías estar descansando?

—No podría sin venir a verte —me acerqué y la abracé—. ¿Cómo estás?

Esbozó una sonrisa débil y negó con la cabeza.

—Bien. Esta semana voy a salir a buscar trabajo…

Lo repetía siempre. Por lo menos una vez a la semana desde hacía cuatro años.

Fui directa a la cocina y abrí la nevera: medio litro de leche, un táper con arroz viejo, el agua casi acabándose… y quedaban dos fiambreras que yo había preparado. Suspiré.

—¿Has comido hoy? —pregunté.

—No, no tenía hambre —se encogió de hombros.

Traducción: se le había olvidado comer… y eso la llevaba al súper, a comprar fiado un montón de porquerías y llenarse el estómago sin una pizca de nutrientes.

Puse agua a hervir, separé el poco pollo que quedaba, verduras, los frijoles que había dejado congelados. Sofreí ajo, calenté arroz, lo aliñé todo en automático.

Mientras removía la olla, la cabeza estaba en otra parte: el cubo de Lyra golpeando el suelo, el flash encima de la crisis, la mano de Liam en mi cara, su respiración caliente a un centímetro de mi boca.

Golpeé la cuchara contra el borde con demasiada fuerza.

—Estás tensa —comentó mi madre, sentándose en la silla.

—El día ha sido largo —respondí—. El trabajo también.

No le conté lo de la campaña de Navidad ni lo de mi jefe.

Iba a querer pelearse con alguien que no tenía un DNI al alcance.

Repartí la comida en fiambreras, apunté fechas en las tapas y lo apilé todo en la nevera. Coloqué los medicamentos en la mesita del salón, comprobé horarios, recogí ropa del tendedero, cambié la

basura. Cosas pequeñas, mecánicas. Si me paraba, iba a volver a pensar demasiado.

Apoyó la cabeza en mi hombro mientras guardaba la última fiambrera.

—Te echo de menos aquí —murmuró—. La casa se queda demasiado silenciosa.

—Lo sé, mamá. Pero este trabajo nos ayuda. Necesito estar allí una temporada.

Asintió, con los ojos vidriosos.

—No hace falta que vengas tan tarde, hija. Tienes que descansar…

Cuando terminé, me acerqué a la ventana.

La madrugada empezaba a clarear, el cielo se volvía de ese gris de casi mañana. Abajo, pegado al bordillo frente al edificio, el coche negro seguía allí.

Se me encogió el pecho.

Liam aún me estaba esperando.

Podía bajar, golpear el cristal, decir «gracias por quedarte», preguntarle por qué se había pasado horas aparcado frente a mi piso.

Pero no bajé.

Me quedé escondida detrás de la cortina torcida, observando.

En algún momento se encendieron los faros, el coche arrancó despacio y desapareció en la esquina. Me lo imaginé cruzando la ciudad de vuelta a la urbanización, agotado, sabiendo que yo no iba a volver.

Solo cuando el coche desapareció fue cuando me volvieron a caer las lágrimas.

Me tumbé en el sofá y me quedé medio dormida con la ropa puesta, pensando en Lyra durmiendo con el cubo en la mano y en el hombre que había esperado bajo mi ventana como si fuera un adolescente, no un CEO multimillonario.

*

El despertador vibró en cuanto amaneció.

Mi madre roncaba bajito. Dejé una nota encima de la mesa, con un corazón dibujado de cualquier manera, comprobé que las fiambreras estaban en el sitio correcto, cogí la mochila y salí de puntillas.

El aire de la mañana estaba frío, la calle ya llena de gente yendo a trabajar, niños con mochilas, el ruido de los autobuses en la avenida… Miré por reflejo hacia la acera de enfrente.

Vacía.

Ni coche negro, ni una silueta alta al volante. Se había ido, como haría cualquier persona sensata.

Apreté la correa de la mochila y bajé hasta la parada.

Mientras esperaba el autobús, con el viento helado golpeándome la cara, noté el móvil vibrar.

La necesidad de no quedarme sola con aquello me subió de golpe.

Contesté a Luna casi al instante.

—Como no tengas un cotilleo premium, me voy a ofender personalmente —fue su «buenos días».

Se me escapó una risa.

—¿Qué tal un cotilleo premium con CEO, campaña de Navidad, crisis sensorial y casi beso? —respondí—. ¿Te vale?

Hubo un segundo de silencio.

—Repite «casi beso» despacito, que quiero saborearlo —pidió.

Me senté en el banco de la parada, abrazando la mochila.

—Ayer fue un infierno —empecé—. A la fotógrafa le pareció una idea brillante plantar un flash en la cara de Lyra, toda la sala mirándola como si fuera una atracción, yo intentando sacar a la niña de en medio del circo…

—Ya odio a todo el mundo —me cortó—. Pero quiero saber lo del beso.

—Casi beso.

—¡Pues vuelve y bésalo! —gruñó—. ¿Pero por qué no lo besaste?

Intenté volver a mi hilo.

—Conseguí calmar a Lyra, volvimos a casa y la dejé descansando en su habitación, pero la cabeza se me quedó dando vueltas. Pensé en mi madre, en mi hermano, en todo. Así que decidí pasarme por su piso. Era casi medianoche.

—Y entonces el magnate viudo pilló a la niñera escapándose de casa.

Puse los ojos en blanco.

—Estaba en el hall, iba a pedir un coche… le pareció una locura que yo saliera con un VTC, cogió las llaves y se ofreció a llevarme.

—Y tú aceptaste.

—Acepté —admití—. Quería ver a mi madre. Y estaba demasiado cansada para discutir protocolo de ricos.

Vi aparecer mi autobús doblando la esquina.

—Ahora la parte importante —insistió Luna—. El coche. El casi beso.

Suspiré.

—No conseguí tirar del cinturón. Él se inclinó para ayudar, ese cliché idiota. Pero, Luna… se le quedó la cara muy cerca. Sentí su pecho rozándome el brazo, el perfume, la respiración caliente en mi mejilla. Me dio la impresión de que el coche se había encogido solo para joderme.

—Eso se llama Dios dándote material para una fanfic, amiga.

—Me pasó el cinturón por encima del hombro, la mano se le quedó encima de la mía en la hebilla más tiempo del normal, nuestros dedos se rozaron. Luego empezó a hablar de Lyra, me preguntó cómo sabía qué hacer, le conté lo de mi hermano, lo de mi madre. Lloré. Mucho.

Llegó el autobús. Subí, pagué, me senté junto a la ventana y seguí hablando bajito.

—Y entonces te tocó la cara —completó Luna.

Cerré los ojos, recordando la sensación.

—Me tocó. Me sujetó la barbilla, me limpió las lágrimas con el pulgar, dijo que no debería haber pasado por todo eso sola, que yo no parecía una víctima, que era admirable. Inclinó un poco la cabeza, yo también. Nos quedamos atrapados a medio camino.

—¿Y?

—Y se detuvo —añadí enseguida—. Se apartó. Retiró la mano, respiró hondo. No cruzó la línea.

Luna se quedó unos segundos en silencio.

—¿Y por qué no te le tiraste al cuello y lo besaste? Igual es tímido.

—Me paré por miedo y por sentido común —respondí—. Si lo tocaba, no iba a ser solo un beso. Iba a abrir una puerta a un problema gigante. Tengo a Lyra, a mi madre, este trabajo. No puedo convertir esto en un romance prohibido con mi jefe.

El autobús dio un bote y choqué el hombro con la persona de al lado.

Pensé en el interior silencioso de su coche, el cuero, el perfume caro… en lo distintos que eran nuestros mundos.

—¿Y después? —preguntó Luna—. ¿Después del casi beso?

—Después subí y lo dejé abajo —respondí—. Me puse a cuidar de mi madre: cocinar, ordenar medicinas. Cuando fui a la ventana, él seguía allí, parado. Solo encendió los faros cuando el cielo ya estaba casi clareando.

—Te esperó prácticamente toda la noche frente al edificio —repitió, despacio—. Y tú no bajaste.

—No pude —apreté la mochila—. Si bajaba, iba a querer dar las gracias de más, explicar de más… quizá probar mis límites. Y no tengo estructura para aguantar las consecuencias de un beso con un jefe multimillonario.

Suspiró.

—¿Pero ni para ofrecerle un vaso de agua?

—No.

—¿Y una mamada? Una *mamadita*, sin compromiso, amiga. Un mordisquito en el pezón, le agarras las pelotas y haces: *blublublublublu*.

—Tampoco, estás fatal —me reí.

—Claro, entre las dos, la que tiene dos dedos de frente eres tú.

El autobús empezó a entrar en el barrio rico. Los muros se hicieron más altos, los árboles se alinearon, el suelo… impecable.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿Qué hago cuando lo vuelva a mirar? ¿Hago como si no hubiera pasado nada? ¿Le doy las gracias por el Uber de lujo? ¿Le pregunto si durmió algo apoyado en el volante?

Luna soltó una risa baja.

—Respiras —dijo—. Le das las gracias por el favor si se da el momento. Te mantienes profesional. Y observas. Si él finge que no pasó nada, perfecto. Si usa esto para manipularte, sales corriendo. Si respeta tu límite, entonces hablamos.

Recordé su mano apartándose de mi cara en cuanto yo me eché atrás, el silencio respetuoso cuando subí, el coche marchándose sin claxon, sin reproches.

—Ayer respetó todos los «no» que yo no dije en voz alta —admití.

—Un hombre de los que valen. Quedan pocos.

Asentí.

El autobús paró cerca de la urbanización. Me levanté.

—Vale —dije—. Si me entran ganas de llamar a su puerta a las tres de la mañana, te llamo antes.

—Por favor —se rió—. Yo te recuerdo la factura de la luz y las medicinas de tu madre. Un romance con viudo rico no paga terapia. O te animo. A veces, lo único que necesita un viejo de lancha es una sentada bien dada.

—No es tan viejo.

—Pero lo de la sentada bien dada no lo discutes, ¿eh? —Luna se partió—. ¡Chao, guapa!

Sonreí, aunque con el estómago apretado.

—Gracias, Lunática.

—Te quiero. Ve a ser la niñera de la hija del hombre que casi te besa.

—Qué bonita definición de carrera —murmuré.

Colgué.

Bajé del autobús y me quedé mirando la garita acristalada, el jardín perfecto, la puerta automática. Dije mi nombre, pasé y caminé por el sendero de piedras blancas.

A medida que me acercaba a la casa de los Crawford, el recuerdo de su perfume se volvía cada vez más vívido… su tacto, su mirada, su respiración caliente en mi cara.

Y no tenía ni idea de qué iba a hacer él con todo eso.

Capítulo 14

Emma Baker

El día transcurrió exactamente como siempre.

Después del desayuno, llevé a Lyra a la sala de juguetes. Intenté animarla a interactuar con todos los demás juguetes del lugar, pero los ignoró todos.

Los bloques sensoriales de encaje estaban bien, pero no podía pasarse la vida haciendo eso…

Aunque fuera seguro.

Me senté en el suelo, a una distancia respetuosa, y dejé que jugara libremente. Lyra cogió los objetos en el mismo orden de siempre y repitió su ritual una y otra vez: cuando encajaba las piezas, daba dos palmadas.

—¿Seguro que no quieres jugar al memory o a las varillas?

Lyra me ignoró el resto del día.

Solo después de comer, de las clases de la tarde y un poco antes de cenar, se quedó mirando fijamente mis dedos, y no pareció casualidad.

—¿Quieres probar un juego nuevo ahora? —pregunté.

Fue entonces cuando noté que el aire cambiaba.

Sentí la presencia de Liam.

Siempre lo sentía antes de verlo. Mi cuerpo se volvía más consciente, la espalda se me enderezaba sola. Alcé la vista y, claro, allí estaba: apoyado en el marco de la puerta, con una expresión

demasiado seria para un hombre que se ganaba la vida diseñando y fabricando juguetes.

Él nunca cruzaba la línea invisible de la alfombra.

No se sentaba.

No interactuaba con nada de la sala.

Solo observaba, con una intensidad que parecía espesar el aire.

—¿Cómo está hoy? —preguntó, sin entrar.

—Está estupenda hoy. Lista, concentrada, lo ha hecho todo a su manera —respondí, sin apartar los ojos de la pequeña.

Asintió, con la mirada yendo de mis movimientos a los suyos.

—¿Alguna crisis, problema, llanto?

—No… solo que no está dispuesta a jugar con otra cosa que no sean los juguetes de encaje.

Lyra golpeó el cubo contra el suelo, lo metió en la caja, lo sacó otra vez, repitiendo el patrón. Y luego hizo algo que no hacía todos los días.

Se detuvo.

Levantó el cubo hasta la altura de la cara, girándolo apenas, como si quisiera asegurarse de que alguien estaba mirando.

No era para mí.

Estiró el brazo hacia la puerta.

Hacia él.

Me quedé sin respirar un segundo.

A Liam le costó darse cuenta de que el gesto era para él. Estaba tan acostumbrado a mirar desde lejos que tardó un instante en verse incluido.

—Ella… —murmuró.

—Sí… creo que te está invitando a participar —completé, muy bajito—. Si quieres.

Sus ojos vinieron a los míos, como si le hubiera sugerido que saltara por un acantilado. Luego volvieron a su hija.

Lo que más tardó fue el primer paso; después se acercó poco a poco, descolocado, como si no supiera qué hacer.

Y, de algún modo, yo sentía una tensión no dicha cada vez que él se acercaba… quizá porque sabía que había estado esperándome abajo, frente al edificio, y yo no había bajado.

Entonces Liam hizo algo que no esperaba.

Se arrodilló en la alfombra, a un metro de su hija.

Lo hizo despacio, como si la gravedad hubiese aumentado solo para él: dobló una rodilla, luego la otra, hasta quedar a la altura de la mirada de ella. El traje impecable se arrugó un poco, el zapato marcó un pequeño pliegue, pero no se echó atrás.

Lyra apoyó el juguete en la palma de su mano.

Liam cerró los dedos alrededor del cubo con un cuidado precioso, como si fuera de cristal.

—Muy bien —murmuré—. Mira, Lyra, papá ha cogido el cubo. ¡Quiere jugar contigo!

Ella no me miró, pero tampoco le arrancó el juguete.

El silencio se hizo largo.

O quizá era solo mi ansiedad estirando los segundos.

Liam llevó el cubo hasta la caja e intentó colocarlo en la forma de pirámide, pero no entró. Luego en la de esfera, y tampoco. Se quedó con el cubo en la palma entreabierta; entonces Lyra fue hacia él, lo cogió, lo encajó en el sitio correcto y dio dos palmadas.

Me dieron ganas de aplaudir yo también, con entusiasmo.

—Ha estado bien, ¿no? —preguntó Liam, sin ocultar el nerviosismo, todavía de rodillas.

—Dios mío… ha sido genial —respondí, emocionada—. ¡Está interactuando contigo! ¿Cuándo fue la última vez que hicisteis algo así?

Se aclaró la garganta y se puso en pie.

De algún modo, creo que para él había sonado demasiado invasivo.

Antes, su boca había amenazado con una sonrisa, pero ahora Liam parecía cubierto por su armadura de nuevo. Un hombre frío, de mirada helada y gestos contenidos.

—Perdone, señor Crawford, yo no quería…

Me interrumpió, alzando la palma abierta.

—¿Podemos hablar fuera?

—Claro —lo seguí.

Antes de que pudiera seguir disculpándome, dijo:

—El departamento de marketing aprobó las fotos. Las probaron con un grupo selecto y funcionó; su opinión cambió un poco al saber que soy padre.

—¡Eso es estupendo!

—Tienes derecho a una compensación por uso de imagen. ¿Cuánto quieres?

—¿Cómo que «cuánto quiero»?

—Se van a usar en una campaña publicitaria, en todo el mundo. ¿Treinta y cinco mil dólares te parece suficiente?

—¿Treinta y cinco mil dólares? —pregunté, exasperada, con los ojos muy abiertos.

—Vale. Setenta mil dólares.

Habría aceptado que usara aquellas fotos gratis… aunque una parte de mí se sintiera incómoda con la idea de convertirme en una figura pública de la noche a la mañana.

Setenta mil dólares aliviaban buena parte de mi deuda estudiantil y ayudarían con el alquiler y las medicinas de mi madre.

—Setenta y cinco mil… —dije, en un tono más suave—. ¿Dónde firmo?

—Elliot te enviará la documentación. Gracias, señorita Baker —se giró para irse.

—¿Liam? —lo llamé.

Y se volvió de golpe, casi fulminándome con la mirada.

—Quiero decir, señor Crawford… gracias. Ayer, yo no…

—No te pago para que me des explicaciones de tu vida personal —dijo, con sobriedad, y asintió—. Buenas noches, señorita Baker.

Sus palabras me cayeron encima como un cubo de agua fría.

En un segundo dejé de ser la mujer a la que casi besó en el coche y volví a mi lugar oficial en el organigrama: niñera bien pagada, fácilmente sustituible.

Tragué saliva, forcé un gesto educado con la cabeza y solo cuando me dio la espalda permití que el pecho me doliera de verdad.

Capítulo 15

Liam Crawford

Aquella noche, después de que Lyra se durmiera y la casa se hundiera en el silencio, yo seguí en el despacho, trabajando.

El informe abierto en la pantalla llevaba veinte minutos en la misma página. Los números bailaban ante mis ojos, pero lo único que veía era a mi hija entregándome aquel juguete.

Había sido nuestra primera interacción… en la vida.

Cerré el portátil con más fuerza de la necesaria y me levanté.

Necesitaba café, aire o cualquier cosa que no fuera esa sensación de que, por primera vez en años, las paredes de la casa se me venían encima.

Cuando bajé, la mansión estaba sumida en un silencio absoluto.

Crucé el hall y fui a la cocina.

Rosie ya lo había guardado casi todo, pero la cafetera seguía caliente. Me serví una taza y estaba a punto de volver al despacho cuando oí unos pasos ligeros.

Emma apareció en la puerta con el pelo recogido en un moño improvisado, con sudadera, pantalón cómodo y gafas. Así parecía más joven. Más… real.

Se detuvo al verme.

—Perdón, señor Crawford —dijo—. Pensaba que no habría nadie aquí abajo.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así.

—Tiene toda la razón —respondió.

Entró y dejó un vaso de agua en el fregadero. Cuando se giró, vio mi taza.

—¿Más café a estas horas? —preguntó—. ¿Va a dormir esta noche o ya no lo necesita?

Alcé una ceja.

—Cuando me llama «señor» me siento viejo.

—Perdón, señor Crawford, no es intencionado. Solo intento ser formal.

—Está bien. Y sí, necesito dormir. Pero no en Navidad. Ese maldito festivo lo inventaron para ganar dinero y trabajar. Por eso no puedo perder ni un solo día.

Podría haber zanjado la conversación ahí.

En lugar de eso, me quedé plantado en medio de la cocina, con la taza en la mano.

—¿Y tú? ¿Beber tanta agua antes de dormir no te deja inquieta?

—¿Será eso? —se lo pensó un momento.

Puso una mueca graciosa; me provocó una sensación extraña… unas ganas de sonreír sin motivo.

Emma apoyó la espalda en la encimera.

—¿Lleva gafas?

—Solo cuando estudio.

Ella parpadeó, como si acabara de decidir algo.

—Bueno, ya que ha sido tan amable de pagarme por las fotos… he empezado a pensar en volver a la universidad. De

momento me estoy poniendo al día y repasando algunos libros del Kindle.

—Admiro a las mujeres inteligentes.

Me observó unos segundos, como si midiera el terreno antes de dar el siguiente paso.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Crawford? —dijo, al fin.

—Sí, si me llamas Liam —respondí.

Sonrió apenas.

—Vale, Liam… ¿por qué odia tanto la Navidad?

El café se me volvió amargo en la lengua.

Podría haber dado cualquier respuesta prefabricada. «No me gustan las fechas señaladas», «prefiero trabajar el resto del año» o cualquier evasiva. Incluso sonarían verdaderas. Pero ninguna bastaba para expresar lo que yo sentía por esa época.

—Es que… por lo visto usted ama trabajar. Pero odia la Navidad, que es cuando hay más trabajo. Así que tengo curiosidad… parece tan complejo.

Emma sonrió con suavidad.

Sentí cómo se me tensaban todos los músculos de la cara.

—Y si me permite decirlo, sus reglas… «Nada de árbol, nada de luces, nada de música, nada de nada». Para un hombre que tiene una empresa que le da tanta importancia a la Navidad… odiarla es un poco contradictorio, pero… ¿por qué…?

—Mi esposa falleció el día de Navidad al dar a luz a Lyra.

En ese instante, el silencio pareció tragarse la mansión entera.

—El médico dijo que mi hija nacería después de Año Nuevo, así que me organicé para trabajar toda aquella semana… ignoré los

dolores de mi mujer… y cuando la llevé al hospital, ya era demasiado tarde…

Dejé que la culpa se me asentara en los hombros.

Bebí el café amargo como castigo y miré al vacío.

—Toda la vida que soñamos y construimos juntos se acabó allí. Si la hubiera escuchado, estaría viva. Quizá mi tardanza en llevarla al hospital también sea el motivo del autismo de Lyra.

—Hasta donde yo sé, no es por eso por lo que los niños nacen dentro del trastorno del espectro autista —dijo, en un tono suave.

Parecía arrepentida de haber preguntado.

—Lo siento mucho, Liam…

—No sientas pena por mí.

—Yo no…

—Para mí, la Navidad solo significa millones de dólares, soledad y la sensación de que maté a la mujer que amaba. Cargo con esa culpa y con ese dolor todos los días… cuando me despierto… cuando trabajo… cuando miro a mi hija… No hay nada que celebrar en esa fecha estúpida.

Emma me miró con una mezcla de comprensión y tristeza.

—¿Por eso mantiene cierta distancia con su hija? Es que me he dado cuenta de que siempre se queda mirando desde la puerta, nunca cruza hacia dentro.

Sus palabras me dieron de lleno.

Llevaba años colocándome en ese lugar: siempre al margen, nunca en el centro. Observaba a mi hija desde lejos, convencido de que, si me acercaba demasiado, podría decir o hacer algo que desencadenara otra crisis que yo no sabría controlar.

Era más fácil ser un hombre de negocios lleno de reglas que el padre que se arrodillaba en el suelo para estar junto a ella.

Excepto que, aquella tarde, me había arrodillado.

Y el mundo no se había acabado.

Emma dio un paso hacia mí, con cuidado.

—Lyra no necesita que usted sea perfecto —dijo—. Ni siquiera necesita que usted sepa manejar una crisis. Solo necesita que usted esté ahí. Puede que no lo parezca, pero ella nota su presencia y le gusta… hoy ha sido una prueba de eso.

—Ese no es mi trabajo —dije, antes de pensarlo.

Ella alzó las cejas.

—No. —Su voz se volvió más firme—. Es el mío.

Se instaló un silencio pesado.

Me di cuenta, con una incomodidad casi física, de que le había endosado a una desconocida de veintitantos años la responsabilidad que más miedo me daba asumir. De que, por mucho que pagara a todos los profesionales del mundo, ninguno podía ocupar el lugar que yo llevaba dejando vacío.

—Estás cruzando mis límites, Emma —advertí, recurriendo a la única defensa que conocía.

Ella respiró hondo.

—Si quiere despedirme por decir esto, adelante —respondió —. Pero alguien tenía que decírselo. Usted es un buen padre, Liam. Solo está tan ocupado intentando impedir que el pasado vuelva a repetirse que ha olvidado que Lyra está viviendo el presente. Cuando usted perdió al amor de su vida, Lyra también perdió. Pero usted aún está aquí, y…

Dejé la taza en la encimera y le di la espalda.

—Buenas noches, señorita Baker. Gracias por la conversación —dije, seco.

Me di la vuelta y salí de la cocina en silencio.

Mientras subía hacia el despacho, pensé en la puerta del quirófano cerrándose, en las luces rojas y doradas del hospital, en mis manos vacías cuando se la llevaban lejos de mí.

También pensé en la mano de Lyra entregándome el cubo aquella tarde.

Entre aquellas dos Navidades había un abismo que yo me negaba a cruzar.

Y, por primera vez, la idea de mantener a mi hija conmigo al borde de ese abismo me asustó más que cualquier recuerdo del día en que todo empezó y terminó al mismo tiempo.

Capítulo 16

Emma Baker

Unos días después de la crisis en la sesión de fotos, Ashley apareció en mi móvil incluso antes de que sonara el despertador.

«¡Buenos días, Emma! Hoy es el día del Evento de Familias en Crawford Toys. El señor Crawford me pidió que insistiera en que quiere a Lyra allí. Prometo que el ambiente ha sido preparado debidamente para sus necesidades».

Leí el mensaje tres veces, todavía tumbada, intentando entender en qué parte del contrato ponía «niñera, acompañante oficial de CEO viudo en eventos corporativos navideños».

Suspiré, dejé el móvil sobre la almohada y fui a ver cómo estaba Lyra.

Había dormido bien.

Cuando entré en su cuarto, estaba tumbada de lado, ya llevaba los cascos de protección puestos y miraba la pared.

—Buenos días, peque —susurré.

No sonrió, pero me dirigió la mirada. Era lo máximo de «buenos días» que esperaba a esas horas.

En ese momento pensé que le vendría bien ponerse un vestido bonito, salir de casa y ver a otras personas. Así que, quizá, el Evento de Familias de Crawford Toys era la oportunidad perfecta para variar su día.

Mientras Rosie preparaba el desayuno, elegí para Lyra un vestido cómodo, nada de encajes ni cosas que picaran o la

molestaran en la piel. Me negué a repetir el error del disfraz de muñequita de escaparate.

Le puse unas medias suaves, unas bailarinas que no apretaban y le recogí el pelo con un lazo sencillo. El cubo, por supuesto, fue a su mano, como si fuera un accesorio oficial.

A la hora de salir, Liam ya nos esperaba en el hall.

Traje perfecto, corbata sobria, esa misma mirada concentrada de alguien que va a presidir una reunión del consejo, no un evento con algodón de azúcar y niños.

—¿Listas? —preguntó.

—Dentro de lo posible —respondí—. Lyra está tranquila. Le expliqué que íbamos a ver la «empresa de juguetes» y a estar en un sitio con menos ruido.

Miró a su hija un segundo, como si buscara alguna señal de incomodidad. Lyra apretó el cubo, pero no apartó la mirada.

En el coche, ella quedó entre los dos, su sillita anclada con el cuidado de siempre. Por la ventanilla vi la ciudad preparándose para el fin de año: luces en los balcones, carteles rojos, tiendas abarrotadas de adornos. Dentro del coche, solo el sonido bajo del motor y el rumor casi imperceptible del aire acondicionado.

—Será un evento movido, pero he dado instrucciones claras sobre el código de conducta —explicó Liam—. Solo habrá empleados, familias y algunos socios. Si algo se descontrola o no es de tu agrado, no dudes en avisarme.

—Vale. Estaré pendiente de las reacciones de Lyra.

—Ashley me prometió un espacio más tranquilo, cámaras sin flash, música baja —comenté—. Y una zona sensorial, por si las cosas se salen de control.

Sonreí de lado.

Era raro oír palabras que yo llevaba años usando salir de su boca.

La sede de Crawford Toys parecía más grande aquel día.

Tal vez fuera por la decoración de «Navidad minimalista», como Ashley la había descrito: coronas discretas, lazos en tonos neutros, árboles sin luces intermitentes, solo con iluminación fija y adornos de madera. Nada de un Papá Noel chillando por el micrófono, gracias a Dios.

Aun así, para una niña como Lyra, seguía siendo demasiada información.

Cuando bajamos, le cogí la mano y empecé a narrarle el camino, como siempre, para darle previsibilidad.

—El suelo es liso, pisa con cuidado, no te vas a resbalar. Mira, huele a café y a vainilla… te gusta, ¿verdad?

Lyra olfateó el aire, como si quisiera comprobarlo, pero no dijo nada.

Los empleados empezaron a llegar con sus familias: niños corriendo, adolescentes pegados al móvil, adultos intentando parecer relajados junto al dueño de la empresa.

Era curioso ver la diferencia: cuando pasaban por mí, sonrisitas amables, saludos tímidos. Cuando se cruzaban con Liam, espalda recta, «buenos días, señor Crawford», casi una reverencia.

Sin duda alguna, él era el rey de aquel imperio.

Y yo, la niñera de la princesa.

Ashley vino hacia nosotros como si estuviera en un anuncio.

—¡Emma! ¡Lyra! ¡Señor Crawford! Por favor, venid, os enseño vuestros sitios.

Nos mostró el espacio principal: un salón amplio con juguetes repartidos, mesitas con actividades, un escenario discretísimo al

fondo. A un lado, una puerta con un cartel improvisado: «Sala tranquila».

Casi abrazo el cartel.

Además, las luces no eran blancas ni fuertes; al contrario: eran amarillentas y muy suaves, dándole un aire sereno y optimista. Y aunque estaba lleno de niños, no gritaban ni montaban escándalo; simplemente corrían y se divertían.

Nada pareció molestar a Lyra, y yo me alegré por ello.

—Si en algún momento es demasiado, podéis venir aquí —explicó Ashley—. Es insonorizada, tiene comiditas y… hemos replicado el espacio del cuarto de juguetes de Lyra, así que se sentirá como en casa.

—Gracias, Ashley, ha sido muy considerado por tu parte —respondí, emocionada.

—Dáselas al señor Crawford; fue muy detallista con lo que quería.

Miré a Liam de reojo y no tuve valor de reconocer su esfuerzo, después de lo que había dicho el día anterior.

—Voy a hablar con los accionistas. Si me necesitas…

—No se preocupe.

Él fue al encuentro de la gente importante de la empresa. Y yo pasé la mayor parte del tiempo en el suelo, en medio de los niños.

A Lyra le interesó una estación de bloques de construcción más blandos, con texturas diferentes. Fui con ella, me senté en la alfombra y la dejé elegir lo que quería tocar.

De vez en cuando, otros niños se acercaban. Algunos miraban con curiosidad los cascos, el cubo, la forma en que Lyra evitaba el contacto visual. Yo respiraba hondo, lista para intervenir, pero casi siempre perdían el interés y se iban detrás de algo más estimulante.

Lo cual era perfecto.

Más juguetes sensoriales para nosotras.

Liam iba y venía.

Lo veía desde lejos hablando con gerentes, ingenieros, algún que otro empleado que quería una foto rápida. Él siempre miraba de vuelta hacia nuestro rincón, como si comprobara que yo seguía allí.

Uno de los gerentes se acercó con su hija pequeña en brazos.

—Lyra está preciosa, señor Crawford —comentó, entusiasmado—. Y la… —me miró, incómodo.

—Emma —me presenté.

—Emma —repitió—. Hacéis una pareja estupenda.

Agradecí con una sonrisa educada.

—No somos pareja. Yo solo soy empleada.

—¿Crawford con una empleada joven y guapa? —se burló—. Buen intento… En cualquier caso, el anuncio: un éxito rotundo. Enhorabuena. Con unas cuantas fotos más así, las existencias en todo el mundo se agotan.

Dicho eso, la fotógrafa rondaba por allí, intentando conseguir imágenes que humanizaran a Liam Crawford… pero esta vez sin flash, sin ruido y dejando un espacio seguro.

Vi en la pantalla grande algunas imágenes que había captado esa noche: Lyra pasando la mano por la superficie de un juguete, yo ayudándola a encajar dos bloques, Liam al fondo mirándonos de un modo protector.

Pero lo que me robó la atención fue el momento en que Ashley apareció a su lado con la tableta.

Los vi hablar en voz baja, los dedos de ella deslizándose por la pantalla, enseñándole previas. Vi cómo él fruncía el ceño y luego

respiraba hondo, como si estuviera cediendo a algo que aún no había decidido si odiaba o no.

Al final, caminó hacia nosotras.

—Emma —me llamó.

Levanté la vista.

—¿Sí?

—Quieren una foto oficial de la «zona sensorial» con Lyra —explicó—. Contigo también, porque… —dudó— así fue como ella estuvo bien la última vez.

—Porque da «imagen de familia», ¿no? —se me escapó.

No lo negó.

—Porque Lyra confía en ti —corrigió, al cabo de un segundo.

Esa respuesta me pilló desprevenida.

Miré a Lyra.

Estaba concentrada alineando tres bloques, el cubo al lado, respirando tranquila. No parecía al borde de una crisis. El ruido general estaba controlado. La música, baja.

Y, lo más importante: la sala tranquila estaba a pocos metros, por si la necesitaba.

Suspiré.

—Vale. —Acomodé el cubo en la mano de Lyra, asegurándome de que tenía en qué fijarse—. Pero si muestra el más mínimo signo de incomodidad, paramos. No hay campaña que valga más que su paz.

—Nunca imaginé que estaríamos tan de acuerdo en algo —respondió.

Y, por primera vez desde que lo conocía, sonó sincero.

La fotógrafa se acercó despacio, como quien no quiere asustar a un animal arisco.

Organizó la escena sin tocar a nadie: Lyra sentada en la alfombra, yo a su lado, un poco detrás, y Liam agachado al otro lado de su hija.

Ella parecía en paz.

Yo, torcida entre orgullo y culpa.

Él, fuera de lugar, pero presente.

—Solo sed vosotros —murmuró la fotógrafa—. Nada de pose forzada.

Difícil ser «yo misma» cuando ni siquiera estaba segura de quién era allí dentro.

Aun así, respiré hondo, apoyé la mano en el hombro de Lyra y dejé que el momento sucediera.

Ella jugó con el cubo, Liam estiró los dedos, como si quisiera tocarle la mano, y yo, por reflejo, hice lo que venía haciendo cada día: me mantuve en medio, lista para sostener cualquier cosa que se cayera.

—¿Podéis acercaros un poco más? Señor Crawford, ¿puede ponerle la mano en la cintura a Emma y mirarla como si estuviera enamorado?

Me quedé pálida, sin reacción al oírlo. Y me quedé aún peor cuando él lo hizo, sin el menor pudor, y me miró de cerca, como si yo fuera la mujer que más deseaba.

—Te prometo que este infierno va a terminar —murmuró Liam.

Y sentí su respiración caliente en la cara.

Y me odié porque… yo no quería que terminara.

Capítulo 17

Liam Crawford

El salón estaba casi vacío cuando por fin me permití sentarme.

Las mesas ya estaban medio desmontadas, algunos niños seguían correteando alrededor de los últimos juguetes, aferrados a recuerditos con el logo de la empresa.

La música de ambiente se había convertido en un ruido lejano.

Sentía la corbata apretándome el cuello, aunque hacía rato que me la había aflojado.

Emma y Lyra habían ido a la sala tranquila unos minutos antes. Vi la manera en que la niña le sostuvo la mano y eso me sorprendió, porque a Lyra no le gustaba el contacto físico.

Y yo seguía aquí, en el centro de mi propio castillo, fingiendo que el control era suficiente.

—¿Entonces a esto lo llamas «evento interno sencillo»? —la voz de Elliot me llegó por la espalda.

Se acercó con un vaso de refresco en una mano y la tablet en la otra, la acreditación colgándole torcida del cuello.

—No empieces —le advertí.

—El que empezó fue marketing —respondió, dejando el blazer en la silla de al lado—. Yo solo he venido a traerte las buenas noticias.

Se sentó sin pedir permiso y encendió la pantalla de la tablet.

—Mira esto. —Giró el visor hacia mí.

La foto ocupaba casi todo el encuadre.

Lyra, sentada en la alfombra, con el cubo en la mano.

Emma a su lado, un poco detrás, la mano apoyada de forma discreta sobre el hombro de mi hija.

Yo, agachado al otro lado, inclinado hacia ellas.

Las luces suaves, el escenario controlado, el logo de la empresa al fondo, casi invisible.

Parecíamos una familia.

—El equipo de marketing se ha vuelto loco —siguió Elliot—. «¿A quién le importa que haya destrozado la carrera de más de quinientos profesionales de la salud y la de sus familias?», «Esto lo humaniza todo», «es justo lo que necesitábamos», «mira la conexión, la vulnerabilidad, la diversidad»… Si me hubieran pagado por cada buzzword que he oído hoy, ya sería más rico que tú.

—Enhorabuena por sobrevivir —respondí, seco.

Él lo ignoró.

—Y no es solo gente de dentro —añadió—. Han mandado algunas previas a unas tiendas en Reino Unido, España, Grecia e Italia… La respuesta ha sido inmediata. Nuestros juguetes han vuelto a liderar las ventas. Quieren montar toda la campaña sobre vosotros tres. «Padre viudo reconectando con su hija en Navidad, con ayuda de la niñera mágica». Se oye a los accionistas llorar de emoción desde kilómetros.

Noté la mandíbula tensarse.

—No he autorizado nada de esto. Ni una sola de esas palabras.

—Lo autorizaste cuando decidiste traer a Lyra aquí —replicó Elliot—. Y cuando no sacaste a Emma del encuadre.

Me quedé en silencio.

Deslizó el dedo hacia un lado.

Me enseñó otra foto: Lyra mirando el cubo, Emma parecía sin aliento mientras yo la miraba como si fuese a devorarla.

Otra más.

Lyra con la mano abierta sobre la alfombra, Emma inclinada hacia ella, y yo, ligeramente desenfocado detrás, con una sonrisa suave.

Todas contaban la misma historia que marketing quería con desesperación.

La que yo me negaba a leer en voz alta.

—No es eso lo que me está molestando —dije, al fin.

—Ya lo sé —dijo Elliot—. Es que esto te suena a traición a la memoria de tu esposa.

Levanté la vista, irritado.

—Tío, con todo el respeto, Helena murió hace bastante tiempo. Y te quería lo suficiente como para desear que fueses feliz y siguieras con tu vida. ¿O piensas quedarte con telarañas para siempre?

—¿Cuándo te di libertad para hacer chistes? —gruñí.

—No le des tantas vueltas. Estamos intentando simular la magia de la Navidad; sé que tú no crees, pero la gente ahí fuera sí. Y ver a un hombre roto, sin esperanza, que lleva años sin saber lo que es un beso de verdad… enamorarse… eso es mágico.

—No me estoy enamorando.

—¿No?

Volvió a la foto en la que yo miraba a Emma como si la necesitara con la misma intensidad con la que necesitaba aire.

—No vamos a hablar de eso ahora.

—¿Cuándo, entonces? —insistió—. ¿Cuando Lyra tenga quince años y te vea solo como el tipo que pagó terapia y apenas le sostenía la mano? ¿Cuando seas demasiado viejo incluso para quejarte de la decoración navideña de la empresa?

Puse los ojos en blanco.

—Dramático como siempre.

—Realista como nunca —me corrigió—. Puedes enfadarte conmigo todo lo que quieras, pero no cambia lo evidente. Esto… —señaló la foto—… no es solo una pieza de campaña. Es la primera vez, en mucho tiempo, que veo a tu hija en el centro de algo que no sea una crisis. Y tú… feliz. Feliz, tío.

Apreté la *tablet* con más fuerza de la necesaria.

Lyra parecía… tranquila.

Hacía años que no la veía así en un evento de la empresa.

Y yo… yo ni siquiera me reconocía en esa imagen.

Me dio hasta vergüenza pensar que estaba mirando a Emma de esa manera.

—Emma ha hecho que todo esto pasara —tuve que admitir.

Las palabras me salieron pesadas, pegadas a la garganta.

—Sí —asintió Elliot, sin rodeos—. Es por Emma. Y también es por ti. Estabas ahí. Te esforzaste, te implicaste, saliste de tu torre de aislamiento y viniste a enseñar tu lado humano. Y nada de esto es fingido; es solo otra parte de ti que… quizá ni tú recordabas. Tú eras ese tío cuando Helena estaba viva.

Recordé la manita de Lyra tocándome la cara, y luego la de Emma, en la primera sesión. Como si estuviera atando cables que yo

había dejado sueltos durante años.

—Tienes miedo —concluyó Elliot.

—No seas ridículo.

—Tienes miedo de dos cosas a la vez —insistió—. Una: de que Emma se vuelva demasiado indispensable. Dos: de que eso signifique que estás… —buscó la palabra, con malicia—… siguiendo adelante.

No respondí.

Se irguió en la silla.

—Vamos por partes —continuó—. Primero, Emma. Tú sabes que no has contratado a cualquier niñera. La chica aguanta crisis, lee a tu hija mejor que especialistas, pone a todo el equipo firme y todavía soporta tus borderías sin tirarte el café a la cara. Eso no es normal.

—Le pagan para eso.

—No para aguantarte a ti —replicó Elliot—. Eso es extra.

Quise reírme. No me reí.

—Y sobre el segundo punto… —hizo una pausa—… tienes miedo de que sentir cualquier cosa que no sea culpa u obligación sea una traición a la memoria de Helena.

Miré hacia otro lado, a cualquier punto del salón.

A las guirnaldas discretas, al árbol sin lucecitas, al escenario vacío. Todo me recordaba a otro diciembre. En otro edificio. Con otras luces.

La última Navidad en el hospital.

Helena sonriendo, agotada, prometiendo que al año siguiente lo compensaríamos. Que compraríamos un árbol enorme para Lyra, que llenaríamos la casa de luces…

Al año siguiente, no hubo árbol.

Ni Helena.

Solo yo y una recién nacida que lloraba por cualquier cosa.

—No sabes de lo que hablas —murmuré.

—Yo estaba allí —replicó Elliot, sin suavizar—. Lo vi. Y entiendo que la Navidad sea una cicatriz abierta para ti. Pero, Liam… estás dejando que esa cicatriz dicte la infancia entera de tu hija.

Me froté la cara con la mano.

—Solo quiero protegerla.

—¿Protegerla de qué? —preguntó—. ¿De las luces? ¿De la música? ¿De la gente? ¿O de encariñarse con alguien nuevo?

La pregunta se quedó prensada entre los dos.

—Piensas lo mismo de Emma —añadió—. Que, si la dejas, va a ocupar un lugar que no existe, un vacío que decidiste congelar desde el día en que saliste de aquel hospital sin Helena.

Cerré los ojos un segundo.

Vi el pasillo blanco, el médico con cara de derrota, mi hija dentro de la incubadora. El contraste absurdo entre una vida que empezaba y otra que terminaba.

Desde entonces, había hecho un pacto silencioso conmigo mismo: nada de expectativas. Nada de promesas. Nada de Navidad.

Solo rutina. Reglas. Control.

La única manera de no volver a ser aplastado por el peso de la vida.

—¿Y si no hay nada que ocupar? —pregunté, más al aire que a él—. ¿Y si lo único que queda es esto? Trabajo, informes, Lyra… y lo demás es fantasía.

—Pero la gracia de ser humano es tener fantasía, tío. Y, por lo menos, lo habrás intentado —respondió Elliot—. Le habrás

demostrado a tu hija que su padre no se pasó la vida entera con miedo de sentir algo que no fuera culpa.

El silencio que vino después fue distinto.

No era el silencio cómodo de quien ya no necesita hablar.

Era el silencio pesado de quien sabe que la conversación ha llegado donde tenía que llegar.

—No te estoy diciendo que te declares ni que te tires de cabeza a ninguna locura… solo te estoy diciendo… abre el corazón. Solo esta vez. Solo en esta Navidad.

Volví a poner los ojos en blanco, pero la frase se me quedó pegada.

Elliot se levantó.

—Voy a dejarte pensar un poco —dijo—. Antes de que pierda mi trabajo por hablar demasiado con el dueño del imperio.

—No lo vas a perder —respondí—. Necesito a alguien que me suelte verdades incómodas de vez en cuando.

—Genial. Porque tengo reservas de verdades incómodas.

Me dio dos palmadas en el hombro y se alejó.

—Enhorabuena por haber salvado la Navidad de tu empresa.

Y se dirigió hacia la salida.

Me quedé solo en la mesa, con la tablet aún encendida delante de mí.

La foto seguía ahí.

Lyra.

Emma.

Y yo.

Tres personas atrapadas en un instante mágico.

Y pensé en todo lo que Elliot había dicho: en Helena, en la promesa que nunca llegamos a cumplir… en la posibilidad absurda de que honrar su memoria fuera, precisamente, no condenar a nuestra hija a vivir en la indiferencia y bajo el reflejo de mi culpa.

Ni condenarme a mí mismo a un duelo sin fin.

Apagué la pantalla y me levanté.

Aún no sabía qué hacer, ni con Emma, ni con lo que estaba naciendo despacio dentro de mí. Pero por primera vez en años, tuve que admitir que…

seguir como estaba… ya no era una opción.

Capítulo 18

Emma Baker

Desde que me di cuenta, en la primera sesión de fotos, de que a Lyra le gustaban las luces de Navidad, me quedé inquieta pensando en ello.

Cuando iba a la sala de juegos, no interactuaba con nada; solo con sus piezas geométricas y la caja donde encajarlas. Y yo sabía que necesitaba estímulos nuevos, y la mejor manera de conseguirlo era tirar de algo que ya había mostrado interés.

Me pasé la noche mirando aquella foto en la que tocaba las luces del árbol del estudio.

Esa imagen fue la que me vino a la cabeza cuando tía Rosie sugirió, al día siguiente, que fuéramos al supermercado.

—Necesitamos fruta y salmón fresco —dijo, revisando la lista de la compra—. Y me gusta elegirlo todo con calma; el señor Crawford es muy exigente y… un incordio.

Miró por encima del hombro, como si fuera pecado decirlo.

Y yo asentí.

Era última hora de la tarde. Lyra había tenido un día tranquilo.

—¿Qué te parece, peque? —pregunté, agachándome a su lado—. ¿Quieres venirte a dar una vuelta al súper con nosotras? Hay pasillo de galletas, pasillo de fruta, pasillo de cosas aburridas… y caminar va muy bien; debes estar harta de estar siempre sentada.

No respondió, claro. Pero cuando le tendí la mano, me la cogió.

Para mí, eso era un sí.

En el coche, fui explicándole para que se preparara mentalmente:

—Vamos al supermercado en coche, ¿oyes el ruido del motor? A mi hermano le encantaba… —sonreí, emocionada—. Fuera hay bocinas, pero aquí dentro es más tranquilo. Cuando lleguemos habrá luz fuerte, carros, gente hablando… Si es demasiado, nos volvemos, ¿vale?

Lyra apoyó la frente en el cristal, mirando los edificios iluminados. Cada balcón por el que pasábamos tenía un tipo de decoración navideña distinta: un Papá Noel hinchable, un reno parpadeando, algo discreto, algo hortera.

La ciudad ignoraba por completo el manual de normas del señor Crawford.

Dentro del supermercado nos encontramos el caos organizado de siempre de final de año.

Carros chocando, niños pidiendo chocolate, ofertas por el altavoz. Rosie cogió una cesta, yo cogí otra y encajé a Lyra entre las dos, como si fuéramos un pequeño convoy.

—Mira, Lyra, todos estos yogures diferentes… hay de todos los sabores… —le iba enseñando.

Ella parecía tranquila cuando yo lo describía todo, así que insistía en llamar su atención hacia lo que veía.

Al girar en un pasillo, nos topamos con una fila entera de cajas de luces de Navidad. Las que parpadeaban demasiado rápido, las de colores, las de estrella; un carnaval eléctrico.

Y, en un rincón, un modelo que parecía tímido: un cablecito de bombillas pequeñas, multicolor, pero que no parpadeaban, con la foto de un dormitorio tranquilo en el envase.

Se parecía al de aquel árbol de la sesión de fotos…

Miré a Lyra.

Ella también se había detenido. Pero la mirada se le quedó clavada en el panel de demostración colgado arriba, donde había un trocito de ese cable enchufado. Luz suave, repetitiva, previsible.

Se le relajó el hombro.

Fue suficiente para que intercambiara una mirada con tía Rosie.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunté.

—¿Que quedaría perfecto en su habitación? —respondió—. Sí. Pero el señor Crawford lo va a odiar. Odia la Navidad, odia las luces de Navidad y te va a odiar a ti profundamente. ¿Tu trabajo vale el riesgo?

Miré a Lyra, hipnotizada.

—Sí.

Cogí la caja.

—Esto ni siquiera es Navidad —murmuré, encogiéndome de hombros—. No suena *«All I Want for Christmas»*, no parpadea, no tiene ni rastro de Papá Noel. Es solo luz ambiental.

—Ya —comentó Rosie—. Mucha suerte explicándoselo.

Acerqué la caja a Lyra y le di la vuelta, enseñándole la foto de la cama con las lucecitas en la cortina.

—Esta es la luz que te gustó, ¿te acuerdas? No parpadea, no es fuerte; solo se queda encendida con varios tonos de colores…

No dijo nada, pero apoyó la yema del dedo en la imagen y luego levantó la cara hacia el panel encendido de arriba.

Fue suficiente para convencerme.

—Vale. Nos la llevamos —decidí—. Si no funciona, la guardamos. Y yo sufro en silencio por tener una lucecita bonita guardada para nada.

La caja fue a la cesta, entre los plátanos y la leche «de la buena».

Terminamos la compra rápido, antes de que Lyra se cansara demasiado, y volvimos a casa.

En el coche, venía abrazada a las dos cosas: el cubo en una mano, el paquete de las luces en la otra. Solo soltó la caja cuando se le cansó el brazo, pero la mirada seguía yendo y viniendo hacia ella, como si estuviera ansiosa por verlas encendidas.

Cuando llegamos, el cielo ya estaba oscureciendo.

Liam aún no había aparecido. La casa estaba en esa hora suspendida en la que el día no ha terminado, pero la noche ya está ahí, en la puerta.

—Yo guardo la compra, tú sube con ella —dijo Rosie—. Y… buena suerte.

Subí con Lyra y la caja.

En su habitación, dejé las persianas a medio bajar. La luz de fuera entraba azulada. Encendí la lámpara, me senté con ella en la cama.

—Mira lo que hemos traído —saqué la caja de la bolsa.

Ella apoyó el hombro en mí, el cubo equilibrado sobre la pierna, mirando alternativamente mi cara y el envase.

Abrí con cuidado, desenrollando el cable de luces como si fuera algo vivo. Era lo bastante largo como para bordear buena parte de la habitación.

Cuando terminé de desenrollarlo, cogí el enchufe y me giré hacia ella.

—¿Lista para ver la magia?

Respiró hondo y tembló de ansiedad.

Metí el enchufe en la toma.

Las luces se encendieron de golpe en varios puntos de un color suave. Ninguna parpadeó. Solo se quedaron encendidas.

Todo mi cuerpo se preparó para salir corriendo y apagarlas, pero Lyra dio unas palmadas. Soltó el cubo sobre la cama de inmediato y estiró los dedos hasta tocar una de las bombillitas. La luz se le reflejó en los ojos.

—Es precioso, ¿a que sí? —susurré.

Apoyé la espalda en la pared. Poco a poco, su cabeza vino a descansar en mi hombro, como si ese fuera su lugar natural.

Lyra sujetó el cable de las luces de Navidad, emocionada por ver la luz tan de cerca.

En ese instante, alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Puedo entrar? —la voz de Liam llegó desde el pasillo.

El corazón me dio un salto.

—Sí —respondí.

Entró, dio dos pasos y se quedó quieto.

Su mirada se fijó en las luces entre las manos de su hija.

Casi pude oír sus reglas gritando «no» dentro de su cabeza.

Y vi el instante exacto en que se tragó ese «no» a la fuerza.

—¿Qué es esto? —preguntó Liam, con la voz tensa.

Lyra lo ignoró; siguió inmersa en su diversión.

Enderecé la postura y fui hacia él.

—Estaba mirando aquella primera foto del reportaje y Lyra estaba hipnotizada por las luces de Navidad… —me tragué la palabra al ver que eso le endurecía aún más la cara—. Luces de colores. Son solo luces de colores.

Entrecerró los ojos.

—¿Has desobedecido mis reglas? —gruñó.

—Liam, mira a tu hija. Mira lo feliz que está… —intenté explicarle.

Pero vi la revuelta en sus ojos.

Y entendí que, quizá, tanto como odiaba la Navidad, iba a empezar a odiarme a mí.

Capítulo 19

Liam Crawford

Siempre supe que, en algún momento, las reglas iban a ponerse a prueba.

Lo que no esperaba era subir las escaleras, quitarme el blazer y encontrarme de frente con un resumen perfecto de todo lo que llevaba evitando desde la última Navidad en el hospital.

La habitación de Lyra estaba distinta.

No era nada escandaloso. No había un Papá Noel hinchable, ni un reno gigante colgado de la ventana. Pero me bastó poner un pie allí dentro para que se me revolviera el estómago.

Esas malditas luces…

Un cable entero, rodeando la ventana y el cabecero de la cama.

Lyra estaba sentada, apoyada en el hombro de Emma. El cubo descansaba sobre su pierna; la mano libre, estirada hacia una de las bombillitas. La mirada clavada allí, tranquila, como si estuviera hipnotizada por algo que solo ella veía.

Cuando hablé, ninguna de las dos se movió de inmediato.

—¿Qué es esto? —repetí, más despacio.

Emma levantó la cara.

Podía ver la tensión en la forma en que enderezó la espalda, como si se preparara para recibir un empujón.

—Luces de colores —respondió, después de una explicación que no me apetecía oír—. Son solo luces de colores.

—¿Has desobedecido mis reglas?

—Liam, mira a tu hija. Mira lo feliz que está…

Le pasó la mano despacio por el pelo a mi hija.

Lyra no apartó la atención de la bombilla.

—Por fin hemos encontrado otra cosa que la calma y le llama la atención —explicó, con sencillez—. Tú mismo viste cómo estaba aquel día de las fotos. Esto es lo mismo, solo que sin gente, sin flash, sin ruido.

—Fui muy claro cuando dije que no quería nada de Navidad dentro de esta casa —dije—. Ni un adorno, ni una luz, ni un recordatorio de esa fecha de mierda.

Me sostuvo la mirada de frente.

—Por favor, no lo mires así. Esto es solo un recurso sensorial, no un adorno temático…

—Son luces de Navidad, Emma. Y creí que había quedado claro: ¡la Navidad está prohibida en esta casa!

—Liam, por favor, son solo bombillas de colores en un cable. —Se levantó y vino hacia mí—. La industria y gente como tú lo llaman decoración navideña. Pero el cerebro de tu hija lo llama «punto fijo seguro». Es solo un interés más, como la caja de piezas geométricas que tanto le gusta…

Noté cómo la irritación me subía despacio, como si alguien hubiera abierto un grifo dentro del pecho.

—No estamos hablando de terminología comercial —respondí, más áspero de lo que pretendía—. Estamos hablando de límites. Yo establecí reglas muy claras sobre esto y tú decidiste desobedecer deliberadamente.

Emma respiró hondo; pareció incluso contar mentalmente hasta diez.

—Y entiendo tus motivos —dijo—. Pero mira su cara mirando las luces. Mira lo tranquila, relajada, feliz que está… Y no hay nada parpadeando, nada que le provoque una crisis; al contrario…

Miré a Lyra.

Seguía allí, inmersa en el brillo de las bombillas.

La respiración estable, los hombros sueltos. Ni una señal de colapso inminente.

Era el retrato de la calma.

Y aun así, todo en mí gritaba.

—No importa cómo se sienta ella. ¿Y cómo me siento yo? Yo perdí a su madre el día de Navidad —solté, sin planearlo—. Viví la peor pesadilla de mi vida en aquella época, rodeado de esa decoración ridícula, de canciones hablando de «noche de paz» mientras mi mundo se venía abajo.

—Pero en tu empresa…

—Es para vender, Emma. Para guardar las apariencias. ¿De verdad no sabes cuál es tu lugar aquí? ¿Por qué eres incapaz de seguir reglas tan simples? Y, además, no tengo por qué darte explicaciones…

Emma escuchó sin apartar los ojos.

—Lo siento mucho —dijo, con los ojos vidriosos—. De verdad, lo siento muchísimo. Solo estaba intentando encontrar nuevos estímulos para Lyra… ya va siendo hora de ampliar su mundo.

Algo dentro de mí se contrajo.

—¿Estás diciendo que yo quiero que mi hija se pase la vida jugando con piezas de encajar? ¿Estás diciendo que no me importa su crecimiento?

—Estoy diciendo que, por primera vez en mucho tiempo, ha encontrado otra cosa que le interesa. Y eso es mágico, Liam. Sé que tienes miedo de que sufra. Lo entiendo. Pero así… acaba sufriendo de todas formas.

La frase me golpeó en un sitio que yo evitaba mirar.

—¿Qué querías que hiciera? —pregunté, irritado—. ¿Que llenara la casa de adornos, que fingiera que me encanta esta época, que… que borrara lo que pasó?

—No —respondió, sin dudar—. Quería que separaras las cosas. Lo que pasó con Helena fue horrible e injusto. Pero no puedes quitarle algo a tu hija solo porque a ti te duele… A sus ojos, Lyra solo sabe que cuando llega diciembre, su padre se vuelve más rígido, más duro, más… distante.

Apreté con demasiada fuerza el marco de la puerta.

—Yo no me vuelvo distante.

—Sí te vuelves. —Su tono seguía siendo calmado, lo que me irritaba todavía más—. Te quedas en la puerta. En el umbral. En el límite. Como si tuvieras miedo de entrar en su mundo.

Levantó la mano, señalando con la barbilla hacia las luces.

Me quedé en silencio.

La habitación pareció encogerse, de repente.

Y las luces, brillar más, recordándome aquella noche en la que lo perdí todo.

—No me consultaste para hacer esto —dije, al fin.

—No. —No intentó negarlo—. Porque si te hubiera preguntado «¿puedo poner luces en el cuarto de Lyra?», habrías dicho que no antes de escuchar el resto de la frase. Aposté por la posibilidad de que lo vieras con tus propios ojos: el efecto que tendría en ella. Lo feliz que la haría. Cuando es una foto de tu

equipo de marketing para darle la vuelta al mundo y ganar millones, es aceptable; pero cuando es para hacer feliz a tu hija, ¿no?

Había muchas cosas mal en aquella frase.

Y una parte insoportable de razón.

—Dejemos algo muy claro: eres mi empleada, trabajas para mí —dije, agarrándome a la única certeza que me quedaba—. Yo pongo las reglas de esta casa y tú las cumples o te vas a la calle. No te corresponde decidir qué entra y qué sale.

Se mordió el labio, como si estuviera sujetando una respuesta más afilada.

Cuando habló, la voz le salió más baja.

—Sí, soy tu empleada —dijo con la voz quebrada y los ojos brillantes—. Sí, señor Crawford, trabajo para usted, sí. Y precisamente por eso le estoy diciendo la verdad. No quiero cambiar su vida ni romper sus reglas. Pero su hija es una niña inteligente, curiosa, que quiere descubrir la vida. Está empezando con cosas pequeñas para poder avanzar… Y, ahora mismo, una de esas cosas pequeñas es esta luz. Y, si usted lo permitiera, usted también lo sería.

El «si usted lo permitiera» se quedó flotando en el aire.

Quise decir algo hiriente.

Algo que la devolviera a su lugar de empleada, de niñera bien pagada, de alguien a quien estaba a punto de expulsar de mi vida.

Quise echarle en cara que no sabía nada de perder a alguien en diciembre, que no tenía ni idea de lo que era ver un árbol decorado en un pasillo de hospital al mismo tiempo que un médico te arrancaba el suelo bajo los pies.

Pero entonces miré a Lyra.

Había reducido el movimiento del cubo, como hacía cuando estaba intentando entender algo nuevo. Sus ojos iban de un adulto

al otro, sin prisa, pero atentos.

En otra ocasión, en mitad de una conversación subida de tono, habría tenido una crisis muy fuerte.

No era el caso, porque estaba sumergida en su nuevo hiperfoco.

Quizá aquella discusión no debería ir de quién tenía razón, sino del bienestar de mi hija, por encima de mis sentimientos.

Solté el aire despacio.

—Apaga eso cuando se vaya a dormir, y mantén la puerta de su cuarto cerrada —dije, por fin—. Y nada de otras… invenciones navideñas por la casa. Si veo un Papá Noel, le prendo fuego.

Fue la máxima concesión que pude hacer aquella noche.

Emma asintió.

Vi el alivio pasarle por la cara, rápido, antes de volver a su neutralidad de siempre.

—De acuerdo —dijo.

Me giré para salir.

Antes de cerrar la puerta, eché un último vistazo y vi a mi hija, apoyada en el hombro de otra persona. Semanas atrás ni siquiera dejaba que se le acercaran…

Observé la habitación recortada por un brillo suave y cerré la puerta. Fui hacia el despacho, donde me encerré el resto del día.

Capítulo 20

Emma Baker

Pensé que, después de aquella conversación sobre las luces, las cosas se irían encajando poco a poco.

Que él seguiría gruñendo cada vez que pasara por la puerta del cuarto de Lyra, pero acabaría dejándolo pasar porque su hija estaba tranquila.

Pero con Liam nada era «dejarlo pasar».

A la mañana siguiente, la casa despertó en un silencio distinto.

Tía Rosie parecía más nerviosa, el ambiente estaba tenso, incluso el café sabía más amargo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, cogiendo dos rebanadas de pan.

Parpadeó, como si en ese momento recordara que yo estaba allí.

—Asuntos de la empresa —suspiró—. Han llamado muy temprano esta vez. Y él está más irritado de lo normal.

El estómago me dio un pequeño vuelco.

—¿Sabes por qué?

—Creo que por las fotos del Evento Familiar…

Tía Rosie se secó las manos en el delantal.

—Una en especial, con vosotros tres. Yo vi la foto, tú tenías cara de «amo a esta gente rica y estirada»…

Bufé.

—Apenas amo a la gente en general —murmuré.

Antes de que respondiera, oí la voz de Liam en el pasillo y, acto seguido, el portazo de su despacho.

—¿Crees que debería hablar con él?

—No lo sé, hija, hoy no está de humor.

—Lo sé bien, ayer lo sentí en mis propias carnes —me rasqué el brazo y me levanté, yendo hacia el despacho.

Al acercarme, pude oírlo despotricar con alguien por teléfono.

—…no, no voy a usar a mi hija como mascota. Ni voy a fingir una relación falsa por esas ventas —gruñó—. Ya lo he dicho más de una vez.

Mis pies se movieron solos.

No llegué a tocar la puerta, pero me quedé lo bastante cerca como para oír.

—Ya tienes tu milagro de Navidad: las ventas habían sido un desastre, tu imagen estaba por los suelos. La llegada de esta mujer lo ha cambiado todo y va a hacer que la empresa bata récords de ventas. ¿Cuál es el problema en fingir vulnerabilidad, espíritu familiar y humanidad? —escuché la voz masculina de su abogado—. El mercado responde a eso. Tu imagen ha cambiado de la noche a la mañana desde que esta mujer entró en escena. ¡Aprovéchalo!

Tardé un segundo en entender de quién hablaba.

Luego caí en la cuenta.

Era yo.

La garganta se me cerró.

—Ella trabaja aquí —respondió Liam—. Cuida de mi hija. No debería ser utilizada como pieza de marketing.

Durante un microsegundo, casi sonreí.

—Pero funciona, Liam —insistió el otro—. Los números no mienten. A la gente le encanta esa idea del «padre viudo que se reconecta con su hija y se enamora de la niñera dedicada». Si aceptas una campaña más amplia, con entrevistas, quizá un especial de fin de año…

—No. No voy a participar en una mentira. Ni en un millón de años fingiría algo así.

La frase salió tan seca que yo misma di un paso atrás.

—No lo entiendes —insistió Elliot—. Esto puede consolidar la empresa durante años. Imagínate no tener que esforzarte en las próximas Navidades, solo emitir las fotos de vosotros juntos… Y, seamos realistas, no hay marcha atrás. Las fotos ya están circulando en algunos lugares del mundo y están agotando nuestros productos en varias tiendas. Ahora quieren una campaña masiva, internacional.

—Elliot, voy a quedar vinculado a esta mujer para siempre. ¿Sabes siquiera si es eso lo que ella quiere? ¿Y mi hija? No pienso exponerla más de lo que ya se ha hecho…

Hubo un breve silencio al otro lado.

—De acuerdo —cedió el hombre, aunque solo un poco—. Lo hablamos más tarde.

La llamada terminó unos segundos después.

Estaba a punto de dar media vuelta y regresar a la cocina cuando la puerta se abrió de golpe. Liam me miró, sorprendido, y yo me quedé sin saber dónde meterme.

—¿Ahora has decidido espiarme? —gruñó.

Antes de que pudiera responder, me agarró del brazo, me metió dentro del despacho y cerró la puerta.

—¿Qué estabas haciendo?

—Yo solo… no… yo… —balbuceé, sin saber qué decir.

Y avanzó hacia mí. Eché la espalda contra la puerta, sintiéndome presionada a medida que él se acercaba.

Inspiró hondo, como si estuviera contando mentalmente.

—S-señor Crawford… he oído más de lo que debía, lo siento, no quería invadir su privacidad.

—Y aun así lo hiciste.

—Yo solo… —suspiré, intentando mantener la cabeza fría—. Admiro sus esfuerzos por proteger a Lyra de todo y de todos. De verdad ha sido un padre dedicado, a su manera.

Frunció el ceño, ligeramente irritado o intrigado.

—He pensado un poco y… igual que usted cedió un poco por el bienestar de Lyra, y teniendo en cuenta que las fotos no le hicieron daño, creo que ella también estaría dispuesta a ceder un poco para ayudarle.

—¿Qué quieres decir?

—La empresa es muy importante para usted. Creo que a ella le haría feliz saber que le ha ayudado de alguna manera.

Me miró, incrédulo.

—Quieren usarte —gruñó—. Quieren usar a mi hija. ¿Y a ti no te importa?

—Sí me importa —erguí el pecho—. Pero eso también es ser familia, ¿no? Ceder un poco por el otro. Ayer, incluso con todo su dolor, usted cedió. Y creo que ha cedido mucho todos estos años, viviendo solo, aislado, intentando cargar con el mundo sobre los hombros… pero ahora…

Un músculo le saltó en la mandíbula.

Dio un paso hacia mí.

Yo retrocedí lo mismo y quedé atrapada entre la puerta y su cuerpo.

El corazón me latía tan fuerte que me faltaba el aire.

—¿Crees que eso es… familia? —preguntó.

—Sé que algún día me iré —admití—. Pero eso no cambia que ahora estoy aquí. Que ahora Lyra me necesita. Y que ahora usted también… y está usando el miedo al futuro como excusa para no vivir nada en el presente.

Podía oler su perfume invadiendo mis pulmones, envolviéndome como un hechizo que me dejaba ciega y con cada parte del cuerpo electrizada.

Por un segundo pensé que se daría la vuelta y se iría.

En lugar de eso, llevó la mano a mi cintura y apretó con tanta fuerza, me atrajo hacia su cuerpo con tanto deseo, que me quedé sin aire incluso antes de que su rostro se acercara.

Sentí su pecho subir y bajar deprisa, igual que el mío.

Pegó su cuerpo al mío y me presionó con tal intensidad que los labios me temblaron de deseo.

De pronto, su mano subió por mi cuerpo, se cerró en mi cuello y su boca encontró la mía con una urgencia tan brutal que sentí que los pies se me despegaban del suelo.

Esa mano subió por el lateral de mi cuello hasta enredarse en mi nuca. Su pulgar rozó mi piel justo ahí, en el punto sensible bajo la oreja, y un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

No pensé en nada.

No pensé en Lyra, ni en la casa, ni en la empresa, ni en mi madre enferma, ni en las reglas, ni en las luces, ni en mi sueldo. Solo en su boca apoderándose de la mía.

Dudó un segundo, tan breve que pudo haber sido imaginación mía. Y entonces la distancia desapareció.

Su boca chocó con la mía, caliente y urgente, como si por fin hubiera dejado de contenerse. Me aprisionó aún más contra la puerta, el peso de su cuerpo pegado al mío, la mano en mi cintura apretando fuerte, como si estuviera comprobando hasta dónde podía tenerme allí.

Abrí la boca en un suspiro y me inundó su sabor, delicioso y caliente; su lengua encontró la mía en un movimiento que me hizo caer el estómago, dejando el resto del mundo fuera de foco.

Liam me agarró de los muslos y me levantó del suelo, apretándome aún más contra la puerta, su pecho aplastando el mío, como si quisiera asegurarse de que no iba a escapar —como si tuviera la menor intención de hacerlo.

Subió la mano por mi cintura, encontró la curva de mi espalda y me atrajo todavía más, como si existiera algún espacio entre los dos.

Llevé las manos a su pecho en un reflejo torpe de empujar, pero acabé aferrándome a su camisa, arrugando la tela entre los dedos.

Sentía el músculo firme bajo la ropa, la respiración acelerada golpeándome la cara entre un beso y otro.

Profundizó el beso, la lengua rozando la mía con un hambre contenida que me robó el último aliento.

Se me escapó un gemido, pequeño y traidor.

Sentí cómo su cuerpo reaccionaba.

El beso cambió de ritmo: seguía siendo intenso, pero se volvió más lento, más consciente. Inclinó la cabeza hacia el otro lado, buscando un ángulo mejor, como si quisiera memorizar aquello también.

Su pulgar bajó de mi cuello a la mandíbula, recorriendo el contorno de mi rostro, y tuve la absurda sensación de que estaba

intentando aprenderse cada centímetro de mí con la palma de la mano.

Me aferré a su nuca, sintiendo el pelo entre los dedos, y lo atraje aún más, como si fuera a caerme si dejaba de tocarlo.

Era como si el suelo del despacho hubiera desaparecido.

Solo existían el cristal de las ventanas a lo lejos, la madera de la puerta en mi espalda y su cuerpo anclando el mío.

Me besó como si estuviera luchando contra una parte de sí mismo.

Con cada movimiento de su boca, yo sentía culpa, rabia, deseo, miedo, todo mezclado, atravesándome con él. Y, por primera vez desde que entré en aquella casa, no quise descifrar, ni arreglar, ni traducir lo que sentía.

Solo quise quedarme.

Cuando el aire empezó a faltarnos de verdad, apartó la boca de la mía unos centímetros, pero no se separó. Apoyó la frente en la mía, todavía jadeante.

Sentía su pecho subir y bajar contra el mío, como si hubiéramos corrido una maratón sin movernos del sitio.

—Esto… —empezó, con la voz ronca, como si las palabras le rasgaran por dentro—… no debería estar pasando.

Sonreí, porque era exactamente el tipo de frase que Liam Crawford diría con mi boca aún caliente por la suya.

—Demasiado tarde —murmuré, rozándole los labios sin volver a besarlo—. Ya ha pasado.

Cerró los ojos un segundo, como si aquello le doliera y lo aliviara al mismo tiempo. La mano en mi cintura apretó un poco más, como si confirmar que yo seguía allí fuera esencial.

—Emma… —pronunció mi nombre de una forma que nunca le había oído: sin formalidad, sin distancia, sin ningún «señorita Baker»

de por medio.

El sonido me atravesó entera.

Tuve ganas de pedirle que lo repitiera, solo para guardarlo.

En lugar de eso, fui yo quien avanzó esta vez. Acerqué la boca, besé la comisura de sus labios y luego su boca entera, en un beso más corto, pero cargado de todo lo que no sabía decir en voz alta.

Respondió como si se rindiera.

Su mano subió de nuevo, se enredó en mi pelo e inclinó ligeramente mi cabeza hacia atrás.

El beso se convirtió en una sucesión de caricias más suaves, respiraciones mezcladas, dientes rozándose apenas, pequeñas pausas en las que creía que iba a detenerse del todo y, en lugar de eso, volvía, como si no pudiera alejarse más de dos centímetros.

—Emma… Esto ha sido un error —dijo, y me dejó en el suelo con cuidado—. Esto nunca va a funcionar. Tengo casi veinte años más que tú. Soy tu jefe. Tú cuidas de mi hija. Esto es… imprudente. Peligroso. Incorrecto en todos los niveles posibles.

Dio un paso atrás, como si el contacto físico tuviera que cortarse de raíz.

—¿Hay algo malo en mí?

—No —me tocó la cara con suavidad y vi la culpa en sus ojos —. Hay algo malo en mí. Y no puedo arrastrarte a mi mundo.

Se giró, se recolocó la corbata torcida, se pasó la mano por el pelo, intentando borrar cualquier rastro visible de lo que acababa de ocurrir.

Antes de llegar al escritorio, se detuvo, aún de espaldas a mí.

—No volverá a repetirse, te lo prometo —dijo—. Contendré mis impulsos para no estropearlo todo. Has sido lo mejor que le ha pasado a Lyra…

Noté los ojos húmedos, sin saber si por haber sido apartada de ese modo o elogiada.

—Gracias… señor Crawford. Ahora, si me disculpa, necesito ver cómo está Lyra.

Salí deprisa y, en cuanto crucé el pasillo, me sequé los ojos, me tragué el llanto y seguí adelante…

Como si nada hubiera pasado.

Capítulo 21

Liam Crawford

Pasé toda la noche despierto, dando vueltas en la cama.

Cada vez que cerraba los ojos volvía al mismo sitio: mi despacho, mi cuerpo apretando el suyo contra la puerta, su olor discreto a jazmín, mi boca haciendo lo que mi corazón llevaba horas queriendo mientras yo tiraba a la basura las reglas que habían construido un mundo seguro durante los últimos años.

En teoría, lo que dije de que aquello era un error, era perfecto.

Había veinte años de diferencia entre nosotros.

Éramos jefe y empleada.

Analicé una por una nuestras diferencias, todas las que chirriaban, y cuanto más las repetía en mi cabeza, más sensato sonaba todo.

En la práctica, tumbado a oscuras con el corazón desbocado y la boca recordando su sabor, yo quería que la sensatez reventara por los aires.

Yo solo quería equivocarme.

Había cruzado la línea de lo profesional por decisión propia y, a la misma velocidad, había empujado la consecuencia lejos, como si bastara con decidir yo solo que aquello no significaba nada.

Cuando el cielo empezó a aclararse, dejé de fingir que aún podría dormir.

Me levanté, me duché, me puse el traje en automático y me fui a la oficina más temprano de lo habitual.

Era lo único que sabía hacer cuando lo demás se salía de control: volver a los números, esconderme detrás de hojas de cálculo y reuniones como si la vida cupiera dentro de una gráfica.

Abrí informes, revisé contratos, respondí correos.

Pero llegó un punto en que los números bailaban en la pantalla y mi cabeza regresaba siempre al mismo cuadro: la puerta del despacho, su mano en mi corbata, el gemido de Emma poniéndome duro y haciéndome imaginar perversidades…

Decir que aquello «fue un error» había sido fácil.

Convencer a mi cuerpo de que no debía repetirse era otro asunto.

A las nueve en punto, el interfono avisó de que el consejo ya estaba reunido.

Perfecto. Otra hora interpretando el papel que me sabía de memoria en una sala helada, rodeado de gente hablando de resultados y posicionamiento, mientras lo único que yo quería era encontrar una forma decente de mirar a Emma a la cara sin parecer un adolescente idiota o un jefe irresponsable.

La sala de reuniones estaba llena.

Saludé a todo el mundo, me senté en la cabecera y observé cómo el departamento de marketing encendía el proyector y presentaba resultados.

La gráfica era otra, distinta a la de principios de mes: crecimiento, objetivos, negociaciones en marcha.

—Antes de cerrar… —la voz del director de marketing me trajo de vuelta.

Cambió la diapositiva. En la pantalla apareció un gráfico simple, barras apuntando hacia arriba.

—Solo quería enseñar rápidamente el impacto de las últimas acciones de imagen —explicó—. Desde que empezamos a mostrar un poco del lado más personal del señor Crawford, las menciones negativas han bajado, las positivas han subido, el *engagement* ha crecido. A la gente le gusta esta narrativa.

Hizo clic otra vez. Las tablas desaparecieron y aparecieron las fotos.

Yo, sentado frente al árbol de Navidad, Lyra observando las lucecitas, hipnotizada, y Emma casi sentada en mi regazo, mirándome.

Luego otra foto, en el evento de familias: Emma con Lyra en brazos, luces navideñas desenfocadas al fondo, y yo detrás, atento a cada uno de sus movimientos.

Después, un recorte de texto con palabras como «sensibilidad», «inclusión», «historia inspiradora».

—Después de las acciones con foco en familia, la percepción cambió aún más —continuó—. Ese arco del hombre retraído por la pérdida que, poco a poco, se reconecta por su hija y por la cuidadora funciona muy bien. Y la figura de Emma entró ahí de forma completamente orgánica.

La mandíbula se me tensó cuando llamó a Emma «figura».

—Esto está mal a tantos niveles… —me masajeé las sienes—. Utilizarlas así…

Asintió sin perder el brillo en los ojos.

—No le entre ahora una crisis de conciencia, señor Crawford. Es el mayor beneficio de la década —insistió—. Y no se ha mentido en nada. Todo se captó de forma orgánica, esas poses, esas miradas… La gente quiere ver a su familia, la rutina, las dificultades, las victorias. Ustedes tres juntos son un símbolo muy potente para la marca.

El consejero más veterano intervino.

—Estamos hablando de nuestro nuevo posicionamiento de marca, Liam —dijo con ese tono calmado que usaba cuando creía que yo estaba exagerando—. A la empresa le conviene asociarse a este tipo de imagen. No estamos proponiendo nada irrespetuoso.

Respiré hondo.

—Solo me siento incómodo porque la contraté para cuidar de mi hija. No para limpiar mi imagen.

El director de marketing se removió en la silla.

—Daños colaterales positivos. Y no proponemos ninguna mentira, solo que los compradores imaginen cosas; lo hacen de forma natural, solo necesitan la imagen adecuada.

Señaló la foto en la que yo miraba a Emma como si la deseara… y, joder, la deseaba… y ella me miraba como si quisiera que la devorara, y yo le rogaba a Dios que eso fuera verdad.

Y precisamente porque no era una representación, me sentí desnudo delante del consejo, como si tuviera un secreto a la vista.

—No —corté antes de que terminara.

Varias miradas se clavaron en mí.

—Liam… —empezó el consejero.

—No —repetí—. Ya basta. La intimidad de mi casa no va a convertirse en material publicitario. Hagan una campaña de Navidad centrada en los juguetes, en los niños atendidos, en las donaciones. Si quieren, usen historias de las familias de los empleados. La mía se queda fuera.

El silencio que siguió fue breve, pero suficiente para verles la cuenta pasando por la cabeza: *engagement*, alcance, oportunidad perdida, comparación con lo que haría «cualquier otra empresa».

Ninguno de ellos pensaba en otra niña ocupando el lugar de Lyra, y mucho menos en alguien sustituyendo a Emma, que cuando

descubriera que querían ir a fondo, vender su historia, invadir su privacidad, mostrar su trayectoria… no me lo perdonaría jamás.

El consejero más veterano suspiró.

—Entendido —dijo al fin—. Ajustaremos el plan, entonces.

Poco después, se dio por terminada la reunión.

Salí con la sensación de haber pasado toda la mañana sujetando una puerta que insistía en abrirse hacia el lado equivocado.

En el pasillo, el aire parecía menos pesado.

Elliot estaba apoyado en la pared, con una carpeta bajo el brazo y la expresión de quien ya había oído lo suficiente como para divertirse a mi costa.

—Así que se cancela el especial de Navidad de la estrella —comentó, acompasando su paso al mío—. ¿Cuándo te brotó la conciencia y la responsabilidad emocional?

Puse los ojos en blanco.

—No me toques las narices.

—¿Está pasando algo entre tú y la niñera de tu hija?

Lo estampé contra la pared y lo sacudí, como un animal irracional.

Elliot soltó la carpeta, abrió mucho los ojos y me miró con un poco de miedo. Luego dibujó una sonrisa fina, como si acabara de descubrir mi secreto.

—Ya.

—Me voy, Elliot —le indiqué con la cabeza.

—¿De verdad crees que puedes esconderlo? No hace falta que me cuentes detalles, pero se ve a kilómetros que has complicado las cosas con Emma. Te estás enamorando de ella…

Volví a echar a andar.

—No sabes nada de mí.

—Traducido: cruzaste alguna línea profesional y luego saliste corriendo a esconderte detrás de números y ahora te ha dado una crisis de conciencia…

No respondí.

—Y ahora estarás mintiéndote a ti mismo diciendo que fue solo un… accidente.

La frase dio justo donde me ardía desde la noche anterior.

No había sido un accidente. No me tropecé con Emma.

Fui hacia ella, abracé su cuerpo, deseé sus curvas, me metí de lleno en su olor… decidí besarla y, justo después, decidí llamarlo error, como si solo importara mi parte de la historia.

—No planeé interesarme por la niñera de mi hija —murmuré.

—Pero el deseo no sigue ningún plan —respondió Elliot—. En serio, me alegro por ti. Y quizá, por ser tan real, deberías…

Su voz se apagó mientras la imagen de ella en mi despacho regresaba entera: los ojos castaños intentando entender qué acababa de pasar, la forma en que se echó atrás cuando oyó la palabra «error», la formalidad del «señor Crawford» levantando un muro entre nosotros otra vez.

—Si estás planteándote sacar a Emma de tu vida solo porque no sabes qué hacer con lo que sientes, olvídalo —remató—. Tu hija no aguanta cambios así y, por alguna magia, la chica le ha cogido cariño. Tu hija… que es igual que tú… y nunca le ha gustado nadie.

Lo sabía.

Quizá por eso todo era tan peligroso. No era solo el deseo lo que me descuadraba: era lo bien que ellas dos encajaban.

Cada vez que Emma cruzaba una puerta, Lyra la buscaba con la mirada. Cada vez que le hablaba bajito al oído a mi hija, el resto del mundo se hacía pequeño.

—A veces tengo la sensación de que todo lo que hago es intentar no destruir a nadie más —confesé.

Elliot aflojó un poco el nudo de la corbata, pensativo.

—Quizá ya va siendo hora de ponerte a ti en esa lista también —dijo—. Y, quién sabe, dejar de destrozar cualquier cosa que se parezca al afecto antes siquiera de descubrir lo que es.

Me dio un par de palmadas rápidas en el hombro y siguió pasillo adelante, como si hubiera hablado del tráfico y no de lo único que yo llevaba evitando mirar de frente.

Cuando volví a mi despacho, cerré la puerta, me senté tras la mesa y cogí el móvil.

Abrí la pantalla de mensajes y busqué su nombre.

El historial era el de siempre: horarios, medicación, notas sobre Lyra. Ni una palabra sobre pasillo, beso, error.

Tecleé: «tenemos que hablar».

Lo miré unos segundos y lo borré.

Tecleé: «sobre lo de ayer».

Lo borré otra vez.

Pensé en escribir «perdón» y no supe por dónde empezar.

Al final, no escribí nada.

Bloqueé la pantalla, dejé el teléfono boca abajo sobre la mesa y respiré hondo. Al menos quería no empeorar las cosas.

Después de todo, ¿iba a romper otra de mis reglas?

Capítulo 22

Emma Baker

Intenté fingir que no había pasado nada en aquel despacho.

Fingí ser la empleada ejemplar y no di ningún motivo para reprimendas ni conversaciones con el señor Crawford.

Mantuve la rutina funcionando, cuidé de Lyra, mantuve todo dentro del guion.

Cuando ella dormía, iba a visitar a mi madre y solo volvía a la mañana siguiente.

Y, sobre todo, me aseguraba de no quedarme nunca a solas con Liam en ningún sitio que tuviera paredes o una puerta cerca.

Él ayudó en ese esfuerzo colectivo de negación.

Se encerró en el despacho más de lo normal, salió antes hacia la empresa, volvió más tarde. La casa seguía siendo la misma, pero, sin él circulando, parecía haber kilómetros entre su ala y la alfombra donde yo pasaba media vida con Lyra.

Aun así, a veces sentía su mirada detenida en la puerta de la sala de juegos.

Como siempre, no entraba, no decía nada; solo apoyaba la mano en el marco, nos observaba unos segundos y desaparecía otra vez.

Yo fingía no verlo.

Lyra, a veces, levantaba un poco el cubo, como si se lo ofreciera, pero él se daba la vuelta antes y se iba.

La mañana del tercer día, mi móvil vibró mientras servía café en la taza, ya en piloto automático.

Era Ashley, claro.

«Emmaaaa. Tienes que venir a la empresa del señor Crawford para enterarte de las últimas novedades. Es algo bueno, te lo juro».

Lo ignoré y seguí con mi día.

Al final de la jornada, cuando bajaba las escaleras, Liam me interceptó en el salón.

—¿Por qué no respondiste al mensaje de Ashley? —preguntó.

—¿Usar el móvil en la propiedad no va contra las normas? —le recordé.

Si él podía fingir que el beso había sido un error y olvidar su forma brusca de tratarme, yo también podía permitirme ese lujo.

Asintió de inmediato.

Liam se aclaró la garganta de ese modo que usaba cuando quería tomar el control de la situación. No me miró directamente al principio, como si necesitara unos segundos de calentamiento.

—La empresa va a hacer un evento benéfico de fin de año —empezó—. Una subasta de donaciones para instituciones que atienden a niños autistas. Nada tan grande como la fiesta de la empresa, pero importante.

«Nada tan grande», en la cabeza de alguien que tenía una lámpara en el salón que debía valer millones de dólares, debía de ser bastante relativo.

—Ajá…

—Y el consejo quiere que aparezca con Lyra —continuó—. Dejé claro que solo irá si el entorno es adecuado. Con sala de apoyo, salida lateral, sin multitudes agolpadas.

Asentí. Claro que querían a Lyra. «CEO multimillonario con hija autista y juguetes inclusivos» venía con lazo listo para marketing, incluso cuando juraban que no iba de eso.

—Y, por supuesto, necesitaremos que vengas tú —completó.

—Iré, claro, para cuidar de Lyra —me encogí de hombros—. Pero no apareceré en fotos ni nada parecido. Estoy harta de todo esto.

Liam se humedeció los labios y miró la superficie de la mesa un segundo, como si escogiera cada palabra con cuidado.

—Justo.

Suspiré.

—¿Necesita algo más, señor Crawford?

Entrecerró los labios, pero cuando estaba a punto de decir algo, desistió.

Solo me tendió un sobre blanco con líneas doradas en los bordes.

—¿Qué es esto?

—Esto es para ti.

—Si es otra copia del contrato con una cláusula nueva, me escapo por la ventana.

—Son opciones de vestido —corrigió—. El evento es formal. Pedí a una estilista que enviara algunos modelos y que hiciera los ajustes. Pueden venir mañana por la mañana, si eliges alguno.

Abrí el sobre, ya esperando ver brillos, transparencias y cosas en las que nunca encajaría. En lugar de eso, encontré vestidos largos y midi, tejidos que parecían suaves, cortes sencillos. Nada de pedrería absurda, nada que gritara «miradme, aunque la que lo lleva esté incómoda».

Uno, en especial, me llamó la atención: burdeos oscuro, tirantes finos, escote decente, un largo que no me haría tropezar entre gente rica. Era extremadamente elegante.

—Este es muy bonito —se lo mostré.

—Quizá esté a la altura de tu belleza —me miró de lado—. Gracias por colaborar.

Asentí y lo miré a los ojos, esperando que dijera algo.

Que aquello no había sido un error… que se disculpara… no sé.

Durante un instante, el silencio se volvió pesado entre nosotros. Pensé en darme la vuelta y salir sin más.

Respiró hondo.

—Sobre lo que pasó en mi despacho aquel día… —empezó.

Todo mi cuerpo se tensó.

—Ya lo llamó error —lo corté, sin levantar la voz, pero sin dejar espacio—. Ya entendí el mensaje. No hace falta decir nada más. Actuemos de forma profesional. Pasemos esta Navidad en paz y luego me iré.

Cerró la boca, como si hubiera recibido una bofetada, y apartó la mirada.

Por un segundo, creí que insistiría, que intentaría arreglarlo de alguna forma torcida. Pero el Liam de siempre ganó.

—Nos vemos en la subasta, entonces —dijo sin más.

Salí del salón con la sensación de haberme tragado un tornillo, de esos que raspan desde la garganta hasta el estómago.

*

La estilista llegó puntualmente a las diez de la mañana con un perchero lleno de vestidos y una cinta métrica colgada al cuello. Tía Rosie acompañó todo el proceso, entusiasmada.

—Vaya, muy distinto de tu traje de capibara, ¿eh, hija mía? —rió—. Con cualquiera de estos vestidos vas a parecer una princesa.

Puse los ojos en blanco, pero era imposible no reír.

Me probé varias prendas, pero el vestido burdeos quedaba mejor de lo que esperaba.

El tejido caía bien, no marcaba nada que quisiera ocultar, no me resultaba incómodo. Me miré al espejo y, por un segundo, no me reconocí.

Seguía siendo yo, pero una versión menos machacada por la vida, menos cansada de remendar cuentas y apagar incendios ajenos.

—Guau… al jefe se le va a caer la mandíbula…

—Estará satisfecho de ver a una empleada arreglada para un evento de la empresa, solo eso.

Reí, a pesar del nudo en el estómago.

Por la noche, bajar las escaleras de la mansión pareció una escena de una película que había visto de niña.

Liam me esperaba en el vestíbulo, de espaldas a la escalera, ajustándose el puño de la camisa. Cuando se giró, por un segundo, el tiempo se quedó suspendido.

Sus ojos pasaron de mi rostro al vestido, del vestido al suelo y volvieron a mi rostro. Aunque fue rápido, pareció durar una eternidad.

—¿Llegamos tarde? —pregunté, sujetando el bajo del vestido mientras bajaba.

—No —respondió, tras media respiración—. Vamos a tiempo.

Lyra bajó enseguida después, acompañada por tía Rosie, con un vestido de algodón suave y medias cómodas. La diadema era sencilla, sin brillos, y llevaba su cubo de autorregulación.

—Mira qué guapa estás, princesa —me agaché para quedar a la altura de su mirada—. ¿Te gusta? ¿Quieres girar para ver cómo vuela el vestido?

No respondió, pero apoyó suavemente el cubo en mi brazo.

—Así, mira —hice el gesto, giré sobre mí misma e hice que el vestido se moviera en el aire.

Lyra solo observó, no dijo ni hizo nada.

Liam dibujó una sonrisa de medio lado, que se apresuró a ocultar en cuanto me giré hacia él.

—¿Vamos? —preguntó con seriedad.

Fuimos al coche. En el asiento trasero, ella se sentó entre los dos, la mirada pegada a la ventana. La ciudad estaba toda iluminada; faltaban dos semanas para Navidad, así que todo estaba en pleno movimiento y decoración.

—Será como aquel día, ¿vale? Habrá música baja, mucha gente y quizá muchos estímulos —le fui narrando—. Si es demasiado para ti, iremos a la zona sensorial.

Sentí la mirada de Liam de reojo, atenta. Pero la ignoré al instante.

El hotel de lujo tenía una decoración y unas luces excesivas, aunque buena parte estaban apagadas para ese evento. Cruzamos las puertas de cristal, atravesamos un vestíbulo de alfombra roja y seguimos hasta el salón principal, de donde llegaba el sonido de un cuarteto de cuerda.

La mano de Lyra apretó un poco más la mía.

—Todo está bien, pequeña. Todo irá bien —la animé—. Pero hay muchos olores distintos de comida, ¿verdad? Mucha gente

hablando… ¿es demasiado para ti?

Ella permaneció igual, así que seguimos adelante.

Liam fue rodeado en segundos. Varios empresarios lo saludaron con sonrisas amplias, repitiendo sin parar: «buenas noches, señor Crawford», «un placer enorme», «su hija es adorable».

Yo me quedé medio paso atrás, con Lyra pegada a mi costado. Ya había visto esa coreografía antes: el hombre poderoso en el centro, las historias de bastidores puliendo la imagen.

Y eso era yo: una historia de bastidores para añadirle algunas capas humanas.

—¿Y ella es…? —preguntó una mujer, mirándome con curiosidad.

—Emma —respondió él, sin dudar—. Mi acompañante.

Me sorprendió que no dijera «empleada» ni «niñera».

Ridículo cómo eso hizo que se me calentara un poco el pecho. Ridículo cómo quise que significara más de lo que probablemente significaba.

Antes de que pudiera pensarlo demasiado, Ashley apareció con la tableta en la mano, susurrando un «estáis maravillosos» y soltando instrucciones sobre fotos, horarios y la sala de apoyo.

—No voy a hacerme fotos —avisé—. Pregúntale a tu jefe, él y yo ya lo acordamos.

Ashley se quedó pálida, sin saber qué hacer.

Liam se inclinó para hablarme, con la boca demasiado cerca de mi oído.

—Si te molestan, avísame y me encargo —murmuró—. Y si Lyra entra en crisis, dímelo.

Asentí.

Eso era todo. Al final, yo era la persona encargada de pulsar el botón de emergencia de su hija. Y, por mucho que mi corazón siguiera un poco herido por aquel «error» en el despacho, esa parte del trabajo no tenía la menor intención de abandonarla.

Capítulo 23

Liam Crawford

Nunca me han gustado los eventos benéficos.

Siempre me han parecido lo mismo: gente muy rica aplaudiéndose a sí misma porque, por una noche, recordó que el resto del mundo existía.

Esta vez era distinto solo porque yo ya había visto adónde iba a ir ese dinero.

Había estado en dos de las instituciones que figuraban en la lista, había visto a niños como mi hija intentando sobrevivir en salas demasiado ruidosas, con profesionales demasiado agotados y recursos insuficientes.

Esperaba que lo recaudado esa noche sirviera para arreglar, al menos, una parte de eso.

El discurso pasó rápido. Hablé de inclusión, de juguetes que respetaban todas las formas de ser y de la responsabilidad social de mi empresa. Evité cualquier cosa que sonara a «historia de superación».

Ya había demasiada gente en el mundo usando ese vocabulario para vender cualquier cosa.

Mientras hablaba, mis ojos regresaban, inevitablemente, a la mesa reservada en un rincón del salón.

Emma estaba allí, tan bonita que parecía un pecado con aquel vestido burdeos que realzaba su belleza. Mi hija hacía girar su juguete entre las manos, concentrada.

Por ahora, todo parecía ir bien.

Cuando bajé del escenario y el cuarteto de cuerda empezó otra pieza, la parte protocolaria terminó. Dio comienzo la subasta, intercalada con breves momentos de lo que Ashley llamaba «espacio de convivencia»: saludé a inversores, socios, gente que conocía desde hacía años y gente que solo conocía mi nombre por Forbes.

Aproveché para animar sus donaciones.

En cuanto logré escabullirme, me acerqué a su mesa.

Emma, como siempre, estaba atenta a Lyra y a todo lo que ocurría alrededor.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Mejor de lo que esperaba —respondió Emma—. Incluso con algo de ruido y conversaciones cruzadas, está concentrada y hasta ha comido un poco.

—¿Aguanta un rato más?

Emma observó a mi hija durante unos segundos.

—Sí, aguanta. Si hace falta más tiempo, puedo distraerla en la sala sensorial…

Iba a comentar algo cuando George Wallace, uno de los hombres más ricos presentes, llegó y empezó a hablarme de cuánto quería para comprarme una parte de la empresa. Al mismo tiempo, Ashley apareció junto a la mesa, tableta en mano, sonriente.

—Estáis perfectos —dijo sin tomar aire—. Señor Crawford, si pudiéramos conseguir una imagen de ustedes dos bailando ahí en medio, con Lyra aquí al lado…

—Ashley… —empezó Emma.

—Nada artificial ni posado, lo juro —la atropelló—. Solo una foto para captarlos en movimiento. El cuarteto ya tiene preparada una música preciosa. A la prensa le va a encantar ver ese lado… humano del señor Crawford.

Emma respiró hondo.

Y yo intenté concentrarme en la conversación mientras George ofrecía cifras considerables por el quince por ciento de mi empresa.

—No voy a bailar —dijo ella, tranquila—. Ya he dicho que no quiero fotos; mi aportación a vuestra campaña terminó. Estoy aquí únicamente para cuidar de Lyra.

Ashley giró el rostro hacia ella con una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Estás aquí porque el señor Crawford ha decidido ser generoso, querida —respondió con dulzura—. No todos los días una jodida que viene de la periferia de Miami tiene la oportunidad de estar en un salón como este.

Quise intervenir, pero George entendió aquello como una señal para subir la oferta e insistir en el tema.

Emma alzó el mentón, la mirada endurecida.

—Colaboro cuando se trata de su hija —respondió—. No de la imagen de la empresa. Esa campaña y esas fotos no son asunto mío.

Ashley sonrió de ese modo que yo conocía de las reuniones con proveedores.

—Claro. Porque has hecho grandes cosas en la vida, ¿no? —ironizó en voz baja—. Mira a tu alrededor. Esto es lo que paga tu sueldo y es menos humillante que vestirte de capibara de zoológico. ¿Sorprendida, querida? Investigamos toda tu vida para convertir tu vida de mierda en esperanza. Así que aprovecha y colabora; la gente mataría y moriría por la fama que te estamos ofreciendo.

En ese momento, Lyra levantó la vista, percibiendo el cambio de tono.

Emma se puso en pie tan rápido que la silla chirrió al arrastrarse.

—Voy a llevar a Lyra a la sala sensorial —dijo con voz firme—. Mientras tanto, puedes discutir tu campaña con quien esté dispuesto a ser tu marioneta.

Se giró para coger el bolso. Fue entonces cuando me moví.

Le sujeté suavemente el brazo antes de que se alejara.

—Emma —la llamé.

Giró el rostro hacia mí, los ojos castaños llenos de rabia.

Solté su brazo, pero me quedé a su lado. Me volví hacia Ashley.

—Ven aquí. Ahora.

Ashley abrió los ojos, pero me siguió, aún con la tableta en la mano.

La hice retroceder dos pasos, lo suficiente para quedar entre ella y Emma.

—Déjame ver si lo he entendido bien —empecé—. Acabas de echarle en cara a la cuidadora de mi hija que está aquí porque yo soy «generoso», que debe posar para fotos porque eso le paga las cuentas y has insinuado que debería agradecer la oportunidad, ¿es así?

Ashley intentó reír, incómoda.

—Liam, yo… solo quise decir que es una oportunidad profesional para ella, ¿sabes? Su historia…

—Su historia no es un producto —corté—. Igual que la de mi hija tampoco lo es. Dejé claro desde el principio que Emma está aquí para cuidar de Lyra, no para ser utilizada en una campaña. Y tus palabras… han sido groseras e innecesarias. Pide disculpas. Ahora.

Las voces cercanas bajaron de volumen. Algunas cabezas se giraron. Sentía esas miradas desde siempre.

Ashley se hizo la loca.

—Solo estoy haciendo esto por el bien de la empresa.

—Has sido grosera e innecesaria —repetí—. Pide disculpas.

La sangre le subió al rostro.

—Entonces yo… me he pasado —murmuró—. Pero no voy a disculparme con esa nadie.

—Te has pasado y has faltado al respeto a quien sostiene mi vida en casa cada santo día —respondí—. Y lo has hecho delante de mi hija.

Respiré hondo, sintiendo a Emma quieta detrás de mí, rígida, en silencio.

—Estás despedida, Ashley —concluí—. A partir de mañana no hace falta que vuelvas. Recursos Humanos se pondrá en contacto contigo. Y si yo fuera tú, empezaría a plantearme otro camino profesional. Conmigo y con Crawford Toys, se acabó.

Por un segundo, todo el salón pareció contener la respiración.

Algunos flashes saltaron, curiosos. Los periodistas y fotógrafos invitados para cubrir la subasta olieron la sangre a distancia: un CEO perdiendo la calma en directo.

Los destellos del lado derecho llamaron mi atención demasiado tarde.

Lyra se llevó las manos a los ojos y empezó a gritar, balanceándose hacia delante y hacia atrás.

—No —susurró Emma, ya moviéndose—. No… no…

Mientras Ashley intentaba procesar lo que estaba pasando, los fotógrafos dieron un paso adelante, por puro instinto. Otro flash estalló, esta vez directo en el campo de visión de Lyra.

La primera vez que mi hija lloró en el hospital, después de la muerte de Helena, no reaccioné. Fue como si el dolor me hubiera desenchufado el cuerpo.

Esa sensación volvió con más fuerza. Sabía lo que estaba pasando, reconocía cada señal y, aun así, tardé dos segundos más de lo debido en moverme.

Lyra intensificó los movimientos y el grito.

Emma cruzó el espacio entre ellos, se agachó allí mismo, tomó a Lyra y la llevó a la sala sensorial.

Aún saltaron dos flashes más, impulsivos, de alguien intentando «captar el momento».

—¡Basta! —grité, sin ningún barniz social—. ¡La estáis haciendo daño!

Los guardias de seguridad por fin se dieron cuenta de lo que ocurría y cercaron a los fotógrafos. Avancé y le arranqué la cámara de las manos a uno de ellos.

—Se acabó —avisé—. Si aparece una sola imagen en cualquier sitio, tú, tu agencia y el medio estáis acabados.

Se quedó blanco. Otro bajó la cámara de inmediato.

Cuando volví la vista hacia Emma, estaba dentro de la sala de apoyo, arrodillada junto a Lyra, el vestido burdeos manchado de suciedad, el moño deshecho, pero toda su atención puesta en la niña.

El tronco de mi hija aún se balanceaba, pero el ritmo ya había disminuido. La respiración venía a trompicones, pero empezaba a regularse.

Me acerqué y carraspeé para anunciar mi presencia.

—Vamos a sacarla de aquí —dije, bajando la voz—. Se acabó la noche. A la mierda la subasta.

Emma alzó el rostro hacia mí.

Nunca había visto tanta rabia, miedo y alivio juntos en una sola mirada.

—Si alguien publica una foto de ella así…

—No lo hará —interrumpí—. Te lo juro.

Extendí la mano. Ella la tomó; apoyé la otra en su cintura mientras se levantaba, más para darle equilibrio que por cualquier otra cosa. Cogí a Lyra en brazos y atravesamos el salón hacia la salida.

El murmullo nos siguió, pero nadie se atrevió a acercarse.

En cuanto entramos en el coche, Emma apoyó la espalda en el asiento y respiró hondo. Lyra tardó un poco en regularse, pero la oscuridad y el silencio del asiento trasero ayudaron.

Una parte de mí quería volver allí fuera y destrozar la cámara. Otra sabía que yo había colaborado en aquello al dejar que la situación con Ashley llegara tan lejos.

—No debería haberos traído —dije por fin.

Emma no apartó la mirada de Lyra.

—No deberías —coincidió.

Hizo una pausa, respiró al ritmo de la niña.

—Emma… —empecé.

Alzó la vista hacia mí.

—Me asustas —dije, antes de que entrara el filtro corporativo —. Y aun así eres la única persona en la que confío por completo con mi hija.

—¿Te asusto? —soltó una risa breve, sin humor.

—¿Cómo puedes oír todo eso y mantener la calma?

—He oído cosas peores viniendo de usted, señor Crawford, y actué de la forma más educada que pude. Porque mi reacción solo

habla de mi educación, y eso me lo dio mi madre.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Tienes razón. Perdóname. Fui grosero, injusto y te mentí —me pasé la mano por el rostro—. Nada justifica todas las injusticias que has sufrido. Y me esforzaré por compensarte.

—No quiero ninguna compensación, señor Crawford. Solo hacer mi trabajo… y marcharme con la cabeza alta.

Esas palabras me dejaron inquieto.

Y, mientras el coche cortaba la ciudad de regreso al residencial, lo único que podía pensar era que, si Emma de verdad había decidido salir de nuestra vida después de Navidad, quizá no me quedara tiempo suficiente para convencerla de que se quedara.

Capítulo 24

Emma Baker

Cuando el coche cruzó el portón de la mansión y las luces del jardín se reflejaron en los cristales, sentí que el cuerpo, por fin, se relajaba.

Lyra dormía apoyada en mí; parecía tranquila después de aquel caos.

Liam bajó primero, abrió mi puerta y, durante unos segundos, se quedó quieto, intentando calcular cómo sacarla sin despertarla.

—¿Puedes pasármela con cuidado? —preguntó.

Asentí.

Trasladamos a Lyra de mi regazo al suyo con un movimiento medido. Sus brazos rodearon el cuerpecito con una delicadeza que yo no le veía cuando se trataba de cualquier otra cosa en su vida.

La niña apoyó la cara en su americana y yo me quedé allí, sujetando el cubo y el vestido, como la asistente de la escena.

Entramos en la mansión.

El pasillo estaba en penumbra, solo con las luces bajas encendidas, lo justo para no tropezar. Rosie apareció en el recibidor, con el delantal puesto y los ojos cansados.

—¡Habéis llegado tan pronto! ¿Ha pasado algo?

—Fotógrafos idiotas invadiendo nuestro espacio —respondí—. Luego te lo cuento, tía. Ahora vete a descansar.

Subimos los tres.

Liam delante, con Lyra en brazos. Yo justo detrás, como apoyo moral.

En cuanto entró en el dormitorio, Liam desenchufó las luces multicolores, apagándolas.

—Despacio —murmuré cuando se acercó a la cama.

La acostó con una ternura que no cuadraba con aquel hombre. Le quitó los zapatos, le acomodó el vestido para que nada le apretara, le pasó la mano suavemente por el pelo, como si pidiera perdón en silencio.

Dejé el cubo al lado de la almohada y bajé la persiana hasta el punto exacto en el que la luz de la calle no se colaba, pero tampoco dejaba la habitación completamente a oscuras.

Me quedé en la puerta, observando.

Era imposible no verlo.

El hombre que había humillado a Ashley delante de medio mundo, el CEO al que los periódicos adoraban llamar «implacable», ahora con la mano abierta, enorme, detenida unos segundos sobre el pecho de su hija, como si estuviera comprobando si su corazón seguía latiendo al mismo ritmo que antes.

Lyra suspiró, giró la cara en la almohada y siguió durmiendo.

—Está bien, no te preocupes.

Asintió.

Salimos del cuarto en silencio, dejando la puerta entreabierta en el punto justo para que cualquier sonido raro me alertara.

Liam se apoyó en la pared, pasándose la mano por el pelo, deshaciendo de una vez lo que quedaba de la imagen de «perfecto

para las fotos». Se quitó la corbata, se aflojó el cuello y respiró hondo.

Crucé los brazos, apoyando el hombro en la pared de enfrente, mirándolo de cara.

El vestido burdeos me estaba asfixiando y los tacones me estaban matando. Estaba cansada y lo último que quería era discutir.

—Creí que lo tenía todo bajo control —murmuró.

—Controlaste todo lo que se podía controlar sobre el papel —respondí—. Pero la vida es así… a veces las cosas se descontrolan y lo único que podemos hacer es dar lo mejor de nosotros.

Respiró hondo, apoyando la cabeza contra la pared un instante. La luz del pasillo dibujaba sombras profundas bajo sus ojeras.

—Tú, desde luego, has dado lo mejor de ti —reconoció.

—Gracias.

Hubo un silencio extraño, que no era hostil. Pero… yo no sabía muy bien qué significaba.

—Todo lo que hice fue por Lyra —añadí—. Y por mí. He pasado la vida viendo a gente haciendo de «buena acción» a costa del sufrimiento de otros. No voy a permitir que eso le pase a ella.

Asintió otra vez.

—¿Aunque al otro lado esté yo? —preguntó, en voz baja.

Se me encogió el pecho de una forma que no esperaba.

—Especialmente usted. Está acostumbrado a que su dinero lo compre todo y a todos. Y, por mucho que necesite este trabajo, tengo principios. Y no voy a permitir que pase por encima de mí ni del bienestar de su hija.

Sus ojos encontraron los míos.

No había soberbia. No había amenaza. Solo un cansancio mezclado con… ¿respeto? No supe ponerle nombre.

—Eres impresionante, Emma.

Solté una risa breve, sin humor.

Enderezó el cuerpo y dio dos pasos hacia mí. No lo suficiente para invadir mi espacio, pero sí para acortar el pasillo.

—Te respeto por tener el valor de plantarte delante de mí. Y por poner el bienestar de Lyra en primer lugar.

Yo podía fingir que no me había gustado oír aquello.

Podía decir que exageraba.

Pero la verdad era que ese reconocimiento pesó bien, en un lugar dentro de mí que pasaban la vida empequeñeciendo.

—Crecí en un sitio sin dinero, sin ventajas, que me ponía a prueba todo el tiempo. También perdí a alguien a quien quería. Pero no dejé que la vida me endureciera, señor Crawford. La vida aún tiene un brillo, una magia única. Me aferro a eso y tengo valor para enfrentarme a mis peores pesadillas.

Frunció el ceño, como si quisiera tirar del hilo de la conversación, pero lo dejó para después.

—Emma…

La forma en que dijo mi nombre me erizó la piel.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Dudó.

Era el Liam que yo todavía estaba aprendiendo a descifrar: el hombre que lo calculaba todo, que parecía fuerte e impenetrable y que se alejaba cada vez más cuando se trataba de hablar de sentimientos.

—Sobre nuestro beso… —empezó.

El estómago reaccionó al instante.

—Ya lo llamó error —lo corté, más por reflejo que por rencor —. El mensaje quedó clarísimo. No hace falta repetirlo.

—Mentí.

Las dos palabras se quedaron suspendidas.

—No fue un error —continuó, con la voz un poco ronca—. Fue lo primero que me hizo sentir vivo en muchísimo tiempo. Lo llamé error porque era más fácil lidiar con ello así. Porque así podía fingir que se podía volver atrás.

El corazón se me aceleró de una manera irritante.

—Fácil para usted —repliqué—. Para mí fue solo otro recordatorio de que soy prescindible.

Sus ojos se entrecerraron apenas.

—Tú no eres prescindible.

—Sí lo soy —respondí, sin drama—. Puede despedirme. El consejo puede encontrar a otra pobre desgraciada para que sea su novia de Navidad. Su empresa puede darle este vestido a otra. Así funciona.

Dio un paso más.

Ahora el espacio entre nosotros era menor de lo que me gustaría si la idea era mantener una distancia segura. Noté el olor de su perfume mezclado con un poco de sudor, y eso lo hacía todavía más atractivo.

—Puedo sustituir a cualquiera en esta casa o en mi empresa —dijo—. A ti no.

Me reí, nerviosa.

—Las cosas no funcionan así, señor Crawford.

—No hablo de contratos de trabajo —insistió—. Hablo de…

Se detuvo, buscando la palabra.

Yo podría haberle ayudado. Podría haberle ofrecido una salida, una broma, un «mejor no vayas por ahí».

Pero no hice nada de eso.

Me quedé allí, pegada a la pared, sintiendo el corazón latirme en la garganta y el cuerpo entero recordar cómo había sido tener su boca en la mía.

—Quiero cometer ese error contigo otra vez —soltó al fin.

Vale.

Eso no me lo esperaba.

—Está cansado —intenté racionalizar—. Ha sido una noche dura. Su hija ha entrado en crisis en medio del evento. Despidió a su jefa de marketing delante de Forbes… no es el mejor momento para…

—Sé perfectamente que es el momento —me interrumpió.

Abrí la boca para responder.

Él dio el último paso hacia mí.

Sentí el calor de su cuerpo en cuanto me colocó contra la pared.

—Te quiero —admitió, directo y sincero—. Y eso me acojona. Porque trabajas para mí, porque cuidas de mi hija, porque te mereces algo mejor que un hombre roto intentando reaprender a ser persona. Pero ya no puedo fingir que no te deseo.

Las palabras golpearon en lugares distintos a la vez.

Donde yo era profesional, sonaron como una alarma roja.

Donde yo era mujer, sonaron como alivio.

—¿Y si te digo que no quiero ser un problema más en tu vida? —pregunté.

Tragó saliva y me miró despacio.

—Todo lo que quería era un problema como tú.

Su mano libre me tocó la cintura y me pegó a su cuerpo.

Pensé en apartarme, aunque solo fuera por rabia.

Pero mi cuerpo lo quería de una forma irracional. Lo único que necesitaba era sentir su beso otra vez.

Levanté la mano, despacio, y le sujeté el cuello de la camisa. La tela estaba caliente, arrugada, con olor a noche. Tiré lo justo para reducir la distancia entre nosotros.

—Si vas a cometer un error, haz que merezca la pena —murmuré.

Sus ojos se oscurecieron.

No hubo un ataque brusco, no hubo un golpe contra mi espalda. Solo inclinó la cabeza y apoyó su boca en la mía primero con cuidado, como quien prueba la temperatura del agua antes de zambullirse.

Yo me zambullí primero.

Abrí la boca y dejé que el beso sucediera de verdad, sin culpa inmediata, sin el «esto estuvo mal» pegado después. Era un beso caliente y profundo, de esos que hacen desaparecer el mundo hasta que solo queda la presión de su boca en la mía y su lengua provocando la mía con un ritmo lento, delicioso, que yo no quería que terminara.

Cada vez que me apretaba el cuerpo con las manos o me abrazaba, un escalofrío me bajaba por la columna y estallaba abajo, en el vientre, dejando claro que ya no había vuelta atrás.

Cuando el aire empezó a faltarnos, me aparté apenas un centímetro, con los labios rozando todavía los suyos, nuestras respiraciones mezcladas, como si bastara un pensamiento torcido para perdernos del todo allí mismo, en el pasillo.

Su boca me abría como si supiera exactamente dónde tocar, cómo provocar, cómo retroceder apenas un poco antes de volver y arrancarme un gemido y unas ganas de más.

Mis espaldas golpearon suavemente la pared, y su cuerpo vino detrás, encajándose entre mis piernas lo suficiente para que yo sintiera cuánto le estaba afectando a él también.

Uno de sus dedos subió por el lateral de mi cuello, dibujando la línea hasta la base de mi oreja, y el simple contacto me puso la piel de gallina entera.

Sonrió contra mi boca cuando lo notó, como si acabara de descubrir la forma exacta de hacerme temblar.

—¿Esto fue un error? —pregunté.

—Lo fue —respondió al instante—. Y quiero cometer todos los errores contigo.

La forma en que dijo «contigo» hizo que el pasillo se sintiera aún más pequeño. Como si, de repente, nada importara salvo su mano en mi espalda y el sabor de su boca.

Cerré los ojos un segundo, intentando grabar cada detalle: su mano sujetándome como si no quisiera soltarme, el calor de su cuerpo pegado al mío, el silencio de toda la casa fuera de aquel pedacito de mundo donde, por primera vez en mucho tiempo, dejé de ser solo la niñera… y me convertí en la mujer a la que él quería besar hasta quedarse sin aliento.

Y, sobre todo, la sensación de que, después de ese beso, cualquier intento de volver a la zona segura iba a costar muchísimo más de lo que yo estaba preparada para pagar.

Capítulo 25

Emma Baker

El pasillo se volvió demasiado pequeño para los dos en cuestión de segundos.

El beso, que había empezado como una reclamación desesperada, dejó de ser solo una forma de demostrar algo para convertirse en un hambre incontrolable que ambos llevábamos negando desde hacía demasiado tiempo.

Liam separó la boca de la mía apenas lo suficiente para respirar, apoyó la frente contra la mía y mantuvo los ojos cerrados, como si intentara grabar ese instante en la memoria.

Su olor —una mezcla de perfume caro, el evento que habíamos dejado atrás y pura masculinidad— invadió mis sentidos y me mareó.

—No podemos hacer esto aquí —le advertí. —No en el pasillo. Alguien puede aparecer.

No respondió de inmediato; simplemente siguió besándome.

Sentí todo el cuerpo hormiguear. El deseo crecía en mi pecho y me cegaba la necesidad de continuar, pero tenía que ser en un lugar más seguro.

Liam me agarró de la mano con una urgencia cercana a la desesperación y me arrastró hacia la doble puerta al final del pasillo opuesto. Su dormitorio.

Entramos en el único lugar de la casa que yo no había pisado nunca.

Era una estancia amplia y sobria, con olor a madera y a su perfume, que ahora parecía impregnado en cada poro de mi cuerpo.

La única luz venía de la luna, colándose entre las cortinas.

Cerró la puerta de una patada y giró la llave.

Pero entonces se detuvo.

Liam dio un paso atrás, respirando con dificultad, los ojos grises recorriéndome en aquel vestido color vino que él mismo me había regalado. Parecía librar una guerra interna.

—Estamos rompiendo todas las reglas que establecí en el contrato. —Se acercó de nuevo, esta vez acorralándome contra la madera fría de la puerta cerrada.

Sentí una risa nerviosa burbujearme en la garganta.

Después de todo lo que habíamos vivido esa noche —la crisis de Lyra, el despido de Ashley, su defensa en el salón—, ¿todavía iba a sacar a relucir el contrato?

Levanté la barbilla, negándome a retroceder.

—¿Y qué piensa hacer al respecto, señor Crawford? —lo desafié, sintiendo el calor de su cuerpo irradiar hacia el mío, quemándome la piel incluso sin tocarme. —¿Despedirme o follarme contra esta puerta?

El silencio que siguió fue eléctrico.

Sonrió, una sonrisa cruel y hambrienta que me contrajo el vientre.

—Voy a hacer las dos cosas —gruñó, con la voz baja. —Pero, sobre todo, crear reglas y contratos mejores en el futuro.

Antes de que pudiera procesar la promesa, me atacó.

Su boca se apoderó de la mía con una violencia que me dejó sin aliento. Me sentí suya, poseída, y eso fue… inesperadamente bueno.

—Me aseguraré de que grites mi nombre tan alto que todo el vecindario sepa a quién perteneces.

Sus manos descendieron por mi espalda hasta encontrar la cremallera del vestido. El sonido del tejido abriéndose fue lo único que oí además de nuestras respiraciones desbocadas.

El vestido resbaló por mis hombros y cayó a mis pies. Me quedé ante él solo en ropa interior, temblando no de frío, sino de expectación.

Liam me miró como si yo fuera lo más valioso y peligroso que había visto jamás. Me guio hasta la cama y me tumbó sobre el colchón con una reverencia que contrastaba con la urgencia de sus manos arrancándose la camisa.

Los botones salieron volando por la habitación.

Cuando se inclinó sobre mí, piel contra piel, su peso fue el ancla que necesitaba.

—Soy mayor que tú, así que voy a enseñarte cómo se siente el placer.

Me sujetó la barbilla, el pulgar áspero trazando mi labio inferior e impidiéndome besarlo. Su mirada era intensa, llena de sombras.

Bajó la mano por mi abdomen y se coló dentro de mis braguitas. Sus dedos tocaron la parte más sensible de mi cuerpo como si supiera exactamente cómo hacerlo, dónde presionar y cómo estimular.

Abrí los ojos de par en par y sostuve su mirada, serena, mientras entreabría los labios y respiraba con dificultad a su ritmo.

—Si esto es un jueguecito y quieres echarte atrás, el momento es ahora.

—No estoy jugando —susurré, rozando mi boca con la suya, intentando demostrarle que estaba allí, entera para él.

—Entonces ten cuidado —gruñó, aumentando la intensidad de sus caricias. —Porque si empiezo esto, no tendré la decencia de parar cuando me lo pidas. Te arruinaré para cualquier otro hombre.

—¿Lo prometes? —lo provoqué.

Eso rompió el último hilo de autocontrol que le quedaba.

Liam bajó besos por mi cuello, mordiendo la piel sensible, marcando territorio. Mis manos se perdieron en su pelo, tirando de él para acercarlo más.

Se deshizo del resto de nuestra ropa con una prisa torpe que me pareció lo más sexy del mundo.

Siguió excitándome con una habilidad que hizo que me temblaran las piernas y se me nublara la vista. Todo mi cuerpo parecía arder bajo sus manos.

Cuando sintió que estaba húmeda y necesitándolo, Liam por fin se colocó entre mis piernas. Sentir su polla grande y gruesa presionando contra mi entrada me arrancó un jadeo.

—Mírame —ordenó, con la voz grave vibrándome junto al oído. —Ni se te ocurra cerrar los ojos. Quiero ver exactamente el momento en que te deshagas de placer.

—Liam… —gemí, clavándole las uñas en la espalda cuando entró en mí.

Entró poco a poco, llenándome con una lentitud tortuosa sin apartar los ojos de los míos. Luego empezó a moverse, y el ritmo no fue amable. Era la liberación de toda la tensión que habíamos acumulado durante semanas: las miradas robadas, las palabras no dichas, el deseo y la negación que habíamos sostenido tanto tiempo.

—Así, chica —me elogió contra la boca, mordisqueándome el labio inferior. —Así es como me gusta. Eres mía. Completamente mía.

Enrosqué las piernas en su cintura, atrayéndolo más adentro, queriendo fundir mi cuerpo con el suyo. Me sujetó las manos y las inmovilizó contra el colchón por encima de mi cabeza, dejándome completamente expuesta a su mirada.

Apartó el pelo de mi rostro; el sudor le cayó de la frente sobre la mía, y sus ojos grises recorrieron mi cara con una adoración que me dejó sin aliento.

—Eres tan pequeña, Emma… —murmuró, deslizando la mano grande por mi cintura hasta la cadera y afianzando el agarre para intensificar el roce. —Y aun así, has conseguido poner mi mundo patas arriba.

El placer fue creciendo; sentí una ola caliente que nacía en el vientre y se extendía por cada nervio. Liam parecía saber exactamente dónde tocar, cómo moverse, la intensidad justa para volverme loca de deseo.

Soltó mis manos y deslizó la suya hacia abajo, encontrando mi clítoris mientras seguía embistiéndome con fuerza.

Grité su nombre.

—Eso… —me animó, golpeando con más fuerza. —Córrete para mí, Emma.

No pude aguantarme.

Nunca imaginé que aquella sensación pudiera ser tan intensa y arrolladora, y menos con él follándome sin parar incluso después de mi orgasmo.

Sentí mi cuerpo palpitar a su alrededor, y eso fue justo lo que le faltaba a Liam para perder el resto del control. Aceleró, gruñendo, todo su cuerpo tenso como acero, hasta derramarse dentro de mí con un gemido ronco que parecía salirle del alma.

Nos quedamos allí, jadeantes, sudorosos, enredados en la cama deshecha.

Su corazón latía contra mi pecho como un tambor desacompasado.

Liam rodó hacia un lado y me atrajo de inmediato a sus brazos, pegando mi espalda a su pecho ancho. La habitación volvió a quedarse en silencio, pero ya no era un silencio solitario.

Besó mi hombro desnudo.

—Tenemos que cometer este error todos los días —dijo con firmeza, repitiendo lo que había dicho en el pasillo.

Sonreí en la oscuridad, sintiendo el peso de su brazo sobre mí.

—Estoy de acuerdo, ha sido… mágico.

Capítulo 26

Liam Crawford

Lo primero que noté al despertarme fue el peso ligero de Emma sobre mi clavícula.

Dormía atravesada, medio echada encima de mí, con la cara encajada en mi pecho como si ese lugar hubiera sido hecho para ella.

Aspiré el perfume de su pelo, dulce y reconfortante, y ajusté la sábana enrollada en su cintura para taparla un poco más. Me quedé en silencio, escuchando su respiración mezclada con la mía.

Emma murmuró algo, se dio la vuelta y abrió los ojos despacio.

—¿Qué hora es?

—Las seis y cuarenta y cinco —respondí.

Hizo una mueca.

—Me quedan cuarenta y cinco minutos hasta que Lyra se despierte —comentó. —Y tú tienes el mismo tiempo para fingir que no tienes una empresa de la que ocuparte.

Debería haber dicho algo ingenioso.

En vez de eso, me limité a verla levantarse, recoger el vestido del suelo y ponérselo.

—¿Te arrepientes? —preguntó, sin demasiada ceremonia.

—No —respondí, más rápido de lo que esperaba. —No habrá más arrepentimientos entre nosotros.

Me miró un segundo, como si recalibrara quién era yo.

—Entonces intentemos no destrozarlo todo antes del desayuno —murmuró, inclinándose para darme un beso rápido. —Voy a ver a Lyra.

Me quedé allí unos minutos después de que saliera, mirando al techo y sintiendo algo que casi no reconocí: esperanza. Pequeña, desconfiada, pero ahí estaba, después de tanto tiempo.

Fui a mi baño, me di una ducha larga y luego bajé a la cocina. Rosie ya estaba frente a los fogones, como si no hubiera dormido jamás.

—Buenos días, señor Crawford. El café ya está servido.

—Gracias —dije con sequedad mientras llenaba mi taza.

Durante esos pocos minutos que pasé allí, pensé cómo sería tener a Lyra y a Emma desayunando conmigo, hablando de lo que esperábamos del día y de lo que haría cada una…

Pero entendí que eso seguía siendo un sueño lejano. Terminé mi desayuno y me encerré en el despacho para trabajar, porque no estaba dispuesto a ir a la empresa.

Firmé informes, rechacé invitaciones, le dije al consejo que hablara conmigo por videollamada si era urgente e hice avanzar varios procesos.

En mitad de una reunión, oí un sonido a lo lejos. Risas bajitas, agua corriendo, la voz de Emma mezclada con la de Rosie. Lyra casi nunca se reía. Aquello fue… desarmante. Corté la llamada en cuanto pude y subí.

La puerta del baño de Lyra estaba entreabierta. El vapor salía en nubes suaves. Me detuve en el umbral, sin hacer ruido.

Emma estaba arrodillada junto a la bañera, con el pelo recogido en un moño torcido y el bajo del pantalón mojado. Lyra llevaba bañador, rodeada de juguetes de texturas, algunos botes de

plástico y el cubo apoyado en el borde, como si lo estuviera supervisando todo desde allí.

—Mira, la espuma es blanca… el agüita calentita es tan agradable… y huele a jabón de sandía, ¿te gusta, Lyra? —narraba Emma, con la voz baja, ese tono calmado que yo todavía estaba aprendiendo a imitar.

Lyra metió la mano en la espuma, la dejó caer, observando cómo cada burbuja se deslizaba por su piel. Su rostro parecía tranquilo. Yo no había visto ese nivel de paz en una bañera desde… nunca.

Rosie apoyó la cabeza en la puerta un segundo, me vio allí plantado y sonrió con esa complicidad irritante. Luego se apartó, dejándonos a solas.

Emma cogió el cubo y lo golpeó dos veces contra el borde de la bañera, despacio.

—Hoy el cubo también quiere bañarse.

Lyra recuperó el cubo, se lo apoyó en la mejilla y luego en los labios, como si probara la textura con la boca. El sonido que salió no fue un grito ni un ruido cualquiera. Fue algo distinto.

Un intento de palabra.

—Ma… —dijo, casi sin voz.

Se me puso el cuerpo entero rígido.

Emma se quedó congelada.

—Lyra… —susurró Emma, con los ojos ya brillándole. —¿Qué has dicho, cariño?

Parpadeé, intentando asimilar si aquello era real.

Ella nunca había hablado.

—Ma… —lo intentó otra vez, un poco más firme, y esta vez apoyó el cubo en el pecho de Emma.—Mamá.

Emma se llevó la mano a la boca, como si intentara contener su propia reacción. Una lágrima se le escapó antes de que pudiera limpiarla.

Me dio un vuelco la cabeza, como si me hubiera alcanzado un rayo.

Lo único que pude pensar fue en Helena.

En la oportunidad que nunca tuvo de coger a su hija en brazos, en esas pocas horas en las que las dos coexistieron. Helena enseñándome fotos de madres e hijas en las revistas del hospital, diciendo que harían lo mismo. Helena diciéndome que no le importaba la cicatriz del embarazo ni los cambios en su cuerpo, con tal de oír algún día a su hija llamarla mamá.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies.

Era como si la hubiera traicionado… y, de hecho, lo había hecho la noche anterior.

Para mí, aquello llegó como una puñalada.

Como si, al salir de la boca de Lyra, la palabra atravesara el tiempo y alcanzara el quirófano donde Helena había muerto.

Entré en el baño antes de pensarlo mejor.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñí.

Emma se giró rápido, secándose la cara con el dorso de la mano, intentando recomponer la expresión.

—Liam… —dijo, emocionada. —¡Lyra ha dicho sus primeras palabras! ¿No es maravilloso?

Lyra se giró hacia mí, pero en vez de apartarse, se aferró aún más a Emma, abrazándole la cintura por encima del borde, con el agua escurriéndole por los brazos. Sus ojos castaños fueron de mí a Emma y de vuelta, como si comparara las dos referencias.

—Mamá… —insistió, apoyando el cubo en la barriga de Emma.

Algo se me desgarró por dentro.

—No. —Negué con la cabeza. —No.

Emma abrió los ojos de par en par.

—Liam, tranquilo, ella solo está…

—Ella ya tiene madre —la corté, sintiendo la sangre arderme en las venas. —Y no eres tú.

El silencio que vino después fue asfixiante.

A Emma le costó un segundo reaccionar, como si mi tono hubiera llegado tarde al cerebro.

—Lo sé —dijo despacio. —Yo nunca quise…

—Entonces no confundas tu papel —avancé, incapaz de frenar. —Eres la cuidadora de mi hija, no su madre. Ni se te ocurra ocupar ese lugar.

Lyra percibió el cambio de tono.

Se encogió dentro del agua, apretando el cubo con fuerza. Emma, instintivamente, le puso la mano en la espalda, como si también quisiera protegerla de mí.

—Yo nunca he intentado ocupar ningún lugar —murmuró Emma, con la voz temblorosa. —Solo estaba feliz por que dijera sus primeras palabras… Es un avance enorme…

—¿Feliz? —Se me escapó una risa amarga. —¿Crees que voy a estar feliz viendo a mi hija llamar mamá a otra persona? ¿Estabas tú aquí hace seis años cuando la mujer que dio la vida por ella murió en una mesa de operaciones?

—No hagas esto —pidió, con la barbilla temblándole. —No me lo eches encima. No tuve la culpa de lo que le pasó a Helena. Tampoco tengo la culpa de estar aquí ahora.

—Sabías lo que estabas firmando cuando entraste en esta casa —repliqué, y cada palabra me salió como si fuera un

documento. —Sabías que serías niñera, cuidadora de Lyra, mi empleada. Pero parece que estaba todo planeado, ¿no? ¿Montaste todo esto para ocupar el lugar de mi esposa? Nunca pensé que fueras una aprovechada barata, Emma.

Emma me miró como si acabara de pegarle.

Lyra empezó a balancear el tronco hacia delante y hacia atrás, un movimiento corto y rápido que yo reconocía como el inicio de la espiral. Emma se agachó otra vez, acercando la cara a la suya.

—Lyra, está todo bien, cariño —intentó decir con calma, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿No vas a responder nada? ¿No vas a decirme la verdad?

—¿Qué verdad, Liam? —Emma se levantó, cansada. —Estoy aquí todas las mañanas, todas las noches, en cada crisis, en cada baño, en cada aprendizaje nuevo. Yo no pedí que me llamara mamá, Liam. Pero tampoco voy a fingir que no hago nada de lo que haría una madre.

Abrí la boca para responder, para decir cualquier cosa lo bastante cruel como para cerrar la discusión, pero me faltó el aire. Porque tenía razón.

Y eso lo empeoraba todo.

—Esta vez has sido tú quien ha roto mis reglas. ¡No tienes derecho a humillarme así! —dijo.

Vi el instante exacto en que algo dentro de ella se rompió.

No poco a poco. No de forma sutil. Se rompió de golpe.

Emma parpadeó despacio, como si se replegara dentro de su propio cuerpo. La mano en la espalda de Lyra se mantuvo firme, pero el resto de ella se encogió.

Cerró la ducha de mano, cogió la toalla y envolvió a Lyra con cuidado, como si yo no estuviera allí. Sacó a la niña de la bañera, la sentó en el taburete y le secó los pies, los brazos, el pelo.

Lyra no me miró en ningún momento.

Siguió pegada a Emma, con el cubo atrapado entre las dos.

Rosie apareció en la puerta, alarmada.

—¿Qué ha pasado? He oído gritos…

—Nada, tía Rosie —interrumpió Emma, sin levantar la voz. —El señor Crawford solo me estaba poniendo en mi sitio… enseñándome a cumplir mi papel.

Pasó a mi lado con Lyra envuelta en la toalla, el hombro rozándome el brazo. No me miró.

Y yo, por primera vez desde que Helena murió, tuve la sensación exacta de estar expulsando con mis propias manos a alguien importante de la vida de mi hija.

Me quedé solo en el baño, con el vapor empezando ya a disiparse.

Y, en ese instante, entendí con una claridad cruel que, al intentar defender la memoria de Helena, había condenado a mi hija a algo todavía peor: quedarse sin su madre… y sin Emma.

Capítulo 27

Emma Baker

Entregué mi carta de dimisión ese mismo día.

Era insostenible; ya no tenía fuerzas para quedarme en aquel lugar, por mucho que quisiera hacerlo por Lyra.

Esa noche dejé la maleta abierta en el suelo del cuarto y me quedé mirando al vacío, desorientada, intentando entender todo lo que había pasado.

No conseguí meter nada dentro, porque tenía la sensación de que cualquier prenda que colocara ahí convertiría todo en algo irreversible.

A la mañana siguiente sonó el despertador y, por primera vez desde que estaba en aquella casa, quise fingir que no lo había oído. Me enredé en el edredón y quise desaparecer hasta que el mundo dejara de girar tan rápido.

Lyra no sabía que ese era mi último día; para ella era solo otro martes cualquiera. Y yo le debía eso: no convertir aquel día en otra crisis…

Me levanté. Me duché. Me puse la sudadera vieja y el pantalón cómodo, como si fuera un día normal. Solo que la habitación no parecía normal. La maleta seguía en el mismo sitio, abierta como una boca hambrienta esperando a tragarse lo que quedaba de mi presencia en la mansión Crawford.

Caminé hasta el armario y lo abrí despacio.

Se escapó el olor del suavizante caro, mezclado con ese perfume de hotel de lujo que se había impregnado en algunas prendas y con el olor de él, que ahora parecía estar en todas partes.

Empecé a doblarlo todo y a encajarlo en las maletas, como había hecho antes de llegar.

Dejé el vestido que me habían regalado dentro del armario. No quería llevarme nada de aquel sitio conmigo. Solo los buenos recuerdos.

Cuando cogí la lencería que había usado aquella noche con Liam, me temblaron las manos. Respiré hondo, la doblé igual, sintiendo la suavidad del tejido contra la piel.

La tía Rosie apareció en la puerta sin llamar.

Me dedicó una sonrisa cálida y miró la habitación con nostalgia.

—¿Seguro que quieres irte? Él no te ha despedido…

—No me ha despedido, pero yo tengo principios. Y no voy a quedarme en un lugar donde me tratan así.

—Es un hombre mayor, gruñón y con un dolor que nunca cicatrizó, cariño —apretó los labios. —Estoy segura de que cuando se le pase la rabia…

—Será demasiado tarde, porque yo estaré muy lejos de aquí. Pero gracias por tus palabras, tía Rosie.

Sabía que si no me iba ese día, no me iría nunca.

Y estaría mandando el mensaje equivocado: que podía tratarme así y salir impune.

No. Ni hablar. Aquello lo cambiaba absolutamente todo.

—No voy a mentirte —dijo, con los ojos clavados en los míos. —A mí me duele. Me duele perderte aquí. Pero me duele más imaginarte quedándote en un lugar que te hace daño; tú eres de

otra generación, no entenderías algunas cosas… pero al menos lo intentaste.

Solté una risa corta y triste.

—Lo intenté demasiado, tía.

Terminé la maleta y organicé mis documentos y el neceser con productos de higiene.

Cuando arrastré la maleta hasta el pasillo, oí la voz de Lyra en la sala de juegos, ese sonido conocido, repetitivo, medio canto, medio ecolalia. Se me cerró tanto el nudo en la garganta que pensé que me iba a ahogar.

—¿Quieres que te baje las cosas? —preguntó Rosie, ya estirando la mano para agarrar la maleta.

—No te preocupes, tía, ya has hecho demasiado por mí. Déjame que este peso lo cargue yo sola —respondí, aferrando el asa con fuerza.

Bajamos juntas.

Dejé la maleta apoyada junto a la puerta y volví para despedirme de la pequeña.

Lyra estaba en la sala de juegos, sentada en la alfombra, balanceándose hacia delante y hacia atrás; parecía nerviosa.

—Eh, peque —forcé una sonrisa y me arrodillé frente a ella. —Hoy vamos a tener una rutina distinta, ¿vale?

Ella apoyó el cubo en mi rodilla, como hacía todos los días. El gesto fue simple, pero casi me desarmó.

—¿Te acuerdas de cuando llegué? —empecé, con la voz baja para que no se notara el temblor. —No querías saber nada de mí. Ni de actividades nuevas ni del mundo ahí fuera. Yo me senté aquí, en esta misma alfombra, y tardé un montón en convencerte de que no era una amenaza.

Miró fijamente mi mano.

—Y luego… poco a poco, fuiste dejándome participar en todo —continué. —Primero me ofreciste el cubo. Después me cogiste de la mano… Hasta que un día apoyaste tu frente en mí y supe que me habías hecho el regalo más grande de esta casa.

Empezaron a escocerme los ojos.

Giré un poco la cara, como si estuviera mirando cualquier punto de la pared, para poder seguir sin venirme abajo.

—Ahora viene otra parte difícil de la rutina —dije, respirando hondo. —Hoy es el día en que me voy de la casa. No de tu vida. Nunca de tu vida. —Tragué saliva. —Pero de la casa, sí. Un día, cuando seas mayor y quieras encontrarme, me hará muchísima ilusión ser tu amiga.

Rosie sorbió por la nariz en la puerta.

—Esto va a ser raro —le admití a la niña. —Va a ser feo al principio. Espero que me eches de menos: mi olor, mi voz pesada narrándolo todo para darte seguridad… Pero seguirás teniendo a papá, tendrás a Rosie, tendrás el cubo. Y… —pasé el dedo con suavidad por su mano—… tendrás a otra persona especial para cuidarte, ¿de acuerdo?

Lyra se balanceó con más fuerza.

Soltó un sonido bajo, casi un gruñido, y me tiró de la mano con fuerza, pegando sus dedos a los míos. No era habitual. Lyra no agarraba así. Se me partió el corazón en dos.

Sentí que el suelo temblaba bajo mí.

Por fuera tenía que mantenerme firme. Por dentro ya estaba de rodillas, suplicando que aquello no fuera real.

—Vamos a hacerlo así: yo me voy a levantar poco a poco. Y la tía Rosie se va a sentar en mi sitio. Tú vas a seguir jugando a encajar tus piezas geométricas y… ya está. Sigue siendo aplicada, inteligente, y no tengas miedo de probar tus límites para descubrir el mundo. El mundo es mágico —le acaricié el pelo y me levanté.

Lyra miró la mano de Rosie como si fuera una pieza nueva del juego, pero no la tocó. Soltó mi mano un centímetro y encogió los dedos.

Me quedé allí unos segundos más, dejando mi mano apoyada sobre las dos, formando un vínculo frágil entre nosotras tres.

Luego la fui retirando despacio hasta ponerme de pie y salir.

Cuando llegué al pasillo, ya no pude aguantar. Las lágrimas me salieron de golpe. Me las limpié con el dorso de la mano y respiré hondo, obligándome a mantenerme en pie aunque sintiera las piernas pesadas como plomo.

Antes de irme, me giré y miré por la puerta a Lyra, sentada de espaldas a mí.

—Te quiero, nunca voy a olvidarte —susurré.

Respiré hondo y seguí por el pasillo, bajé las escaleras, cogí la maleta y salí de la propiedad, esperando a Luna, que vendría a recogerme.

Tardó unos minutos en llegar. En cuanto paró delante de la mansión, bajó, me ayudó con la maleta y la colocó en el asiento de atrás.

—¿Estás segura? ¿No crees que puedes aguantar a ese monstrenco hasta que termine la Navidad? —me acarició el brazo.

—No. Es mejor que me vaya ahora, antes de que no me queden fuerzas.

Antes de entrar en el coche, miré hacia la mansión y vi, en la planta de arriba, que Liam Crawford me observaba desde la ventana de su despacho. Estaba austero, bien vestido e imponente, como siempre.

Hizo un breve gesto con la cabeza.

Y yo lo ignoré, me metí en el vehículo y me abroché el cinturón.

—Vamos. Cuanto antes salga de aquí, mejor me organizo. Ya soy lo bastante mayor como para saber que el mundo no va a pararse para que yo me lama las heridas. Tengo una madre de la que cuidar y pienso volver a la universidad, así que…

—¡Qué noticia tan buena! —Luna puso música animada en la radio.

—Sí. Mi estancia aquí no han sido solo problemas… también hubo cosas buenas.

—¡Y quiero saberlo todo! —dijo, entusiasmada.

—Créeme, amiga, lo mejor que puedo hacer es pasar página y seguir adelante. Pisa el acelerador y vámonos de aquí.

Salimos de la urbanización de lujo y el portón de hierro hizo un sonido seco al cerrarse detrás de nosotras.

Por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación extraña de que, en algún punto del camino, existía una versión de mí que sobreviviría a aquella partida.

Aunque ahora todo doliera como si hubiera dejado a mi familia atrás.

Capítulo 28

Emma Baker

El «mundo normal» ya no tenía nada de normal después de haber vivido en la mansión Crawford. Pero, en algún momento, tuve que fingir que sí.

Volver al piso de mi madre fue como entrar en un decorado que me sabía de memoria, pero llevando un cuerpo que ya no encajaba del todo allí.

Las paredes seguían en ese beige desconchado que absorbía la luz y parte de la humedad; el techo tenía manchas inexplicables que venían desde que llegamos, y la cocina todavía presumía de aquellos azulejos antiguos con dibujitos de flores que alguien, en algún punto olvidado de los ochenta, consideró bonitos.

La diferencia era cómo lo veía yo.

Y, sobre todo, cómo cargaba aquella maleta hacia dentro, como si llevara media vida pesándome en los brazos.

—Déjala en la habitación, no hace falta que tengas prisa por ordenar las cosas —sugirió mi madre.

Actuaba como si yo volviera de un intercambio cultural y no de un trabajo que me había devorado por dentro y me había escupido fuera.

En fin, estaba de vuelta…

Dormiría en el sofá, como siempre.

Y no tendría espacio, privacidad ni las comodidades de la mansión Crawford.

Miré por la ventana del cuarto, que daba al lateral del edificio de al lado, donde la vecina del 302 tendía la ropa interior sin la menor vergüenza.

Nada de vistas al lago, silencio u olor a madera pulida.

Solo el ruido del autobús pasando por la avenida de abajo y la tele de alguien puesta a un volumen indecente.

—Me voy a largar de aquí y voy a terminar la carrera —me repetí, como un mantra.

La primera noche me tumbé y el cuerpo protestó en el acto.

La cama de la mansión se había convertido en una referencia peligrosa de confort.

El sofá era duro y no había postura buena; todas molestaban. Me di vueltas de un lado a otro, intentando encontrar una forma de estar cómoda, pero a lo largo de la noche entendí que era menos un problema físico y más uno emocional.

Cada vez que cerraba los ojos, en lugar de dormirme veía tres escenas alternándose en un bucle torturante: Lyra de espaldas a mí en la sala de juegos; la tía Rosie a su lado, secándose las lágrimas; y Liam arriba, en su despacho, con esa expresión de quien había ganado la discusión.

—¿No puedes dormir? —preguntó mi madre, sentándose en la punta del sofá.

—No… no puedo dejar de pensar —mentí, girándome para mirarla en la penumbra.

Me acarició el tobillo como siempre, ese gesto que me anclaba desde la infancia.

—Somos pobres, Emma. El pobre no tiene derecho a sufrir por lo que piensa; solo tiene que vivir un día detrás de otro. Te lo garantizo, hija, te vas a acostumbrar —dijo, con la sabiduría de

quien ha tenido que empezar de cero mil veces. —Nos acostumbramos a todo, Emma. Incluso a lo que no deberíamos.

Suspiré, sintiendo el peso de aquellas palabras.

No discutí, porque sabía que tenía razón. Sobrevivir dependía de esa horrible capacidad de adaptarte a la falta de cosas.

*

Al día siguiente decidí que no podía quedarme quieta, y lo «normal» volvió a tener la cara ruidosa y colorida de un centro comercial. Intenté dejar mi currículum en el zoológico, pero ya no tenían vacantes, así que repartí currículums en todos los sitios que pudieran darme una ocupación rápida: animación infantil, monitora de ludoteca y, por supuesto, el regreso triunfal del disfraz de capibara.

Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de no tener tiempo para pensar, llegar a casa agotada y caer rendida.

Por suerte… o por desgracia, me encontré con el encargado del centro comercial frente al mar, y casi gritó de alegría cuando me vio.

—¡Emma! —me llamó, abriendo los brazos como si yo fuera una celebridad local. —Has vuelto, ¿eh? ¿Necesitas trabajo? Nadie anima a los niños como tú.

—Sí —respondí, forzando una sonrisa. —Si hay algo más silencioso o en lo que los niños no me estén tirando de un lado a otro, te lo agradezco. Mi cerebro todavía se está recuperando de un trauma acústico.

Se rió, creyendo que era una broma.

Al día siguiente me estaba metiendo la cabeza dentro de la enorme cabeza de peluche de la capibara navideña…, ahora

actualizada con un gorrito rojo. Y cascabeles que tenía que agitar al ritmo de «Jingle Bell Rock».

Para darme un poco de confort dentro del disfraz, me compré unos auriculares con buena cancelación de ruido… pero no encontré la forma de solucionar el calor.

La parte más divertida del trabajo, sin duda, eran los niños que llegaban, abrazaban, me daban palmadas en el culo de peluche y, a menudo, preguntaban si yo era un «castor gigante» o una cobaya.

Yo respondía con gestos exagerados, porque ahí dentro nadie oía mi voz.

Y, en medio de todo eso, era imposible no acordarme de Lyra.

De cómo me miraba desde detrás de sus orejeras, buscando seguridad. De los días en que yo me pasaba horas narrándole situaciones o el camino que íbamos haciendo, solo para darle un poco de previsibilidad.

Cuando se acababa el turno, me quitaba la cabeza del capibara, sudada y despeinada, y sentía una falta física del silencio de la mansión. Y, aún más ridículo de admitir, echaba de menos su presencia. Su olor. La forma en que me miraba.

No al jefe arrogante que me echó.

Sino al hombre que me encontraba en la cocina de madrugada, el que siempre se detenía un par de minutos en la puerta de la sala de juegos para observar a Lyra, y la manera en que me había defendido de Ashley…

La mejor parte de trabajar en el centro comercial, claro, era encontrarme con Luna.

Que iba vestida de Mamá Noel sexy.

—¿Los niños no preguntan qué fue a buscar Papá Noel con una Mamá Noel joven?

—El arte es un reflejo del mundo real, Emma. Todo viejo con yate va detrás de su jovencita, y yo soy la jovencita del viejo del trineo —Luna me apretó el hombro.

Me regaló una sonrisa de consuelo y me miró despacio.

—Echas de menos a Lyra, ¿verdad?

—Sí… mucho. Me recordaba toda la dulzura y la inocencia de mi hermanito.

—Lo sé. Casi ni me llamabas desde ese sitio, pero cuando lo hacías era Lyra por aquí… Lyra por allá… —se rió y me dio un golpecito en el brazo.

No tenía sentido mentir.

Me acordaba de Lyra todo el día, no solo cuando trabajaba en la mansión Crawford, también en el centro comercial: en la niña que se quedaba mucho rato mirando el árbol de Navidad, en el niño que necesitaba que le repitieran la misma historia trescientas veces para relajarse, en el regazo de Papá Noel…

—¿Y de él? —Luna se apretó los labios.

Hice una pausa dramática, intentando apartar el dolor del pecho y concentrarme en la verdad.

—También —dije, con la voz más baja de lo que quería. —Pero es distinto.

—¿Distinto cómo?

Respiré hondo, buscando las palabras para explicar un dolor que ni yo entendía bien.

—Le echo de menos, pero sé que él eligió el pasado —expliqué. —Eligió su dolor antes que a mí. Por más que yo crea que, en el fondo, siente algo por mí, no sabe lidiar con nadie ocupando un espacio real en su vida y en la de su hija. Cree que estoy intentando sustituir a su mujer…

Luna puso su mejor cara de funeral.

—Mi madre dice que amar es el momento en el que te sientes más fuerte, pero también más vulnerable —murmuró. —No hay amor sin bajar la guardia. No hay amor sin transformación… Hay que tener mucho valor para amar, porque es convivir con la incertidumbre…

Me apretó la mano y sonrió.

—Pero me alegra que hayas vivido esa experiencia.

—A mí también —admití.

—Antes de eso, estabas sufriendo por la muerte de tu hermanito… por haber dejado la carrera… y preguntándote si la vida era solo menear el culo de la capibara…

Nos reímos las dos.

—Hice todo lo que pude —se me quemaron los ojos y no aguanté el llanto. —¿Por qué no fue suficiente?

—Porque no dependía de ti, cariño —me rodeó con un abrazo por el hombro. —Fuiste valiente… abriste tu corazón. Él sabe que perdió a la mujer más increíble, más dulce y más amorosa del mundo.

Me quedé callada, digiriendo eso.

Un rato después añadió, en un tono más suave:

—Y él… si tiene que aprender, que aprenda allí. Sin usarte a ti como saco de boxeo emocional.

—Tienes razón.

—Dime una cosa… ¿crees que te arrepientes? —preguntó. —¿De haberte ido así?

Miré el ajetreo en la zona de empleados. Papá Noel fumaba como una chimenea, los elfos bebían cerveza a escondidas y el hombre que llevaba la otra capibara estaba echado una siesta encima de la cabeza de peluche.

—Me arrepiento de no haberme ido en el segundo en que me levantó la voz —admití. —Pero no me arrepiento de irme. Dolió de una manera que pensé que no aguantaría. Todavía duele, la verdad. Pero, si me hubiese quedado, habría dolido cada día. Y sé que habría aceptado que me trataran como basura, porque los amo a los dos.

—¿Amas a los dos? —alzó una ceja, escéptica.

—A ver… yo amaba su manera de ser… ya no se hacen hombres como Liam: protectores, rudos en su justa medida y…

—Un poco imbéciles y cero delicados con lo femenino.

Nos volvimos a reír.

—Pero él sigue atrapado en sus traumas y en el pasado. Me vio como una amenaza para la memoria de su esposa muerta, y lo único que yo hice fue intentar respetar la memoria de su exmujer. En fin… no se puede ser amada cuando eres una amenaza; solo puedes ser enemiga. Y yo no estoy dispuesta a ser enemiga de Liam.

Luna se quedó unos segundos en silencio, procesándolo.

—Eso pesa —comentó. —Pero es real. Y él fue un gilipollas.

—Lo fue. ¿Sabes qué es lo peor? —confesé, con el pecho apretado. —Sé que no es falta de sentimiento. Esa reacción seguramente es porque siente algo por mí. Se lo vi en los ojos antes de que la rabia se apoderara de él. Pero le da tanto miedo «sustituir» a Helena que prefiere quedarse solo antes que admitir que la vida sigue.

—Sí —asintió. —Pero tú vas a ser pedagoga, no terapeuta, ¿vale? Que busque ayuda psicológica. Y algún día ese idiota se dará cuenta de que tú eras la mujer que estaba ahí sosteniendo el castillo. Si no lo ve, todo ese dinero no vale para nada y el problema es completamente suyo.

Nos quedamos un rato en un silencio cómodo.

Hasta que nuestro jefe vino a gritar que teníamos cinco minutos para volver a la sesión decorada del centro comercial, porque había una cola kilométrica de niños queriendo hacerse fotos.

—Emma —me llamó, antes de salir por la puerta—, no te culpes por nada de esto. Aguantaste mientras pudiste. Llegó un momento en que, para seguir aguantando todo aquello, ibas a tener que soltar… y abandonarte a ti misma. Y entonces, amiga… entonces no hay sueldo de cinco mil dólares que pague el destrozo. Y no hay hombre que ame a una mujer que se abandona.

Esa frase me dio de lleno.

De una forma buena y horrible al mismo tiempo.

—Tienes razón. Pero no consigo quitarme la culpa, sobre todo por haber dejado a Lyra…

—La culpa no es tuya, es de él —dijo con firmeza. —¿Y cuáles son tus planes a partir de ahora?

—Aparte de recoger niños llorando en el centro comercial vestida de roedor gigante —pregunté, con buen humor.

Luna parpadeó.

—No lo sé —respondí. —Pensar. Volver a la universidad y terminar los estudios. Ver si consigo un trabajo donde mi función sea solo cuidar y no llenar el vacío existencial de una familia entera.

—¿Y en el amor?

Me reí, negando con la cabeza.

—Voy a darle un descanso al amor. Creo que… no es para mí.

—Vas a encontrar a la persona adecuada, estoy segura.

—¿Y tú persona adecuada, Luna? —intenté desviar el tema.

—¿Hombres a punto de morirse y con una fortuna gigante para dejar, sin ningún pariente vivo que me moleste? —se llevó una

mano al pecho. —Todavía no he encontrado. Pero si lo encuentras, echa la red de mamá, que la pesca.

La nostalgia de Lyra me golpeó fuerte en ese momento. Me dolía en el brazo donde apoyaba la frente. Me dolía en la mano con la que golpeaba el cubo conmigo…

La nostalgia de Liam vino detrás. Menor, más rabiosa y llena de rencor.

No sabía cuándo dejaría de doler. Ni si algún día nos encontraríamos por casualidad y actuaríamos como dos desconocidos civilizados. No sabía si él cambiaría, si se daría cuenta del error o si se encerraría aún más en su torre de marfil.

Lo único que sabía era esto: por primera vez en mucho tiempo, había vuelto a un lugar donde todo era pequeño, imperfecto y difícil. Pero la única persona que decidía si me quedaba allí o no, y cómo iba a ser tratada, era yo.

Y, después de haber pasado meses en una casa donde cada movimiento mío era como caminar sobre cáscaras de huevo bajo la mirada juzgadora de un hombre asustado, esa libertad —por simple y dolorosa que fuese— ya era un comienzo.

Volvimos a nuestro trabajo con buen humor.

Hasta que mi jefe me gritó al oído:

—¡Ponte la cabeza de la capibara! ¿Quién te crees que eres? ¿Quieres cargarte la magia de la Navidad? ¿Eres incompetente? ¿No sabes hacer lo básico?

Y allá vamos otra vez…

Capítulo 29

Liam Crawford

El mundo ahí fuera decidió que estaba viviendo la mejor etapa de mi vida justo cuando, dentro de casa, todo empezó a venirse abajo.

Al día siguiente de que Emma se marchara, los informes llegaban a mi mesa con el mismo tipo de frase eufórica:

«Récord histórico de ventas.»

«La línea sensorial agotada en todos los estados.»

«Demanda internacional por encima de lo previsto.»

Mis fotos con Emma y Lyra para la campaña de Navidad estaban circulando por todo el mundo y cambiaron por completo la imagen que la gente tenía de mí.

¿El resultado? Lista de espera, solicitudes de exportación, invitaciones para dar charlas sobre inclusión e innovación.

Los números subían en una línea vertical agresiva.

Las acciones de la empresa se disparaban.

Los titulares, en todas partes, decían: «CEO visionario», «Padre de una niña autista transforma el dolor en un producto revolucionario» … y nadie se acordaba ya de lo cruel y arrogante que había sido cuando destrocé a médicos y familias enteras por la muerte de Helena.

Nadie preguntaba tampoco cómo estaba la niña autista.

Y nadie sabía que la mujer responsable de todo aquello se había ido, expulsada por mi propia estupidez, crueldad y arrogancia.

Sin ella, la casa perdió cualquier cosa que pudiera llamarse eje.

Lyra tenía crisis de llanto y nada lograba calmarla.

El primer día, deambuló por la mansión como si hubiera olvidado dónde estaba cada cosa, o como si las paredes hubieran cambiado de sitio durante la noche.

Entró en la sala de juguetes, cogió su cubo favorito, miró a su alrededor y se quedó quieta, esperando.

Parecía esperar que una voz surgiera de la nada, narrándole el camino, describiéndole el entorno, traduciendo el mundo caótico a un idioma que ella pudiera entender.

Pero la voz no llegó. Mucho menos ella.

El silencio llenó toda la casa. Y era ensordecedor.

La nueva cuidadora llegó esa misma noche, recomendada por un alto cargo del consejo de la empresa.

Duró hasta el día siguiente.

No solo invadió el espacio personal de mi hija: le sacó varias fotos y las envió a la empresa, que después intentó presionarme para usarlas y exprimir aún más nuestra campaña de Navidad.

No importaba a quién metiera en casa…

Ninguna era Emma.

Y la culpa de eso era exclusivamente mía.

Fui a la sala de juguetes, ignorando el caos que se me estaba desmoronando en la vida, y me arrodillé frente a Lyra mientras la veía quedarse inmóvil, sin interactuar con su juguete de encajar favorito.

Cogí el cubo. Lo golpeé dos veces contra el suelo para llamar su atención.

La voz de Emma resonó dentro de mi cabeza, nítida, como si estuviera allí:

«Respira. Estoy aquí. Solo tú, yo y el cubo.»

Pero quien lo dijo fue mi voz, ronca y quebrada.

—Estoy aquí, hija —murmuré, intentando imitar la calma que Emma exhalaba—. Tú, yo y el cubo. Nadie más.

Poco a poco, se fue tranquilizando.

Pero vi, con una claridad que me rasgó por dentro, que algo estaba peor. Tardaba mucho más en salir de las crisis.

Gastaba el triple de energía.

Y después quedaba más frágil, como si el esfuerzo de autorregularse sin el ancla de ella la dejara exhausta.

Mi hija estaba retrocediendo.

El apetito cayó en picado, aumentaron esas miradas fijas al vacío. Empezó a rechazar comidas que antes aceptaba sin problema.

Incluso la rutina —que antes era nuestra mayor aliada— se convirtió en un campo minado.

Cualquier cambio milimétrico —una cuchara en el lugar equivocado, un juego nuevo en la estantería, un olor distinto— podía ser el detonante de un colapso de horas… a veces de un día entero.

Rosie se movía por la casa con el peso de dos personas sobre los hombros y unas ojeras profundas.

Y yo intentaba encargarme de lo demás. Y fracasaba miserablemente.

Me levantaba más temprano para revisar horarios de medicación, preparaba el desayuno intentando seguir el orden

exacto que seguía Emma, intentaba narrar el camino hasta la sala de juguetes como la recordaba a ella haciéndolo.

«Ahora vamos al salón… el suelo está frío…»

Pero la frase se me moría a mitad.

Mi tono no era el suyo. No tenía esa dulzura, esa promesa implícita de seguridad. Y Lyra lo notaba. Sabía la diferencia.

En la oficina, intentaba mantener la agenda de la empresa funcionando como un reloj suizo para disfrazar el caos de mi vida personal.

Cancelaba reuniones presenciales, hacía más videollamadas, me escondía tras la pantalla e ignoraba al consejo, que quería invadir todavía más mi vida privada para sacar más tajada.

Estaba agotado de dar entrevistas y hablar de inclusión y accesibilidad mientras mi hija estaba en el piso de arriba, rechazando la comida por tercera vez esa semana.

Sabía que, mientras un periodista escribía que «la línea sensorial fue desarrollada con amor en casa», esa casa ya no tenía a la persona que nos había enseñado lo que era el amor de verdad.

La cuarta noche sin Emma, la situación llegó a un punto ridículo de desesperación.

Estaba en mi despacho de casa, con una presentación abierta en el portátil. El gráfico de ventas de la nueva línea subía en una diagonal perfecta, verde y brillante.

Al mismo tiempo, por el pasillo, se oía el sonido insistente y rítmico de golpes contra una puerta de madera.

Había vuelto a hacerlo.

Se quedaba de pie, apoyaba la frente en la madera y se daba cabezazos contra la puerta, una y otra vez.

Y era justamente la puerta del cuarto de Emma.

Cerré el portátil de un golpe y salí del despacho.

Allí estaba. La frente roja de tanto insistir en el mismo punto. El cubo tirado en el suelo. Los dedos rascando la puerta en una súplica muda que nadie conseguía responder.

—No hagas eso, hija —me arrodillé a su lado e intenté abrazarla, pero me rechazó al instante, empujándome—. Cariño, por favor, no hagas eso. Emma no va a abrir la puerta…

No me miró. Siguió con el movimiento, atrapada en ese bucle de esperanza y frustración.

Una parte de mí quiso tumbarse en el suelo a su lado y golpearse la frente contra la puerta también, suplicando que Emma volviera.

Rosie apareció detrás de mí, con ojeras hondas y la expresión cansada.

—No puedo más, señor Crawford —admitió, con la voz baja y derrotada—. Ya no soy joven como antes, me duelen las rodillas y estoy llegando al límite. Sigo aquí porque os quiero. Pero esto es insostenible.

Y lo peor era que tenía razón.

*

Al día siguiente, fui a la empresa.

Necesitaba salir de aquel ambiente asfixiante, necesitaba fingir que tenía control sobre algo en mi vida.

La reunión con el consejo empezó con un entusiasmo que me daba náuseas.

—Tenemos lista de espera en tres países —decía el director de marketing, mostrando gráficos de colores en la pantalla—. La

campaña de la «Familia de Navidad» y la nueva línea de juguetes sensoriales nacieron en el momento perfecto. El público está hambriento de marcas que «entienden», que se preocupan. La narrativa de tu familia perfecta es oro, Liam.

Oí las palabras «familia perfecta» y se me subió a la boca el sabor amargo de la bilis.

—Genial —respondí, sin emoción—. Entonces vamos a usar el dinero de ese «oro» para duplicar las inversiones en instituciones benéficas por todo el país. Eso va a generar un marketing brutal para la empresa, ¿no? Quiero más profesionales, más salas de atención, más juguetes distribuidos sin coste.

—Ya aumentamos un cinco por ciento —objetó un consejero, frunciendo el ceño—. No se puede simplemente…

—Duplica. No, triplica —repetí, golpeando la mesa con la mano—. Y esto no es una sugerencia. Es una decisión.

Se miraron entre ellos, incómodos con mi agresividad repentina.

Yo seguía sintiendo la rabia hervirme por dentro.

—Os encanta contar que las fotos y la nueva línea sensorial nacieron en mi casa, ¿verdad? Mi familia. Que fue «inspirada en la realidad». Pues bien. La realidad es que mi puta vida está vacía, sin sentido y sin propósito desde que ella se fue.

Ni siquiera me quedaban fuerzas para pronunciar su nombre sin sentir que me rompía.

Respiré hondo, mirando a cada uno de ellos.

—La realidad es que, mientras vosotros descorcháis champán y celebráis el récord de beneficios, mi hija se está golpeando la cabeza contra la pared del cuarto porque echa de menos a la única persona que la entendía. Así que, ya que vais a usar mi vida en una presentación de PowerPoint, al menos ayudad a arreglar algo de verdad en el mundo real.

El silencio en la sala fue absoluto.

Alguien tosió.

El consejero más mayor carraspeó, se ajustó la corbata.

—Veo que hoy estás más… emocional con este tema, Liam —dijo, con ese tono condescendiente que yo detestaba—. Pero no podemos mezclar asuntos personales con decisiones estratégicas…

Me reí, seco, y me levanté.

—Ese es el problema, ¿no? Pasé años mezclándolo todo. Usé la empresa para esconderme de la vida. Usé el dolor de mi duelo para fabricar y vender resiliencia y juguetes. Ahora el suelo se está resquebrajando por los dos lados, y vosotros no queréis que mezcle las cosas, ni que me ponga emocional…

Nadie contestó.

Salí de la sala de reuniones dejando un vacío detrás de mí.

Cuando llegué a mi despacho, antes de cerrar la puerta, Elliot entró detrás.

—Vas tan simpático que el consejo echa de menos al Liam pre-Emma —comentó, con una sonrisa preocupada—. ¿Sabes cuál? El robot funcional que solo hablaba de margen de beneficio y no tenía reparos en usar y abusar de la gente.

Cerré el portátil sobre la mesa y me aflojé la corbata, que parecía estrangularme.

—No tengo paciencia para bromas hoy, Elliot.

—Perfecto, porque no es una broma —replicó, acercándose—. Están realmente asustados. El tipo más capitalista, el que nunca tuvo problema en decir que la Navidad es una mierda y solo sirve para lucrarse, vender y expandir el imperio… ahora ordena duplicar donaciones, habla de la cuidadora de su hija con sentimentalismo y encima explota en una reunión. Dicen que estás «inestable».

—Lo estoy —admití, dejándome caer en la silla—. Estoy inestable porque perdí mi punto de equilibrio. No… no la perdí. La hice irse.

Se enderezó, serio.

—Entonces hablemos de eso —dijo—. De Emma. Y del motivo real por el que te comportaste como un idiota con ella.

Respiré hondo, pasándome una mano por la cara.

—No necesito ningún sermón, Elliot. Se fue porque soy un cobarde —solté, y la confesión me salió dolorosa—. Porque cuando Lyra la llamó «mamá», yo no vi amor. Vi traición. Vi a Helena borrándose, siendo sustituida, como si nunca hubiera existido. Y, en vez de dar gracias porque mi hija había encontrado una voz, ataqué a la mujer que le dio esa voz.

Elliot me miró con compasión, pero sin lástima.

—Cambiaste la única cosa buena que te ha pasado en años por tu orgullo y por tu duelo predilecto —resumió—. Te creíste con derecho a controlar a quién ama Lyra. Y lo aprendiste de la peor forma: el amor no obedece jerarquías corporativas. Ni siquiera puedes controlar a quién amas tú. Estás actuando como un adolescente porque la quieres tanto que duele, y te ha hecho perder el rumbo, el suelo, el sentido.

Sus palabras me entraron como un puñetazo en el estómago.

Y era todo verdad.

—Los gráficos son increíbles, la empresa nunca ha ganado tanto… con ese dinero podríamos cambiar la vida de miles de personas…

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué no soy feliz?

Se acercó a la mesa.

—Porque te escondiste detrás de tu miedo y renegaste de la felicidad de verdad. Encontraste a alguien especial, casi un imposible: una mujer capaz de doblarte el corazón, el ego, el orgullo. ¡Eso es magia de Navidad!

—¡Que le den a la Navidad! ¡Me lo quitó todo!

—Entonces sé el Liam que conozco y recupera lo que es tuyo. Enséñale a la puta Navidad quién manda. Trágate el orgullo: no te va a dar calor la noche del 24 de diciembre.

Me quedé en silencio, rumiando aquellas palabras.

—Esta vez no vas a poder arreglar tus problemas con dinero.

Miré por el ventanal. La ciudad parecía diminuta allá abajo.

—No lo sé —admití.

—¿Entonces prefieres quedarte mirando el agujero que te dejó en el corazón? ¿Con miedo a cómo pueden ser las cosas si Emma se convierte en la madre de Lyra? ¿Si se convierte en tu mujer, de verdad, y tiene poder, voz y un lugar que no siempre van a encajar con lo que tú quieres?

No dije nada.

Él siguió, implacable:

—Dios nos hizo dos para que tuviéramos dos cerebros, uno pensando de una manera, otro de otra; cuatro ojos, uno para ver desde un ángulo y otro desde otro… pero sobre todo, dos corazones, para que cuando uno se olvidara de cómo amar, el otro encendiera la llama. Tu llama se apagó, Liam. Y ella te devolvió todo el calor, todo el fuego, todo el amor de tu vida. ¿Y la vas a dejar ir sin luchar por ella?

Por muy duras que fueran sus palabras, asentí.

—¿O vas a repetir esta Navidad el resto de tu vida? ¿Con juguetes nuevos, líneas nuevas, marketing nuevo y récords nuevos?

¿Y un sitio vacío en la mesa que no va a llenarse con ningún premio de «empresario del año»?

Golpeó la mesa con el puño, igual que hacía yo.

—No lo habría dicho mejor —respiré hondo.

—¡Porque es exactamente eso lo que tu corazón está intentando decirte y tu mente cabezota no le deja! Soy tu abogado, conozco tus esqueletos en el armario, tus mierdas, todo lo que has hecho. Y sé que, cuando sea demasiado tarde, vas a repetir estas mismas palabras en bucle, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque llevas en ese bucle desde la muerte de Helena. ¡Y esa chica… esa chica es lo más increíble, mágico y divino que te ha pasado!

—Vale —solté una risa nerviosa—. Yo no diría esas cosas.

—¡Claro que las dirías! —me miró, furioso.

Vale. Sí que las diría.

Pero no se lo admitiría a él.

—Te estás haciendo viejo, terco y gruñón. Y eso es fácil de aguantar. ¿Pero sabes qué es lo difícil de aguantar?

—Perder al amor de tu vida —me humedecí los labios.

Señaló con el índice hacia mí, como si por fin estuviéramos en sintonía… no él y yo, sino mi corazón y mi cabeza.

—Ahora haz tu magia de Navidad.

Dio un portazo al salir.

Me quedé solo en el despacho presidencial, pensando que, ahí fuera, la empresa estaba en su mejor momento. En casa, mi hija retrocedía. Y dentro de mí, la sensación era de muerte… hasta llegar a esas conclusiones.

Por primera vez, miré de frente la posibilidad que había evitado desde que vi a Emma marcharse de mi vida: la Navidad no existía solo para expandir mi fortuna, si no había un propósito para seguir vivo.

Y quizá, si quería algo más que una biografía bonita para que la leyeran en un discurso póstumo, tenía que hacer algo que jamás había hecho: correr detrás de alguien sabiendo que podía escuchar un «no». Y sabiendo que me merecía ese «no».

Pero tenía que intentarlo.

No por mi empresa. Ni por mi hija.

Sino porque, sin Emma, mi vida ya no tenía sentido.

Capítulo 30

Emma Baker

Si alguien me hubiera dicho que pasaría mi sábado por la tarde viendo cómo mi propia vida se convertía en tema de un programa de cotilleo mientras sudaba dentro de un disfraz de roedor gigante, me habría reído. De los nervios.

Pero era exactamente lo que estaba pasando.

Era sábado, el día oficial del caos en el comercio.

El centro comercial parecía un hormiguero humano, con gente chocándose, bolsas golpeando contra las piernas y un nivel de ruido capaz de poner a prueba la cordura de cualquiera.

Ya me había hecho fotos con unas cien criaturas, había abrazado a otras cincuenta, me había llevado quince patadas accidentales en la espinilla y había oído la misma pregunta un millón de veces:

—¿Eres un castor?

Por dentro, respondía con paciencia: «No, soy una futura pedagoga que ama lo que hace, pero tiene que pagar el alquiler… vestida de capibara».

Por fuera, saludaba con la pata gigante y hacía un pulgar arriba de peluche, moviendo la cabeza enorme para no asfixiarme ahí dentro.

Dentro del disfraz, el mundo se volvía sordo.

El sonido llegaba mezclado: llanto de bebé, anuncio de oferta relámpago, la banda sonora navideña repetitiva que parecía una

tortura psicológica programada. El olor era una mezcla de palomitas dulces, perfume barato y mi propio cansancio.

La única ventaja era el anonimato.

Podía tener los ojos llenos de lágrimas por echar de menos a Lyra, y nadie lo vería. Ahí dentro, yo solo era «la capibara». Nadie le exige una sonrisa a quien no tiene rostro.

Hacia las cinco, el encargado avisó por radio, con esa voz de quien odia la Navidad tanto como Liam solía odiarla:

—Equipo de Navidad, pausa de veinte minutos. Aprovechad el descanso: en una hora el flujo se va a triplicar.

Le hice un saludito delicado a la última niña de la fila —una chiquilla tímida que durante un segundo me recordó a Lyra— y salí por el pasillo de servicio hasta la zona de restauración.

Encontré a Luna en una mesa de una esquina, nuestra base de operaciones.

Iba vestida de Mamá Noel sexy, con medias rojas, botas negras y cara de estar lista para pelearse con el primero que mirara demasiado su escote.

Me quité la cabeza del disfraz y la dejé con cuidado en la silla vacía. El aire acondicionado del centro comercial me dio de lleno en la cara sudada y cerré los ojos un instante, agradecida.

—Pareces un animal atropellado —comentó Luna, empujándome una botella de agua helada.

—Y me siento como uno —murmuré, bebiendo despacio—. Hoy está siendo duro. Y como una criatura más me tire de la cola del disfraz, te juro por Dios… que voy a llorar.

Luna contuvo la carcajada y se tapó la boca.

—Tía, ha sido buenísimo verte caer sentada. ¿Te dolió?

—La cadera no se me desintegró porque este disfraz está bien acolchado.

—Qué delicia. Debe dar un calorcito precioso, con este clima tan agradable de Miami Beach…

—Ajá… —asentí.

Apoyé la barbilla en la mano, sintiendo el peso del traje sobre los hombros. Y fue entonces cuando mis ojos, casi por instinto, se fueron a la tele colgada en el centro de la zona.

Estaban poniendo uno de esos programas de resumen de fin de año. No estaba prestando atención hasta que vi una imagen conocida.

Tan conocida que el corazón se me saltó un latido.

Lyra Crawford.

No era una imagen nueva. La reconocí al instante: era una grabación del día del evento benéfico, aquel en el que tuvo la crisis en el aparcamiento. Pero la edición había cortado la parte del llanto. Solo se veía a ella sentada en la alfombra, con el cubo en la mano, y esa luz dorada del árbol al fondo. Y yo, borrosa, justo detrás.

El rótulo brillaba en letras enormes: «LA NIÑA Y LA MUJER QUE ENSEÑARON AL BILLONARIO A AMAR».

—Luna… —la llamé, con la voz fallándome.

Ella giró la cabeza.

La presentadora hablaba de cómo Crawford Toys se había reinventado, de cómo la «historia de superación» de la familia Crawford era el cuento de hadas del año.

—Están usando un vídeo de un acto benéfico al que fui —murmuré, con el pecho apretado—. Liam prometió que protegería su privacidad. Pero la tele… lo repiten como si fuera una telenovela.

En la mesa de al lado, una pareja comía bocadillos mirando la pantalla.

—Pobrecita esa niña —comentó la mujer, lo bastante alto como para que yo la oyera—. Pero debe ser tan difícil para un

hombre como él, ¿no? Tan poderoso… tener que lidiar con una niña… así.

—Es una carga. Si yo fuera padre, yo qué sé… —asintió el hombre, negando con la cabeza—. Dicen que los autistas viven en su mundo. El padre se dejará una fortuna y ni recibe un «gracias».

Me encogí en la silla. Esas palabras dolían más que cualquier insulto directo a mí. ¿Oír que una niña como Lyra era una «carga»? ¿Que vivía «en su mundo»? Qué barbaridad.

No tenían ni idea de lo especial que era, de sus propias luchas, como las tenemos todos. No sabían que para ella era una victoria del día encajar la pieza correcta en su caja de juguetes. No sabían que el contacto era un desafío y, aun así, su manita caliente y firme me había agarrado la mía algunas veces. No sabían que era la persona más presente y más auténtica que yo había conocido.

Incapaz de engañar, de mentir, de fingir cualquier cosa.

—Idiotas —silbó Luna, fulminando a la pareja con la mirada—. No tienen ni idea.

—Déjalo, Luna —pedí, sujetándole el brazo—. Solo repiten lo que vende la prensa: que ella es un problema que hay que arreglar, y que Liam es un santo por aguantar.

—¡Pero no es justo, Emma! —replicó, indignada—. Tú estabas allí. Tú sabes quién sostenía todo de verdad.

—Lo sé —susurré—. Y Liam lo sabe. Y con eso basta.

Intenté apartar la vista de la tele, donde ahora aparecía una foto de Lyra concentrada en las luces navideñas mientras Liam me sujetaba por la cintura y yo lo miraba como si fuéramos la pareja del año.

—¿Cómo se atreve a seguir sacando fotos contigo? ¿Qué quiere ese imbécil? —gruñó Luna.

—Aquel de allí… sentado enfrente del restaurante japonés… traje gris…

Luna miró en esa dirección.

—¿Qué pasa?

En una mesa apartada, tecleando en el móvil con una expresión de aburrimiento absoluto, estaba un hombre que parecía recortado de una revista de negocios y pegado allí, en mitad de la zona de restauración ruidosa.

Elliot.

El abogado. El brazo derecho. El hombre que lo veía todo, lo sabía todo y lo arreglaba todo para Liam.

—Es el abogado del señor Crawford —confirmé, con un escalofrío recorriéndome la nuca—. ¿Qué hace aquí?

—No lo sé. Pero lo vamos a averiguar —Luna se levantó y me señaló—. Coge tu peluca.

—¿Peluca? ¿Qué peluca?

—Peluche. La cabeza de peluche. Perdón, me he puesto nerviosa —se rió.

Elliot dio un sorbo a su expreso, hizo una mueca de desaprobación al vaso de cartón y volvió a teclear. Representaba todo lo que me había hecho daño aquella última semana en la mansión: la frialdad, la burocracia, la idea de que los sentimientos podían negociarse.

—¿Y si está aquí por trabajo? —intenté agarrarla del brazo, pero ella ya estaba más ocupada intentando encajarme la cabeza de peluche mientras caminaba.

—Perfecto. ¡Pues le vamos a dar trabajo!

—Luna, no…

—Alguien tiene que poner a esa gente engominada en su sitio. Y como tú eres dulce como un sueño para mandarlos al infierno, haré yo los honores.

—¡Luna! —la llamé, pero ya era tarde.

Marchó directa hacia su mesa. La capa roja de Mamá Noel se le balanceaba detrás mientras avanzaba contoneándose por la zona.

Elliot ni vio llegar el huracán.

Luna se plantó delante de su mesa y le dio un golpe con la mano en la superficie.

—¡Eh! ¡Traje de un millón de dólares!

Elliot alzó la vista, despacio. Miró a Luna —el conjunto sexy de Mamá Noel— y no pareció intimidado. Pareció… curioso.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó, con esa calma irritante de abogado.

—Tú eres el abogado de Crawford, ¿no? —Luna cruzó los brazos.

Elliot arqueó una ceja.

Dejó el móvil a un lado y se recostó en la silla, analizándola como si fuera un caso interesante.

—Sí, soy su abogado. Y usted sería… ¿la delegada sindical del Polo Norte?

—Escucha, graciosillo: no te metas conmigo o te pego un pechazo —le apuntó con el índice.

—¿Un pechazo? ¿Eso qué es?

Luna bajó la vista hacia sus propios pechos y luego lo miró a él, furiosa.

—Te voy a estampar las tetas en la cara hasta que se me salga la silicona o se te tuerza la cara, lo que llegue antes.

—Amiga, estás fatal… tú ni tienes silicona —tiré de ella para sacarla de allí, pero Luna no se movió.

—Yo soy la abogada de mi mejor amiga, la mujer a la que tratasteis como basura —escupió, señalándole la cara y luego la televisión—. La que cuidó de la hija de tu jefe mientras él estaba demasiado ocupado dándose pena. ¡La que estáis usando y explotando en la tele sin pagarle ni un céntimo!

—En realidad, sí se pagó una cantidad —Elliot cruzó las piernas y esbozó una sonrisa ladeada.

—Luna, por favor… —pedí, sujetándole el brazo—. Vámonos.

Elliot desvió la mirada hacia mí.

Vio el cuerpo de peluche marrón. Vio la cabeza gigante de capibara. Y frunció el ceño.

En ese momento, su máscara de frialdad se resquebrajó.

Pareció genuinamente sorprendido.

—¿Emma?

—Hola, Elliot —respondí, bajito, sintiendo que se me encendían las mejillas.

—Sí, Emma —Luna insistió, colocándose delante de mí como un escudo—. Y está aquí, trabajando honradamente, sudando dentro de este traje ridículo, mientras vosotros seguís ganando dinero con su imagen y con la de esa niña tan dulce en la tele —señaló la pantalla—. ¿No os da vergüenza?

Elliot miró la tele, donde seguían repitiendo el reportaje. Luego miró a Luna y una sonrisa torcida, casi imperceptible, le apareció en la comisura.

—Eres brava y violenta —comentó, mirándola a los ojos—. Me gusta.

Luna parpadeó, pillada por sorpresa, pero no retrocedió.

—No intentes ligar para cambiar de tema, engominado. Tu jefe es un imbécil. Un cobarde. Y tú eres cómplice.

Elliot suspiró. Se levantó, ajustándose la americana. De pie era más alto de lo que parecía sentado: rozaba los dos metros. Nosotras dos estaríamos sobre el metro sesenta.

—Mi jefe… —empezó, mirándome con una seriedad nueva— es un hombre que cometió errores estúpidos, sí. Pero ese anuncio se hizo con tu permiso, ¿verdad, Emma?

—Sí, pero…

Él ignoró a Luna un instante y me habló directamente a mí.

—Es solo la reposición de un anuncio antiguo. Liam prohibió cualquier nueva grabación. Creó un instituto separado para la línea sensorial, para desvincular la imagen de Lyra de los beneficios. Y despidió al equipo de marketing que sugirió aquel contrato absurdo. Ese anuncio ni siquiera se emitía aquí: estaba dirigido a países de Europa y Japón.

Me quedé quieta, asimilando cada palabra.

—Entonces, ¿por qué lo están poniendo aquí ahora?

—Para ver si atrae un poco de magia navideña… o tu furia… y vienes a pedirle explicaciones.

Sentí un nudo en la garganta.

—Eso no borra lo que dijo —murmuré.

—No lo borra —asintió Elliot—. Pero te está buscando como un loco por toda la ciudad. Y… bueno… yo te he encontrado —me señaló.

Luna resopló, aún desconfiada, pero con la postura un poco menos agresiva.

—Dile a tu cliente que se mantenga lejos de ella. Nadie se merece que le toque un monstruo navideño —gruñó.

Elliot volvió a mirarla. El brillo de desafío en sus ojos se intensificó.

—Si conocieras a Liam Crawford, sabrías que cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien se lo saque. Y… no consigue sacarse a tu amiga de la cabeza —guardó el móvil en el bolsillo—. Y, por cierto, no estaba intentando ligar contigo. Solo era una constatación técnica. La rabia te sienta bien.

Luna abrió la boca para contestar, pero por primera vez se quedó sin palabras. Se le subió un rojo a la cara que competía con el traje.

Elliot se giró hacia mí.

—No voy a decirle que te he encontrado aquí si tú no quieres —prometió, con la voz suave—. Sé que cuidas tu privacidad. Pero… que lo sepas: quiere verte.

—No, gracias. No tengo nada que decir.

—Él sí, Emma, créeme —guiñó un ojo—. ¿Puedo decirle que te vi aquí?

El corazón me falló un latido.

La radio en mi cintura chisporroteó.

—¡Capibara! ¡Se acabó el descanso! ¡Hay cola en la plaza de eventos! ¡Vuelve inmediatamente!

Suspiré, y la realidad me cayó encima con fuerza.

—Tengo que ir…

—Buen trabajo… —dijo Elliot, con un leve gesto de cabeza—, señorita Baker. —Miró a Luna—. Y tú… espero que volvamos a cruzarnos por ahí. En circunstancias en las que no estés intentando arrancarme los ojos con ese escote.

Luna cruzó los brazos y alzó la barbilla.

—No cuentes con tu suerte, abogado.

Él esbozó media sonrisa, se dio la vuelta y se alejó entre la multitud, fuera de lugar e impecable.

Me quedé mirándolo mientras se alejaba.

—Es… insoportable —soltó Luna, soltando el aire y abanicándose con la mano—. Arrogante. Prepotente. Abogado del diablo.

—Y tú te has puesto roja —comenté, colocándome la cabeza de capibara.

—¡Claro! Este traje de Mamá Noel me deja toda apretada, ¡parece que me han envasado al vacío!

Desde dentro del disfraz, sonreí. Una sonrisa triste y cansada.

Encontrarme con alguien del mundo de Liam y saber de él, aunque fueran migajas, me dejaba un frío en el estómago.

Eso encendió una lucecita tenue en mi pecho. Una lucecita terca, igual que las del cuarto de Lyra: no parpadeaban, pero tampoco se apagaban.

—Vamos, capibara —dijo Luna, empujándome suavemente—. Las criaturas están esperando. Y yo necesito pegarle a alguien, preferiblemente a ese duende borracho que no deja de intentar mirar por debajo de mi falda.

Volví al pasillo, arrastrando las patas de peluche, con el corazón un poco más pesado y, al mismo tiempo, extrañamente más vivo de lo que estaba quince minutos antes.

Capítulo 31

Emma Baker

Faltaban dos días para la víspera de Navidad.

En momentos como ese, ponerse el disfraz de capibara era casi un alivio.

Así, nadie en el centro comercial me veía como «la mujer que sale en el anuncio del CEO viudo y gruñón», ni como la niñera que terminó convertida en titular de cotilleo.

Yo era solo un bicho marrón, con cola y cabeza enormes, que se hacía fotos con los niños y repartía abrazos calentitos. Quizá sea triste admitirlo, pero ser un peluche mudo a veces cansa menos que ser yo misma.

Era la tarde de un lunes y el centro comercial era un caos.

Todo el mundo que lo había dejado para última hora —comprar regalos o hacerse una foto con Papá Noel— decidió salir de casa y venir allí.

Yo estaba en el pasillo principal, sudando demasiado dentro del disfraz, intentando no tropezar con mis propias patas mientras se formaba una cola interminable. Me agachaba, abría los brazos, recibía palmaditas cariñosas y pisotones en el pie.

Ya iba en piloto automático cuando sentí un tirón.

No fue un roce rápido de un niño despistado; fue una mano pequeña que se cerró con fuerza sobre la cola de la capibara y tiró con urgencia. Me giré, lista para hacer el gesto estándar de «no se

puede, o la capibara llamará a sus amiguitos para que te pasen por encima», y me quedé congelada.

Era Lyra.

Estaba allí, plantada en medio del centro comercial abarrotado, tan fuera de lugar que mi cerebro tardó un segundo en procesarlo.

Llevaba un vestido blanco sencillo, las orejeras de felpa sobre las orejas y apretaba el cubo con una mano. Con la otra, sujetaba mi disfraz con la misma determinación con la que solía agarrarme la mano cuando el mundo se hacía demasiado grande.

Me miró fijamente con sus ojos marrones, como si me hubiera estado buscando.

El ruido a mi alrededor se volvió lejano.

Soltó la cola, dio un paso adelante y apoyó la mano en la barriga de la capibara. Después inclinó el cuerpo y apoyó la frente allí, exactamente como lo hacía en mi clavícula cuando quería decir: «Tú eres mi puerto seguro».

Me había reconocido.

Aunque estuviera escondida, sin ver mi cara ni oír mi voz, sabía que era yo.

Sentí que me faltaba el aire.

Un grupo de personas soltó un «aaawn» colectivo, creyendo que la escena era monísima, pero mi primer impulso fue salir corriendo. El segundo, sin embargo, fue recordar que Lyra no llevaba bien las desapariciones.

Agarré la cabeza del disfraz con las dos manos y me la quité de un tirón.

El aire frío del centro comercial y las luces de los escaparates me golpearon a la vez que el reflejo de mi propio estado deplorable: sudada, roja y despeinada. Pero a Lyra no le importó.

Sus ojos se abrieron un poco más y, sin ninguna vacilación dramática, me abrazó.

—Hola, peque, estoy aquí —murmuré, con la voz tomada, apretándola contra mí con las manos de peluche—. Pero ¿cómo me has encontrado? ¿Cómo sabías que era yo?

Entonces la realidad me golpeó: Lyra no podía estar allí sola.

Aparté la cara lo justo para mirar alrededor.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde está tu padre? —pregunté en voz baja.

No respondió con palabras, pero despegó el cubo de mi pecho y señaló hacia delante. Seguí la dirección y lo vi.

Liam estaba a unos diez metros, parado en medio del flujo de gente.

Llevaba un traje oscuro sin corbata, la camisa abierta en el primer botón y sostenía un ramo sencillo de flores claras envueltas en papel de seda. No parecía el CEO imbatible de siempre; parecía un hombre que había ido al infierno y había vuelto andando.

Estaba más delgado, con ojeras profundas y una barba de varios días que delataba cansancio, no estilo.

Empezó a caminar hacia nosotras.

La gente le abría paso; algunos susurraban, otros sacaban el móvil para grabar, pero él solo tenía ojos para nosotras. Cuando se detuvo frente a mí, yo seguía arrodillada, medio capibara, medio Emma, sujetando a su hija como si fuera mía.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Y qué haces tú aquí? —pregunté, con una voz más frágil de lo que me habría gustado.

Respiró hondo, como si ordenara los pensamientos antes de hablar.

—Elliot me dijo que te vio por aquí y he venido. Necesitaba verte —respondió, con la voz ronca—. Y… no debería haber traído a

Lyra hasta ti así, en medio de este follón. Lo sé. Se me escapó corriendo antes de que pudiera pararla.

No contesté; solo apreté a Lyra contra mí.

Liam me tendió el ramo, un poco torpe, como si no supiera cuál era el protocolo para entregar flores a una mujer vestida de roedor gigante. Lo cogí con la mano libre y murmuré un «gracias» automático. Él parpadeó despacio, como si esperara que yo gritara o huyera.

Como no hice ni una cosa ni la otra, se arrodilló, quedando a nuestra altura. Su mirada gris estaba desnuda, sin rastro de arrogancia.

Extendió la mano despacio hacia el cubo, sin tocarme ni a mí ni a ella. Solo esperó. Lyra, con un movimiento lento, dejó el juguete sobre su palma.

—Te echa de menos —dijo, mirando a su hija con un dolor palpable—. Todos los días.

—Lo sé… me lo imagino —respondí, tragando saliva.

—Y yo… —empezó, pero la voz le falló. Se humedeció los labios e intentó de nuevo, sin poder ocultar el esfuerzo—. Yo… no debería estar aquí diciendo esto así. Solo… necesito pedirte perdón.

Mi cuerpo entero se tensó por puro instinto de supervivencia.

—¿Y tú crees que «perdón» es una palabra mágica? ¿Crees que vas a venir aquí, con tu hija y flores, para ablandarme el corazón y que yo vuelva a ser tu empleada, a tu merced, y acepte lo que me venga de ti?

—No —respondió rápido, y noté que estaba intentando no equivocarse otra vez—. No es eso.

—Pedir perdón no es suficiente. Y no tienes derecho a acorralarme aquí, en mi trabajo, con Lyra en brazos y la gente grabando, esperando que todo se arregle por arte de magia.

Miró a su alrededor, como si por fin viera los móviles.

En vez de montar un numerito de «soy el dueño del centro comercial», levantó la mano y habló con un vigilante del propio centro, bajo y directo.

No oí qué dijo, pero, unos segundos después, el flujo empezó a abrirse un poco y varios curiosos retrocedieron con esa vergüenza típica de cuando se dan cuenta de que se han pasado.

Liam volvió a mirarme y no intentó acercarse.

—Tienes razón —dijo—. El perdón no lo cura todo.

Respiré hondo, intentando mantenerme entera. Lyra no parecía en crisis; parecía feliz con nuestro reencuentro, a su manera.

—¿Y qué fue eso que vi en la tele? —solté, necesitándolo—. Ese reportaje de «la niña que salvó al padre», con fotos mías, grabaciones de la subasta y del otro evento… ¿para qué usar eso de propaganda? ¿No van perfectas tus ventas?

Su expresión se cerró de forma fea, como si la pregunta le golpeara justo donde intentaba esconder algo.

—Yo no he ordenado usar nada nuevo, Emma —respondió, sin adornos—. Lo prohibí. Corté lo que pude. Estoy intentando que no utilicen a Lyra como narrativa, pero… no puedo controlarlo todo. Y lo odio.

Tragué saliva, porque por fin sonó a verdad de adulto.

Intentó añadir algo más, pero levanté la mano, parándolo antes de que empezara una lista de «cosas que he hecho».

—Basta —pedí, sin alzar la voz—. No quiero un informe. No quiero una lista de tareas cumplidas. Quiero algo simple: saber si entiendes lo que me hiciste cuando dijiste todo aquello.

Se quedó inmóvil.

El recuerdo de ese día se levantó entre nosotros como una tormenta.

—Lo entiendo —dijo, y la voz le falló otra vez, como si hablar fuera un castigo—. Caí bajo. Fui cruel. Fui injusto. Quise herirte porque tenía miedo y… porque no supe ser padre. Y por no respetarte, no supe ser un hombre.

Se le fue el color de la cara mientras hablaba. Lyra movió el cubo entre los dos, notando la tensión.

—Recuerdo cada palabra —continuó, en un tono más seco, menos «bonito», más real—. No puedo… borrar lo que hice. No hay excusa. Solo… saqué la peor versión de mí y la descargué sobre ti.

El Liam del principio jamás diría eso.

La honestidad era brutal y, aun así, no sentí alivio. Solo el peso de todo lo que habíamos perdido.

Extendió la mano hacia mí y yo me encogí.

—No me toques aquí. No con gente grabando y todo esto alrededor —dije firme, mirándolo a los ojos—. No quiero que me digas que me quieres y creas que eso lo arregla y lo coloca todo otra vez en su sitio.

Tragó saliva y asintió.

—Entiendo.

Y se quedó allí, de rodillas, sin invadir mi espacio ni insistir. Solo respirando como si el aire le doliera. Su honestidad era un comienzo, no el arreglo final, y él parecía saberlo.

—Pero acepto que sigamos hablando en un sitio más reservado.

Vi algo cruzarle la cara —no euforia, no victoria—. Solo un alivio contenido, como si no tuviera derecho a celebrarlo.

—Es todo lo que quiero, Emma —dijo—. He venido a pedirte una oportunidad para… hablar. Sin público. Sin que nadie escuche. Sin esconderme detrás del dinero o la arrogancia.

Me quedé callada. Miré a Lyra, a sus deditos apretando el cubo, al modo en que se acurrucaba en mí como si pidiera «no te vayas otra vez».

Se me apretó el corazón.

—Emma… necesito hablar contigo. Aunque sean cinco minutos. Ya no puedo vivir como si fueras una ausencia que acepto.

Cerré los ojos un segundo.

Cuando los abrí, ya sabía lo que iba a hacer, aunque odiara que todo mi cuerpo quisiera decir «sí» solo para dejar de doler.

—Hay una cafetería más apartada en el pasillo de detrás —señalé con la barbilla—. Voy a avisar a mi supervisor. Me esperas allí, sin poner cara de dueño del mundo. Y te lo advierto ya, Liam: como levantes la voz o intentes presionarme, se acabó la conversación.

Asintió como si recibiera una orden vital.

—No voy a levantar la voz. Ni voy a presionarte.

—Bien.

Me levanté con cuidado, con Lyra pegada a mí como una extensión del cuerpo. Pasé a su lado sin rozarlo.

—Quédate aquí, cariño —le dije a la niña, entregándosela a Luna, que estaba al lado de Papá Noel—. Solo un poquito. Ahora vuelvo. Te lo juro.

Y fue la primera vez en mucho tiempo que dije «te lo juro» sin miedo a romper la promesa.

Fui a la zona de empleados y pedí treinta minutos. Mi supervisor gruñó y me miró como si estuviera cometiendo un delito, pero me lo concedió.

Me lavé la cara, me recogí el pelo y fui a la cafetería donde Liam me esperaba para hablar.

Aunque doliera. Aunque tardara. Y aunque no terminara como él quería.

Capítulo 32

Liam Crawford

El café estaba en el pasillo lateral del centro comercial, lejos de la plaza principal y del ruido constante de las tiendas.

Era pequeño, casi escondido y con poca gente.

Me senté en la mesa más apartada, de espaldas a la pared. Un hábito antiguo, automático, que siempre he tenido en reuniones difíciles. Pedí un café solo, sin azúcar. Ni siquiera noté el sabor cuando di el primer sorbo.

No había preparado ningún discurso.

Y, por primera vez en mi vida, eso no era una estrategia.

El silencio de aquel sitio me dio espacio para pensar en lo que de verdad importaba… y, sobre todo, en lo que ya no importaba. Números, proyecciones, riesgo de imagen, impacto en el mercado… Todo aquello que siempre había sido mi refugio ahora parecía… irrelevante.

En cuanto se abrió la puerta del café, alcé la mirada.

Emma entró despacio y dibujó una sonrisa torpe. Tenía el pelo húmedo, recogido de cualquier manera, y la cara limpia, sin maquillaje.

No me miró de inmediato.

Fue hasta la barra, pidió agua, dio las gracias en voz baja, pagó. Solo entonces caminó hacia la mesa.

Se sentó. Dejó el bolso sobre el regazo. Y encogió los hombros al suspirar y decir:

—Tienes treinta minutos. Es lo que me ha ofrecido mi supervisor y creo que es tiempo suficiente para esta conversación.

Asentí.

—Sí.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, pesado e incómodo.

Yo reconocía ese tipo de silencio. No era el silencio de quien no tiene nada que decir. Era el silencio de quien sabe que cualquier palabra equivocada podía destruir lo poco que quedaba… si es que quedaba algo.

Respiré hondo.

—Reconozco mis errores y me arrepiento amargamente de todos ellos —empecé, despacio, escogiendo cada palabra con un cuidado casi doloroso—. Después de que te fueras, me pregunté cómo había podido aguantar viviendo todo este tiempo sin ti. Fui un idiota por necesitar perderte para ver la verdad.

—¿Y cuál sería esa verdad, Liam?

—Que ya no sé funcionar sin ti aquí.

Ella se cruzó de brazos, no a la defensiva, pero firme.

—Es extraño oírte decir eso ahora, porque te escuché cosas que no encajan con eso. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

Tragué saliva.

—Sí. Te llamé «una aprovechada barata» y perdí los nervios cuando Lyra te llamó «mamá». Sentí que tenía que recordarte que tú nunca ocuparías el lugar de su madre.

Decirlo así, sin el calor del momento, fue humillante.

—Dije todo eso para hacerte daño —continué, sin apartar la mirada—. No porque creyera esas palabras. Ninguna es verdad. Yo solo… tenía miedo. Y cuando el dolor me acorrala, ataco. No te lo merecías. Nada de lo que dije. Usé lo que sabía que te iba a doler más y que te alejaría de mí.

Emma no se movió.

—Enhorabuena, me alejaste. Conseguiste lo que tanto querías. ¿Estás contento?

—Me siento miserable, la verdad —fui sincero—. Debía de estar loco cuando pensé que podía apartarte y vivir sin ti.

—¿Por qué tuviste que atacarme, Liam? ¿Qué te hice yo?

—Amenazaste a mis fantasmas y a mis miedos. Me obligaste a mirar mis propias debilidades, mi soledad, el deseo que no puedo controlar…

—¿Tienes idea de cómo me sentí al oír todo aquello? —preguntó ella.

—Solo puedo imaginarlo…

Suspiró hondo.

—No tienes ni idea de cuántas veces he oído variaciones de eso en mi vida, Liam. Pero oírlo de ti… en ese contexto… después de todo lo que hice… de lo que hicimos… —volvió a respirar hondo—. Aquello no fue solo una frase. Fue devolvérmelo todo de golpe, ponerme otra vez en un lugar del que me pasé años intentando salir.

La vergüenza me subió ardiendo por la nuca.

—Lo sé —repetí—. Y por eso no voy a pedirte que confíes en mí ahora. Ni que creas nada de lo que te diga. Solo necesitaba decirte que sé exactamente lo que hice. Sin escudarme en el duelo. Sin Helena. Sin trauma. Aquello fue una elección. Mía. Enteramente mía.

Me observó durante unos segundos, como si intentara encontrar cualquier resto de defensa o de actuación.

—Sigue —dijo.

—Te convertí en empleada cuando me convenía —dije, sintiendo cómo cada palabra me arañaba por dentro—. Y en mujer cuando me resultaba cómodo. Usé nuestra jerarquía como escudo para blindarme de lo que estaba naciendo dentro de mí… Usé el contrato como un arma a mi favor. Y usé el nombre de Helena como excusa para no asumir lo que sentía. Fui un cobarde contigo, Emma.

El café se enfriaba sobre la mesa.

—Y sí, sé que pedir perdón no basta. Por eso estoy aquí, dándote la cara para hacerte una promesa: voy a demostrarte, cada día, que he cambiado. Y si un día fallo, si un día doy un paso atrás, aceptaré que te vayas. Solo te pido una oportunidad para demostrar lo que siento por ti. Y ser el hombre que necesitas.

Ella deslizó los dedos por el bolso y bajó la mirada. Cambió de tema:

—¿Y Lyra? —preguntó de repente.

La pregunta me golpeó con más fuerza que cualquier acusación.

—Sin ti, ha retrocedido —respondí, sin intentar suavizarlo—. La misma velocidad a la que evolucionó cuando estabas allí es la velocidad a la que todo empeoró cuando te fuiste. Ahora tiene más crisis, menos apetito, quiere pasar todo el tiempo sola. Ha vuelto a golpearse la cabeza contra la pared… algo que llevaba tiempo sin hacer.

Emma cerró los ojos un instante.

—Y es culpa mía —añadí rápido—. Tengo que afrontar la consecuencia de mis actos. Viviré con esto sabiendo que lo estropeé todo. Le quité a mi hija a la persona que la hacía sentirse segura. Y

a ti te quité la posibilidad de salir de aquella casa sin cargar con una culpa que no era tuya.

Abrió los ojos de nuevo.

—¿Me garantizas que esos anuncios no fueron cosa tuya? —suspiró.

—Prohibí que se emitiera nada más, incluso el material antiguo —respondí—. Corté contratos, despedí a gente, cambié el rumbo de las cosas. Pero… —me detuve, asumiéndolo—… el mundo no se detiene porque tú des una orden. Aún estoy apagando incendios que yo mismo encendí al permitir aquella primera exposición, la tuya y la de Lyra.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Cómo voy a creerte, Liam? Nadie cambia en tan poco tiempo…

Asentí.

—Cada día sin ti ha sido demasiado para mí —apreté los puños—. Y sí, tienes razón. No he cambiado del todo, pero estoy cien por cien arrepentido. Y voy a cambiar, cada día, para demostrarte que lo que siento por ti es más fuerte que mis miedos, mi orgullo y mis fantasmas.

Emma suspiró y bajó la cabeza.

—Te creo. Pero no sé si tengo fuerzas para todo esto otra vez…

—Cuando llegaste, establecí reglas para protegerme. ¿Y si tú estableces nuevas reglas?

Emma me miró con curiosidad. Vi en sus ojos que su pensamiento se fue lejos.

—¿Qué reglas estás dispuesto a cumplir para que yo vuelva a tu vida, Liam?

—Todas.

Llamé al camarero y le pregunté si tenía papel. Trajo una hoja en blanco y yo usé el bolígrafo que siempre llevaba conmigo, escribiendo las reglas que Emma fue dictando:

1. Nada de consejo, ni marketing ni prensa invadiendo la vida privada;
2. Nada de contratos para los sentimientos;
3. Habrá conversaciones duras, pero en el tono correcto (no se permitirán humillaciones, gritos ni insultos);
4. La casa no es una empresa (nada de oficina, reuniones ni convertir la rutina en un proceso rígido);
5. Emma no es mi empleada, es mi invitada. Una compañera, no una criada;
6. La Navidad está permitida a la manera de Lyra: luz suave que no parpadea, sin ruido, sin sorpresas, sin visitas;
7. Regla final: si se rompe este acuerdo, Emma se irá y yo, Liam, no la perseguiré, no la presionaré, no usaré dinero, ni a Lyra, ni a los medios para traerla de vuelta. Respetaré su decisión y dejaré la puerta abierta por si algún día quiere volver.

—Me estás pidiendo que crea en acciones futuras —comentó Emma—. Si crees en lo que dices, entonces firma.

Apenas terminó la frase, yo ya había puesto mi firma y le entregué el papel.

Emma lo examinó con calma y luego me miró, incrédula y aliviada.

—Solo quiero una oportunidad para demostrarte que no es solo arrepentimiento. Ahora sé lo que vale tenerte conmigo. Y no sería tan loco como para perderte otra vez.

Ella soltó el aire despacio.

—Si puedo prometerte reconciliación o que voy a olvidar lo que hiciste, Liam…

—Lo sé.

—Pero igual que tú, puedo intentarlo… —completó.

El ruido lejano del centro comercial llegaba amortiguado hasta allí. Un niño se rió fuera. Alguien pidió azúcar en la barra.

—No quiero volver a ser tu empleada. No quiero que me veas por debajo de ti —insistió.

—Yo no quiero eso —respondí—. Quiero que seas mi mujer. O nada.

Emma me observó unos segundos, y yo no intenté llenar ese espacio. Por primera vez, no necesitaba decir nada más.

—Siempre has sido un hombre de hechos, ¿no? Entonces demuéstramelo.

Sentí un alivio tan grande que fue como si hubiera rejuvenecido.

Cuando salimos del café, Emma dudó, pero se quedó donde estaba.

—¿Puedo abrazarte?

Se quedó paralizada un segundo y luego asintió, con los ojos brillantes.

—Creí que nunca más podría volver a sentir esto —murmuré en su oído mientras la abrazaba, lleno de nostalgia, con unas ganas de no soltarla nunca más.

Y sentir cómo Emma me devolvía el abrazo me dio un alivio y una fuerza inmensa para luchar por su perdón y por nosotros.

Daría mi vida por esto.

Y, por primera vez desde que perdí a Helena, no sentía que estuviera intentando sustituir a nadie.

Solo estaba intentando no destruir la mejor parte de mí… después de Lyra.

Capítulo 33

Emma Baker

La mansión Crawford siempre había tenido para mí una energía muy concreta: una mezcla fría de limpieza industrial, un minimalismo opresivo en la decoración y una soledad dura, cruda y ensordecedora.

Pero aquella noche, cuando el coche de Liam se detuvo ante la entrada principal y el motor se apagó, la casa pareció cambiar de atmósfera.

Tal vez fuera porque, por primera vez, yo no llegaba allí para fichar y cumplir un contrato. Estaba volviendo a casa, aunque todavía no me hubiera atrevido a decir esa palabra en voz alta.

Liam apagó el coche, pero no hizo ademán de salir de inmediato.

El silencio dentro del vehículo se volvió denso, cargado de esa electricidad estática que siempre había existido entre nosotros, pero que ahora, sin las barreras de la rabia y el orgullo, parecía mucho más peligrosa.

Se giró en el asiento de cuero, el traje oscuro sin corbata y la camisa abierta en el cuello dándole un aire de agotamiento devastadoramente atractivo.

Me miró como si necesitara asegurarse de que yo no era una alucinación nacida de la desesperación de las últimas semanas.

—Gracias —dijo, con la voz ronca y grave vibrando en aquel espacio pequeño—. Por haber venido. Por escucharme. Y por darme una oportunidad.

—He venido por Lyra —respondí, intentando conservar un resto de defensa, aunque mi cuerpo ya estaba traicionando a mi mente, inclinándose imperceptiblemente hacia él—. Y para saludar a mi tía Rosie.

—Lo sé. —Extendió la mano y, con una vacilación que no encajaba con el CEO arrogante que yo conocía, rozó con los dedos mi nuca, justo en la línea del cabello.

El contacto fue cálido, firme y posesivo.

—Pero espero que, en algún momento, admitas que has venido un poco por mí también.

Tragué saliva, sintiendo el escalofrío bajar por mi columna.

No podía mentir, no después de todo lo que habíamos pasado.

—Entremos —susurré, apartando la mirada hacia el asiento trasero, donde Lyra dormitaba aferrada al cubo y a mi bolso—. Necesita una cama de verdad.

Rosie nos recibió en el vestíbulo, con bata, y se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo cuando nos vio a los tres juntos. Se quedó paralizada, sin creerse que yo hubiera vuelto.

Me abrazó con fuerza, susurrándome un «gracias a Dios» al oído que valía más que cualquier bienvenida formal.

Subimos al cuarto de Lyra.

La rutina, que antes había sido una obligación contractual, ahora parecía un ritual sagrado de reconexión. Liam no se quedó en la puerta observando como un supervisor: entró. Le quitó los zapatos a su hija mientras yo acomodaba las almohadas.

Ajustó la luz de la lámpara a la intensidad exacta que a ella le gustaba, demostrando que, durante mi ausencia, había intentado aprender. Y dejó encendidas las luces multicolores.

Aquello me llenó de orgullo.

De verdad estaba luchando contra su propia resistencia.

Y eso me demostraba que estaba dispuesto a pelear también contra el pasado.

Cuando tapamos a la niña y el silencio del dormitorio se instaló, la tensión cambió. Dejó de ser parental y se convirtió en algo puramente nuestro.

Liam rodeó la cama y se detuvo frente a mí, lo bastante cerca como para que yo sintiera el calor que emanaba de su cuerpo, mezclado con el olor a sándalo y piel.

—Parece en paz por primera vez en días —murmuró, mirando a su hija dormida, pero regresando enseguida esa mirada intensa hacia mí—. Y yo también.

—Pareces agotado, Liam —observé, levantando la mano para tocar, casi sin querer, la barba de varios días en su rostro.

La aspereza contra mi palma me provocó una punzada de añoranza que llevaba reprimiendo con fuerza.

—Pareces alguien que no duerme desde hace semanas.

Cerró los ojos con mi caricia, inclinando el rostro contra mi mano, en un gesto de rendición total que me hizo fallar el corazón.

—¿Cómo iba a dormir? —confesó, con la voz baja—. La casa era demasiado grande sin ti. Cerraba los ojos y te veía riendo, te veía sentada en el suelo, te veía encontrándome en la cocina de madrugada. Estaba embrujado, Emma. No por fantasmas del pasado, sino por la ausencia de mi futuro.

Esas palabras desarmaron cualquier resistencia que aún pudiera quedarme. Yo sabía lo que era eso. Yo lo había sentido igual en aquel piso estrecho, mirando al techo manchado.

—Yo también te eché de menos —admití, en un susurro—. Más de lo que debería. Más de lo que creí que era posible echar de menos a alguien que me destrozó por dentro.

Liam abrió los ojos. El gris de sus iris estaba oscuro, dilatado de deseo y arrepentimiento. Me sujetó la muñeca y besó la parte interna, justo donde el pulso se me aceleraba.

—Nunca me perdonaré lo que dije en ese baño —murmuró contra mi piel, provocándome escalofríos que se me extendieron por todo el cuerpo—. Pero me pasaré el resto de mi vida intentando que lo olvides.

—No quiero olvidar —respondí, dando un paso hacia delante, pegando nuestros cuerpos—. Quiero que lo recordemos. Para no volver a cometer el mismo error. Para recordar que esto… —deslicé la mano por su pecho, sintiendo el corazón golpeando fuerte bajo la camisa— no se negocia, no se pone en juego ni en contrato.

Liam soltó un sonido gutural, como si su paciencia se hubiera agotado. Me rodeó la cintura con esos brazos fuertes y me atrajo contra él con una urgencia que me robó el aliento.

—Ya no hay contrato que me proteja, Emma.

Me besó.

Como quien vaga por el desierto durante días y, de pronto, encuentra agua.

Su boca se apoderó de la mía con una presión firme; su lengua pidió paso, exploró la mía, reclamó mi piel.

Me aferré a sus hombros, hundiendo los dedos en el pelo de su nuca, tirando de él para acercarlo más, queriendo borrar la distancia física y emocional que habíamos creado.

Sentir su cuerpo contra el mío, sólido y caliente, fue como volver a casa.

Era ahí donde yo pertenecía.

No me había encontrado en ningún sitio salvo allí. Ni en la fantasía de capibara, ni mucho menos en el piso húmedo o en el

pasado. Yo pertenecía a ese abrazo, a esa tensión deliciosa, a ese hombre complicado que estaba aprendiendo a amar de nuevo.

Cuando nos separamos, jadeantes, con las frentes pegadas, no me soltó.

—Quédate conmigo —pidió, con la voz ronca—. No te vuelvas a casa hoy. Esta es tu casa. Puedes quedarte en el cuarto de invitados; Rosie siempre lo deja preparado, pero… —vaciló, rozándome la nariz con la suya—. Preferiría que no usaras el cuarto de invitados. Y que durmieras conmigo.

Sonreí, sintiendo que se me encendían las mejillas, pero con el deseo latiéndome bajo, en el vientre.

—Aún no te he perdonado. Solo no me he ido. Quiero hechos a partir de ahora, pero también necesito algunos límites. Y dormir aquí, por ahora, es un límite —dije, sin apartarme—. Y voy a cumplirlo, aunque tenga ganas de romperlo.

—Lo entiendo y lo respetaré. Pero necesito a mi mujer —me corrigió, con una sonrisa torcida y sexy que me hizo temblar las piernas—. Te necesito cerca, Emma. Necesito saber que mañana, cuando me despierte, vas a estar aquí. Que vamos a desayunar juntos. Que vamos a pasar la Navidad con Lyra. Que vamos a empezar de nuevo.

Lo miré, viendo la verdad desnuda en aquellos ojos.

Ya no había jueguecitos. Ya no había defensas.

—Tengo que irme —respondí—. Hoy no voy a dormir aquí, pero vuelvo mañana temprano.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Crees que mañana podrás dormir aquí?

—¿Quién sabe? —guiñé un ojo.

Me reí por lo bajo, negando con la cabeza.

—Vuelvo mañana, pero con una condición: tenemos que preparar esta casa para la Navidad. ¿Te apuntas?

Observé su reacción.

Por supuesto, no esperaba felicidad ni fuegos artificiales ante un límite y una dificultad tan clara para él con la Navidad. Pero la reacción de Liam fue serena, un poco rígida, pero en general positiva.

Me apretó más contra su cuerpo, besándome el cuello y haciéndome echar la cabeza hacia atrás.

—Me apunto a cualquier cosa, mientras sea contigo.

—Es hora de crear nuevos recuerdos y nuevos significados para las cosas —murmuré, sintiendo sus labios subir por mi mandíbula hasta encontrar mi boca otra vez.

—Tienes razón. Aún me cuesta, pero lo estoy intentando…

—Intentándolo con valentía —asentí.

—Te llevo a casa. Y mañana te recojo temprano, ¿vale?

—Vale.

Caminamos por el pasillo de la mano, en la penumbra de aquella casa que, por fin, parecía llena. No de muebles ni de objetos, sino de vida.

Cuando bajamos al salón y estábamos a punto de salir, tuve la certeza de que mi lugar era al lado de Liam y de Lyra.

Las cicatrices y todo el dolor causado seguían ahí, claro.

Su historia, la mía, nuestros miedos.

Pero, mientras él me cubría con una adoración que rozaba lo sagrado, tuve la certeza absoluta de que estábamos listos para construir algo nuevo. Algo nuestro.

Mañana sería Nochebuena.

Y, por primera vez en años, ninguno de los dos quería saltarse la fecha.

Queríamos vivirla juntos.

Capítulo 34

Emma Baker

En la mañana de Nochebuena, el cielo de Miami amaneció de un azul limpio, refrescante y rutinario, como la mayoría de los días. Pero el aire que entraba por la ventanilla del taxi arrastraba algo distinto.

No tenía el peso de la humedad, la presión o el miedo que me habían asediado durante días. Olía a empezar de nuevo.

Miré a mi lado.

Mi madre iba encogida, con las manos inquietas sobre el regazo, alisando la tela del vestido azul marino que no se ponía desde hacía años. Estaba muy nerviosa, pero había una luz diferente en sus ojos.

No recordaba la última vez que había salido de aquel piso para algo que no fuera ir al súper, así que era normal su postura.

—¿Seguro que de verdad me ha invitado, hija? —preguntó por tercera vez desde que salimos, con la voz cargada de esa inseguridad crónica que la depresión le había instalado—. No quiero estorbar. La gente rica tiene rituales, etiqueta, reglas… yo no sé ser elegante, Emma.

—No solo te invitó, mamá. Insistió —respondí, llevándome su mano al regazo—. Y olvídate de lo de la gente rica. Las reglas de esa casa ahora son distintas.

Cuando el coche atravesó el portón de hierro de la urbanización y se detuvo frente a la mansión Crawford, mi madre arqueó una ceja y murmuró:

—¿Seguro que la fiesta de Navidad es aquí? ¡Si no hay ni un adorno!

—Ya… tenemos trabajo por delante, ¿eh, mamá? —le apreté la mano, animada.

Liam apareció en la puerta de la propiedad con una sonrisa amable. Llevaba una camisa de lino clara, con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto unos brazos fuertes, y un pantalón de sarga oscuro.

Se acercó al coche y abrió la puerta.

—Señora Baker —dijo, tendiéndole la mano para ayudar a mi madre a salir con una gentileza y una especie de reverencia que le abrió los ojos de par en par—. Gracias por venir. Es un honor recibirla aquí. Emma habla tanto de usted que siento que nos conocemos desde hace años.

Mi madre, que se había pasado los últimos años escondiéndose del mundo y avergonzada hasta de su propia sombra, sonrió. Fue una sonrisa tímida, un poco oxidada por falta de uso, pero auténtica.

—Gracias, señor Crawford. Es usted muy amable.

—Liam. Por favor, llámeme Liam.

Cerró la puerta con cuidado y rodeó el coche. Cuando se giró hacia mí, la sonrisa educada de yerno perfecto murió y dio paso a esa mirada intensa, oscura y hambrienta que siempre hacía que mi cuerpo reaccionara como si acabara de recibir un choque.

No me besó delante de mi madre, respetando el límite de lo público, pero su mano fue directa a mi cintura, el pulgar acariciándome la piel por encima de la tela del vestido, reclamando el espacio y tirando de mí hacia su campo gravitatorio.

—Buenos días —susurró, con la boca rozándome la sien, cálida y prometedora—. Estás preciosa.

—Buenos días —respondí, notando que se me calentaba la cara—. Y tú tampoco estás nada mal para alguien que se ha levantado temprano en pleno festivo y ni siquiera ha ido a la empresa.

Entramos.

La casa, que antes solo devolvía silencio, ahora parecía vibrar.

Rosie salió corriendo del pasillo de la cocina para saludar a mi madre. Las dos lloraron juntas y se abrazaron largo rato, meciéndose despacio.

—¡No me creo que estés aquí! ¡Pero mírate!

—Estoy un poco hecha polvo, ¿no? —mi madre se apretó los labios.

—¡Qué va! ¡No has envejecido ni un día! ¡Estás guapísima! ¿Y ese vestido?

—Lo eligió Emma… lo había comprado para su graduación.

—Ven, déjame enseñarte la casa —mi tía Rosie le agarró la mano y la llevó hacia dentro.

Fue entonces cuando sonó una bocina fuera.

No una bocina discreta de coche de lujo. Una bocina de camión, grave y rotunda.

Fruncí el ceño, mirando hacia la puerta.

—¿Qué es eso? ¿Una visita sorpresa? Liam, quedamos en que seríamos solo nosotros, sin mayordomos, ni camareros, ni un equipo de eventos…

Liam sonrió de lado, esa sonrisa torcida y un poco presuntuosa que pone cuando sabe que ha dado en el clavo.

—No es una visita. Es una sorpresa.

—¿Sorpresa? ¿Tú? —fruncí el ceño y fui hacia la puerta—. Esto quiero verlo.

Salimos al porche. Un camión pequeño, con el logo discreto de Crawford Toys en el lateral, estaba aparcado en la entrada de servicio. Dos empleados uniformados empezaron a descargar caja tras caja de cartón marrón. Y, por último, bajaron dos abetos: uno mediano y otro enorme.

Las ramas eran verdes, preciosas, vibrantes. Parecían llenas de vida, suaves, y el olor dulce me inundó los pulmones.

—Es nuestra primera Navidad… y vamos con el tiempo justo —explicó Liam. Me llevó el dorso de la mano a sus labios y lo besó. Luego se colocó detrás de mí, envolviéndome con su calor—. Así que vamos a construirla juntos, a nuestra manera, como una familia.

Se me hizo un nudo en la garganta de la emoción.

Los cargadores lo llevaron todo al salón, menos el árbol gigante, para el que cavaron un hoyo y lo plantaron frente a la mansión. El resto de las cajas se apilaron sobre la alfombra, formando una montaña de misterio.

Liam fue a buscar a Lyra. Cuando bajó las escaleras y vio todo aquello, se detuvo y se quedó observando con cautela. No podía culparla: aquello parecía un caos absoluto.

Llevaba un vestido rojo cómodo y traía su cubo de confort. Sus ojos, normalmente tan cautelosos, brillaron con una curiosidad contenida.

—Ven, pequeñaja —la llamé, sentándome en la alfombra y dando palmaditas en el hueco a mi lado—. Papá nos ha traído trabajo.

Se acercó, desconfiada, pero interesada.

Abrimos la primera caja.

No había bolas de Navidad frágiles y brillantes. Había cubos. Cientos. De terciopelo, de madera pulida, de tela suave, de goma texturizada. Con colores suaves, tonos pastel y terrosos, nada de neón parpadeante ni purpurina pegajosa.

Liam cogió un cubo de terciopelo rojo oscuro y se lo tendió a su hija.

—¿Qué te parece, cariño? —preguntó, con la voz baja, sin presión.

Lyra lo tomó. Lo apretó. Se lo pasó por la mejilla. Y lo aprobó, quedándoselo.

Miró el árbol desnudo, luego a su padre, y estiró el brazo, devolviéndole el cubo para que lo colgara.

Era la luz verde que necesitábamos.

—¿Quieres decorar el árbol de Navidad con nosotros?

Lyra fue hasta la caja y empezó a elegir qué cubos debíamos colgar y cuáles no, pasándomelos a mí.

La tarde se convirtió en una mezcla caótica y perfecta de trabajo en equipo.

Mi madre, que yo pensaba que se quedaría en un rincón, tímida, terminó ayudando a mi tía Rosie en la cocina con los preparativos. Lyra se puso a desenredar los cables de las luces multicolores que no parpadeaban.

Liam, el hombre que odiaba la Navidad y que se pasaba diciembre encerrado en el despacho, estaba subido a una escalera, en calcetines, obedeciendo las órdenes silenciosas de Lyra, que señalaba con el dedo exactamente dónde quería cada cubo.

—Dice que más a la izquierda —le indiqué, riéndome de su concentración al intentar alinear un cubo de fieltro con precisión de ingeniero—. No, Liam… ¡esa es su derecha!

Bajó de la escalera, limpiándose las manos en el pantalón, y se plantó delante de mí. Estábamos rodeados de cajas y corcho blanco, pero me miró como si estuviéramos solos en una isla desierta.

El sudor le brillaba en la frente, y algunos mechones le caían sobre los ojos.

—¿Está como tú querías? —preguntó, con la voz ronca, buscando mi aprobación como si fuera la única medida que importara.

Levanté la mano y le pasé los dedos por la cara, quitándole una pelusita de terciopelo rojo que se le había quedado atrapada en la barba.

—Está mejor de lo que podía imaginar —respondí, sincera—. Está perfecto.

Me sujetó la muñeca y me giró la palma, depositando allí un beso lento, húmedo y caliente, que me contrajo el vientre con violencia.

Sus ojos subieron a los míos, oscureciéndose de promesas.

—Sabes que todo este esfuerzo te lo voy a cobrar luego, ¿verdad? —murmuró, con una intención que no dejaba dudas—. Cuando esta casa esté en silencio… voy a cobrarme cada cubo colgado.

Me mordí el labio, con las piernas flojas.

—Espero que lo cobres —respondí, con el mismo tono provocador—. Con intereses.

La tensión entre nosotros era un hilo estirado, vibrante, delicioso, a punto de romperse en algo más físico. Pero se interrumpió con el sonido del timbre y, justo después, voces alteradas que venían del recibidor.

—No me puedo creer que hayas aparcado esa chatarra delante de mi Lamborghini —sonó una voz masculina, indignada, rebotando en el techo alto.

—¡Chatarra será tu cara de viejo, estirado de pacotilla! —respondió una voz femenina, rápida y afilada.

Miré a Liam y nos reímos, rompiendo el hechizo del momento, pero conservando la ligereza.

—Creo que ya llegó el entretenimiento —comentó él.

Fuimos a la entrada.

Elliot estaba en la puerta, sosteniendo una botella de vino que seguramente costaba más que mi alquiler, mirando con desdén hacia fuera.

Luna llevaba un vestido verde esmeralda que desafiaba la gravedad y cualquier regla de recato navideño. Tenía el dedo levantado en la cara de él, como un hada furiosa.

—¿Habéis venido juntos? —pregunté, cruzándome de brazos y conteniendo la risa.

—Por desgracia —bufó Elliot, entrando y dándome un beso en la mejilla, ignorando la rabia de mi amiga—. Casi me revienta el parachoques. Conduce como una loca.

—¡Eres tú el que no sabe mantener la distancia, vuelve a misa, blandengue! —replicó Luna, entrando justo detrás y dándole un codazo nada sutil en las costillas al pasar—. Hola, amiga, qué alegría verte, ay, qué Nochebuena tan preciosa… —Luego miró a Elliot como si fuera a arrancarle un trozo de un mordisco—. ¡Y no me toques con ese perfume tuyo asqueroso!

—¿Asqueroso? —se rio él—. ¡Es un *Creed Millésime Impérial!*

—Para mí huele a azufre. ¡Aparta, plaga!

Me abrazó con fuerza, ignorando al abogado, que se masajeaba el golpe con una mueca de dolor muy real.

—¿Quién ha invitado al Grinch con traje? —me susurró al oído, pero lo bastante alto como para que él lo oyera.

—Liam —respondí.

—Perfecto. Ya tengo a quién atormentar toda la noche. Me hacía falta un objetivo.

De repente, el salón pareció llenarse con la presencia de los dos.

Elliot, pese a su pose de intocable, se quitó la chaqueta enseguida y se sentó en el suelo intentando entender la lógica matemática con la que Lyra organizaba los cubos.

—¿Cómo decides cuáles valen y cuáles no?

La niña cogió un cubo y se lo apoyó con delicadeza en la mejilla.

Luna, con su forma de ser expansiva y escandalosa, se fue a la cocina y logró la proeza de hacer reír a mi madre a carcajadas con una broma; algo que yo no escuchaba desde hacía años y que me calentó el corazón de un modo indescriptible.

Liam y yo seguimos decorando. El último paso eran las luces de Navidad: necesitábamos la ayuda de todos para colocarlas en lo alto de las paredes y, cuando las encendimos, la casa adquirió un aire mágico.

Pero la escena más bonita, la que me detuvo el corazón, llegó cuando empezó a anochecer.

Después de terminar de preparar la cena con mi tía Rosie, mi madre se sentó en el gran sillón de cuero, con un vaso de zumo en la mano, contemplando el árbol ya listo. Parecía en paz, pero aún llevaba ese aura de quien se siente un poco fuera de lugar.

Entonces, Lyra se acercó a ella.

Yo hice el gesto de ir, con miedo de que Lyra se asustara con alguien «extraño» o de que mi madre no supiera cómo reaccionar, pero Liam me sujetó el brazo con suavidad, impidiéndome intervenir.

—Espera —pidió, en un susurro—. Deja que ocurra de forma natural.

Lyra se detuvo frente a mi madre.

La miró con esa intensidad seria y analítica de siempre. Mi madre no intentó tocarla, no habló alto, no invadió su espacio. Solo sonrió. Una sonrisa triste, dulce y paciente, de alguien que conocía el dolor y el silencio mejor que nadie.

—Hola, preciosa —dijo mi madre, moviendo apenas los labios, sin sonido.

Lyra extendió la mano. En la palma llevaba su cubo de confort, el favorito, ese que no soltaba por nada del mundo.

Con un cuidado extremo, colocó el cubo sobre la rodilla de mi madre.

Mi madre miró el objeto, sorprendida. Luego miró a la niña y, aunque no la entendiera ni conociera a Lyra en profundidad, se emocionó.

—¿Es para colgarlo en el árbol? —preguntó en voz baja, intentando comprender el gesto—. ¿O es para mí?

Lyra no respondió. Pero no recuperó el cubo. En vez de eso, apoyó el hombro en el brazo del sillón y se quedó allí, quieta, acompañando a mi madre, compartiendo el silencio.

Sentí que las lágrimas me subían calientes.

Mi madre, que pasó años encerrada en su propio dolor por la pérdida de mi hermano, siendo aceptada y acogida en el mundo silencioso de Lyra. Dos almas que sabían lo que era sentirse diferente, conectando sin necesitar una sola palabra.

Liam me rodeó los hombros con el brazo, atrayéndome contra su pecho, dándome un apoyo físico para la emoción que me desbordaba.

—¿Será esta la magia de la Navidad? —murmuró, besándome la coronilla—. ¿Unir a personas distintas como si fueran una sola?

Me apoyé en él, sintiendo la solidez de ese abrazo, la certeza de que no iba a soltarme.

—Yo creo que esa es la magia de la vida, Liam… La vida nos pone a prueba, nos golpea fuerte para ver hasta dónde aguantamos sin perder la dulzura. La vida solo es mágica con dulzura.

Miré alrededor.

El árbol estaba precioso, distinto a cualquier árbol de revista o de campaña publicitaria. Estaba cubierto de formas geométricas, texturas y luces cálidas que acogían en lugar de deslumbrar.

Rosie le servía torrijas a Elliot, que decidió quitarle la bandeja de las manos, arrimar un sillón junto con Luna al lado de mi madre y obligar a mi tía Rosie a parar y descansar para disfrutar del momento.

Y, en silencio, mi madre y Lyra contemplaban toda la decoración como si fuera un milagro.

No era necesariamente la familia de anuncio de margarina que el consejo de marketing de Crawford Toys quería vender desesperadamente.

Era una familia remendada. Hecha de gente que se había roto, se había perdido y se había pegado de nuevo con piezas que no encajaban del todo, pero que, juntas, funcionaban.

Gente de verdad, con cicatrices, con miedos, con pasados pesados… pero con unas ganas enormes de hacer que el presente saliera bien.

Cerré los ojos un segundo, inhalando el olor de Liam, escuchando las risas de Luna y Elliot mientras se picaban, mezcladas con la música suave, y dejé que la paz de ese momento se me metiera hasta los huesos.

Y allí mismo hice una plegaria silenciosa, sin palabras religiosas, solo sentida con toda la fuerza de mi alma: que todas las Navidades fueran así.

Que esta fuera la primera de muchas.

Que nunca olvidáramos que el milagro no estaba en la fecha, ni en el regalo caro, ni en la decoración perfecta, sino en el valor de intentarlo otra vez. En el valor de abrir la puerta y dejar entrar al amor, incluso cuando da miedo.

Liam me apretó el hombro, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Feliz Navidad, Emma —susurró, con la voz cargada de una emoción que ya no intentaba esconder.

Abrí los ojos y le sonreí a él, al hombre que había derribado todas las defensas, se había enfrentado a sus propios demonios y había reescrito las reglas por nosotros.

Aún era solo el principio. Nos quedaba mucho camino por delante.

Y, desde luego, ese era el sentido de un milagro: reconstruir lo roto, curar lo enfermo, aceptar lo diferente y vivir como si la vida fuera rara, única, un regalo.

Los milagros de Navidad no devuelven a las personas…

Pero dan nuevas oportunidades a quienes se quedan.

—Feliz Navidad, Liam.

Y, mientras las luces del árbol brillaban sin parpadear, iluminando aquel salón lleno de imperfecciones perfectas, supe, con la certeza de quien por fin ha encontrado su lugar en el mundo, que habíamos llegado a casa.

Epílogo

Emma Crawford

Un año después.

Si alguien me hubiera dicho, aquella mañana en la que entré por primera vez en la mansión Crawford, vestida con ropa prestada y cargando el peso de una deuda estudiantil sobre mis hombros, que exactamente un año después estaría bajando esas mismas escaleras vestida de novia, habría llamado a la emergencia psiquiátrica.

Pero la vida, descubrí, tiene un sentido del humor peculiar.

Y una capacidad infinita de sorprendernos cuando dejamos de luchar contra la felicidad.

La mansión estaba diferente. No en la estructura —las paredes altas y las ventanas de vidrio seguían ahí—, sino en el alma.

El frío silencio de museo había sido reemplazado por una banda sonora constante de vida: el sonido de la televisión encendida con dibujos animados a bajo volumen, el ruido de las sartenes de Rosie, los pasos de Lyra corriendo por el pasillo y, frecuentemente, la risa grave de Liam, que ahora resonaba libremente, sin miedo de despertar a sus fantasmas.

Hoy, sin embargo, la casa estaba sumida en una expectativa silenciosa.

Era Nochebuena nuevamente.

Y era el día de mi boda.

Me miré en el espejo de cuerpo entero de mi antiguo cuarto —ahora transformado en vestidor, porque hacía meses que dormía

en la habitación principal. El vestido no era blanco tradicional, ni estaba lleno de encajes que picaban. Era de seda, en un tono off-white cremoso, liso y fluido.

Necesitaba que fuera suave. Necesitaba que, cuando Lyra me abrazara, ella sintiera confort, no una textura que le causara una crisis.

—Estás... —La voz de mi madre falló en la puerta cuando me vio. Entró, secándose los ojos con un pañuelo de papel—. Pareces un ángel, Emma.

—No llores, mamá —le pedí, sintiendo mis propios ojos arder —. Si no, me voy a correr el maquillaje y Luna me mata.

Luna, que había asumido el papel de madrina y organizadora oficial (y dictadora) del evento, apareció detrás de ella, vestida con un deslumbrante vestido largo verde esmeralda.

—¡Nadie va a arruinar nada! ¡Hice un trabajo impecable y nadie me va a sacar de quicio hoy! —decretó, arreglando mi velo—. A no ser Elliot, que está perdiendo la cabeza tratando de controlar los nervios del novio. Al parecer, el gran CEO Liam Crawford tiene miedo de que salgas corriendo por la ventana.

Me reí.

—No voy a correr. No esta vez. Y nunca más.

—Perfecto, ahora dile eso a él —sonrió Luna, y por un segundo su actitud mandona se desmoronó—. Porque te lo mereces, amiga. Te mereces cada pedacito de este final feliz. ¡Este momento es tuyo!

—No es un final —corregí, volviéndome para mirar por la ventana, donde las luces del jardín comenzaban a brillar en el crepúsculo—. Es solo el comienzo de la mejor parte de la historia de nuestras vidas.

Bajamos.

La ceremonia sería en un club exclusivo, con área abierta, mucho verde y el aroma de jazmín en el aire. Liam se fue en cuanto Luna señaló que debía hacerlo, y yo pasé por cada habitación de la casa para rememorar esos dulces recuerdos.

Liam mantuvo nuestras reglas y su palabra.

De hecho, fue más allá, no solo pidió perdón, sino que reconoció sus errores y trató de reconquistarme todos los días. En menos de tres meses estábamos viviendo juntos nuevamente, y de alguna manera sabíamos que estaríamos juntos para siempre.

Aquella ceremonia marcaría el comienzo de nuestra familia y abriría espacio para una nueva vida, llena de esperanza, comprensión y amor.

Minutos después, Luna vino hacia mí.

—Tu coche está abajo. ¿Lista?

—Nunca pensé que, al buscar un trabajo, encontraría al amor de mi vida —murmuré.

—Era solo cuestión de tiempo. Con ese corazón tan lindo, grande y acogedor, cualquier hombre sería un tonto de no tirarse a tus pies. Y mira que Liam intentó resistirse —guiñó un ojo—. ¿Lista para esta nueva etapa de tu vida, amiga?

—Sí, siempre que estemos todos juntos —extendí mi mano.

Ella la tomó y me abrazó.

Luego me ayudó a bajar las escaleras, entrar al coche y permaneció a mi lado, mientras mi madre estaba al otro lado, de camino al club.

Al llegar allí, los invitados se pusieron de pie para recibirme.

La decoración era, como todo en nuestra vida ahora, adaptada para Lyra. Luces cálidas y fijas, velas de led dispersas, flores sin olores fuertes.

Cuando la música comenzó —una versión instrumental suave de piano—, mi corazón dio un vuelco.

Mi madre me condujo hasta el altar.

Y ahí estaba él.

Liam.

Llevaba un esmoquin negro a medida, pero la pajarita ya estaba ligeramente torcida, como si hubiera pasado la mano por ella mil veces. Cuando me vio, su respiración se detuvo. Vi su pecho inflarse y detenerse.

Sus ojos grises, que alguna vez fueron tan duros y fríos, ahora brillaban, rebosando una devoción que hacía que mis rodillas temblaran.

Él no me estaba mirando como la niñera de su hija. Ni como la salvadora de sus conflictos.

Era evidente en la mirada de Liam que me estaba mirando como la mujer de su vida.

Pero lo que me hizo detener la respiración no fue él.

Fue quien estaba parada en medio del camino, sujetando un cubo de terciopelo: Lyra.

Llevaba un vestido de la misma seda que el mío, hecho a medida. Su cabello estaba suelto, con una tiara simple. Sobre el cubo, en el espacio hecho a láser, estaban dos alianzas.

Me miró. Luego miró a su padre.

No había miedo en sus ojos. Había pertenencia.

Porque sabía que formaba parte de esa familia, que era respetada, querida y que nunca perdería su lugar.

Caminé hacia ella. Mi madre besó mi rostro y se apartó para sentarse junto a Rosie, que ya sollozaba audiblemente en la primera fila.

Me agaché frente a Lyra.

—Hola, princesa —susurré—. Qué día tan bonito... y para acompañarlo, mira cómo estás, toda deslumbrante.

Extendió la mano libre y tocó mi rostro. Un toque leve, rápido, pero que valía más que cualquier cosa.

—Bonita —dijo en voz baja y me guiñó el ojo.

De vez en cuando, sin presión, Lyra soltaba algunas palabras. Sus favoritas eran: Navidad, cubo, papá, bonita y capivara. No me preguntes por qué.

—Bonitas, las dos —besé la coronilla de su cabeza.

Luego, se giró y caminó hasta Liam, deteniéndose a su lado.

Me levanté y terminé el trayecto.

Cuando llegué al altar improvisado frente al atardecer y ese mar limpio, azul y eterno, Liam tomó mis manos. Estaban cálidas y firmes.

—Has venido —susurró, como si aún dudara.

—Nunca más voy a huir de ti —respondí, sonriendo.

La ceremonia fue rápida y sencilla. El juez de paz habló sobre el amor, sobre la construcción, sobre el coraje de empezar de nuevo. Pero el momento que importaba vino en los votos.

Liam sacó un papel de su bolsillo, pero ni siquiera lo miró. Me miró a mí.

—Pasé años pensando que la vida se basaba en reglas —comenzó, la voz ronca, quebrada por la emoción—. Reglas para no sufrir. Reglas para no sentir. Reglas para mantener el control y protegerme de lo inesperado. Construí muros tan altos que ni siquiera yo podía ver lo que había fuera de ellos.

Apretó mis manos.

—Y entonces llegaste tú. Con tu terquedad, tu luz y esa capacidad irritante de ser acogedora, amorosa, amable y siempre tener razón. No solo rompiste mis reglas, Emma. Me enseñaste a tener una nueva perspectiva de la vida. Me enseñaste que el amor no es un contrato de riesgos. Es un salto de fe. Y hoy, más que nunca, creo en nosotros.

Una lágrima corrió por su rostro.

—Te prometo amarte en los días fáciles y en los difíciles. Prometo cuidar de ti con la misma ferocidad con la que tú cuidaste de nosotros. Prometo que nunca más dejaré que el miedo tome decisiones por mí. Y prometo que, mientras respire, nunca, jamás, estarás sola.

Vi cómo las lágrimas caían, aunque él mantenía una postura austera, firme y concentrada.

Respiré hondo para poder hablar.

—Liam... —mi voz tembló—. Me diste un hogar cuando pensé que no tenía uno. Me diste un propósito. Y lo más importante, me diste una familia. Prometo ser tu compañera, tu amiga y el lugar donde puedas descansar tu armadura. Prometo amar a Lyra como si ella hubiera nacido de mí —miré a la niña, que observaba todo con atención—, porque en mi corazón, ella nació. Los amo.

Lyra, al escuchar su nombre, dio un paso al frente.

Levantó el cubo de terciopelo, donde las alianzas brillaban.

Liam cogió la mía. Yo tomé la suya.

Cuando deslizó el oro por mi dedo, sentí un peso salir de mis hombros. El último vestigio de inseguridad, de miedo a no ser suficiente, desapareció.

—Los declaro marido y mujer —dijo el juez—. Puede besar a la novia.

Liam no esperó.

Sujeto mi rostro con ambas manos y me besó. De una manera profunda, apasionada, llena de hambre y gratitud. Un beso que sellaba el pasado y abría las puertas de nuestro futuro.

Oímos aplausos. Silbidos de Luna (claro). El llanto de Rosie.

Pero cuando nos separamos, el único sonido que importaba vino de abajo.

Lyra estaba aplaudiendo, dos veces por vez.

Como si hubiéramos colocado el cubo en su lugar correcto.

Nos miramos.

Ella señaló su mejilla.

Nos reímos y, al mismo tiempo, nos agachamos y besamos sus mejillas, haciendo un sándwich de amor.

La fiesta fue un lujo, la cena deliciosa, la música estuvo en su punto y los invitados siguieron la etiqueta: fotos sin flash, conversaciones suaves y respeto por el espacio ajeno.

Elliot y Luna estaban en una esquina, discutiendo sobre algo que parecía política internacional, pero por la forma en que él la miraba a la boca y ella ponía los ojos en blanco sonriendo, terminarían con un beso antes del postre.

Mi madre conversaba animada con Rosie, planeando el menú para el Año Nuevo.

Me alejé un poco, acercándome al mar para respirar el aire fresco de la noche de Navidad y ver las olas rompiendo ante mí. Miré la luna llena, el cielo estrellado y el horizonte infinito.

Sentí unos brazos fuertes envolverme por la cintura desde atrás. El mentón de Liam se apoyó en mi hombro.

—¿Escapando de tu propia fiesta, Sra. Crawford? —susurró.

El nuevo nombre me dio un escalofrío delicioso.

—Solo admirando la vista. Y pensando.

—¿Pensando en qué?

Me giré en sus brazos, quedando frente a él. Pasé las manos por la solapa de su esmoquin, sintiendo su corazón latir contra mi pecho.

—Pensando en el regalo que tengo para ti.

Liam sonrió.

—Ya me diste el regalo que quería. Estás aquí.

—No —negué con la cabeza, mordiendo mi labio, sintiendo ese frío en el vientre, ese de un secreto guardado—. Tengo otro.

Frunció el ceño, curioso.

—Emma, habíamos quedado en no hacer regalos caros.

—No costó nada —respondí—. Bueno, tal vez un poco de náuseas matutinas, pero...

Su sonrisa se congeló. Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué?

Tomé su mano y la llevé hasta mi barriga, aún plana bajo la seda del vestido.

—Esta mañana casi pedí que cancelaran la boda porque vomité sin parar... Luna fue quien me obligó a hacer la prueba —susurré, sintiendo que las lágrimas volvían—. ¿Quieres comprobarlo?

Liam se quedó inmóvil cuando le entregué el test de embarazo con el resultado positivo.

Su mano sobre mi barriga temblaba. Me miró a mí, luego a mi barriga, luego de nuevo a mí, como si estuviera tratando de procesar la magnitud de la información.

—¿Tú... nosotros...? —balbuceó, el CEO elocuente desapareciendo por completo.

—Vamos a necesitar más cubos —bromeé, llorando y riendo al mismo tiempo.

—¿Un bebé? —susurró, su voz quebrada—. Emma... ¿vamos a tener un bebé?

—Un bebé.

Liam soltó un sonido que fue medio risa, medio sollozo. Me levantó del suelo, girándome en el aire, apretándome contra él con una fuerza que casi me rompe, pero que amé.

Cuando me colocó en el suelo, estaba tan emocionado. Lágrimas reales, de pura alegría, caían por ese rostro que tanto amaba.

—Gracias —dijo, apoyando su frente en la mía, con las manos sosteniéndome la cara como si fuera algo sagrado—. Gracias por darme una vida que nunca pensé que merecía.

—Lo merecemos, Liam —respondí, besando sus lágrimas—. Los tres: tú, Lyra y yo. Y ahora... los cuatro.

Lyra, que parecía haber escuchado su propio nombre, se acercó.

Nos miró abrazados, llorando y riendo. No entendió el contexto, pero pareció entender la energía del momento.

Se acercó a nosotros.

Liam se agachó y la levantó en brazos, algo que ella rara vez permitía, pero hoy aceptó. La abrazó con fuerza, besando su cabeza.

—Vas a ser la hermana mayor, Lyra —le susurró.

Lyra lo miró a él, luego a mí. Extendió la mano y tocó mi barriga, exactamente donde antes estaba la mano de Liam.

Pero apoyó la cabeza en el hombro de su padre y suspiró, un sonido largo de satisfacción.

Los abracé a los dos.

Nunca más habría límites, frialdad ni distancia entre nosotros, porque solo quedaba amor, calor y la luz de las estrellas de Navidad.

Y lo que teníamos ahora ya no necesitaba reglas.

Estaba escrito en toques, en miradas y en el profundo amor que sentíamos los unos por los otros.

Lyra abrió y cerró la boca como si intentara decir algo.

—¿Quieres decir algo, hija? —preguntó Liam.

Miró profundamente hacia el horizonte, suspiró y señaló al mar:

—Mamá... ¡capibara!

Nosotros dos nos echamos a reír, pero al mirar donde ella señalaba, vimos una manada de capibaras cruzando el agua, dirigiéndose a un lugar más aislado.

Eso fue divertido por muchas razones. Porque resumía cómo todo había comenzado y era exactamente un retrato de cómo es la vida:

Imperfecta.

Caótica.

Y un milagro, cuando sabemos aprovecharla.

También te puede gustar...



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FKTNYPD8/

Relación jefe y empleada + secretaria virgen y director + dominante y sumisa + Atracción prohibida

Aurora López es una Cenicienta moderna. Nunca ha sido la más guapa, nunca ha tenido novio, nunca la han besado. Y, por supuesto, nunca ha hecho el amor con nadie.

No tiene ratoncitos por amigos ni un hada madrina, pero creía que cumpliría sus sueños en Nueva York. Solo que… nada salió como esperaba. Con su familia al borde del colapso, recibe un ultimátum de su abuela: casarse con un viejo ranchero de su ciudad natal, que tiene el doble *(¿el triple? ¿quizá el cuádruple?)* de su edad.

En un último intento por cambiar su destino, se presenta a una oferta de empleo en la empresa de **Edward Cooper**, un CEO implacable, frío, calculador… y peligrosamente atractivo. Edward no es ningún príncipe azul, pero podría ser el único capaz de salvarla antes de que suenen las doce campanadas.

Lo que empieza como un trabajo se convertirá en una atracción irresistible.

Y cuando los secretos salgan a la luz… ni el amor podrá protegerlos.

No recomendada para menores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FH7LNGHJ

RELACIÓN FALSA · VENGANZA ROMÁNTICA · PADRE SOLTERO · VECINOS CON TENSIÓN SEXUAL · NIÑO AUTISTA · ROMANCE RÁPIDO

Anne Moore siempre va detrás de lo que quiere.

Ha luchado mucho para sacar adelante su pequeña agencia de eventos en Miami y mantener una relación de diez años con Samuel Griffin, dos logros de los que se siente muy orgullosa.

Hasta que, tras un fin de semana increíble con su novio, recibe al día siguiente una propuesta para organizar su boda… *¡pero con otra mujer!*

Entre el desespero, un ataque de locura y unas gotitas de Rivotril, Anne decide que lo mejor que puede hacer es aceptar el trabajo y convertir el gran día de su ex en una auténtica pesadilla.

¿Y cómo?

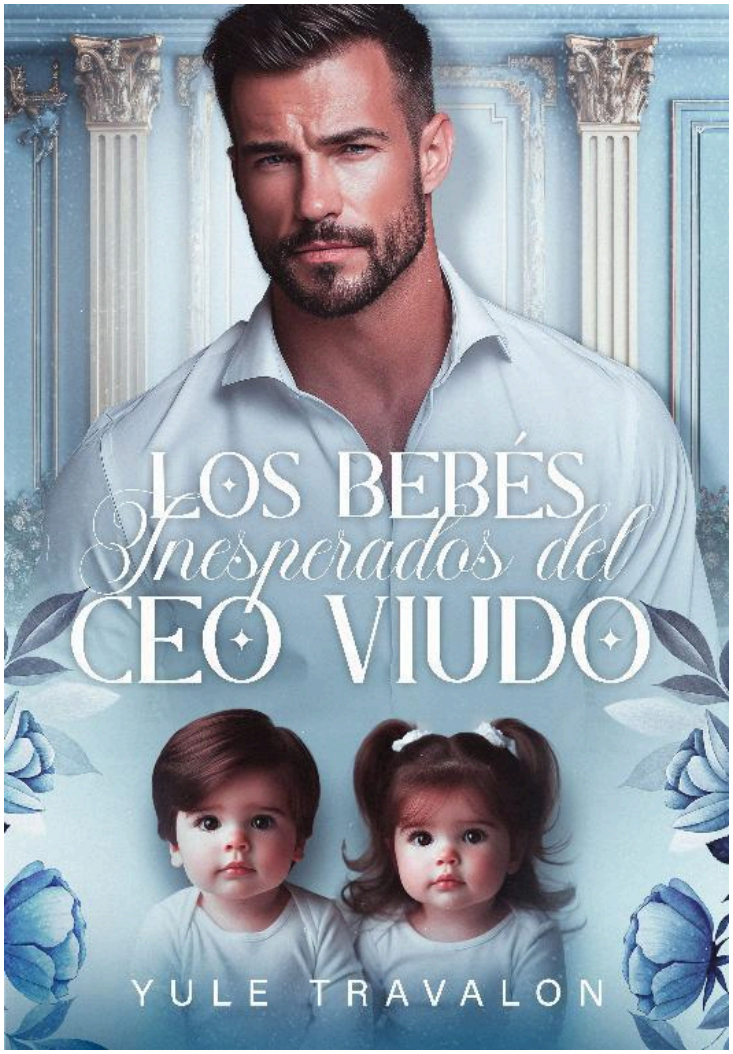
Muy fácil: solo necesita invitar a *su vecino buenorro* —al que lleva tiempo observando y está convencida de que es un escort de lujo— para hacerse pasar por su *nuevo novio,* provocar celos, descolocar por completo a Samuel y, con un poco de suerte, recuperarlo a sus pies.

Kaleb Petterson no tiene tiempo para tonterías, romances ni nada que le saque del control absoluto que impone sobre su vida. Por fin todo parece estar en orden: como inversor multimillonario, sus negocios van viento en popa; está aprendiendo a cuidar de su hijo autista de cinco años y preparándose para vengarse de quienes le arrebataron todo en el pasado…

Hasta que su encantadora —*y algo chiflada*— vecina le propone un plan disparatado: fingir una relación para arruinar la boda de uno de los hombres que más desprecia y que, casualmente, va a casarse con… *su hermana*.

¿Y si esta farsa fuera la puerta de entrada a un gran amor?

Recomendado para mayores de 18 años.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCSK147T

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + ROMANCE RÁPIDO + NIÑO ADORABLE

Massimo Zampieri, un viudo italiano de 37 años, viaja a Brasil para vender uno de los hoteles de su familia. Desde la muerte de su esposa, ha volcado toda su vida en cuidar de su pequeño hijo y

dirigir los negocios familiares, convirtiéndose en un hombre frío, sin tiempo para relaciones y con el corazón cerrado al amor.

Pero algo cambia cuando sus ojos se cruzan con los de Gabriela.

Un malentendido los une, desafía sus convicciones y pone en duda todas sus prioridades.

Gabriela Sierra creció en un orfanato y conoció las durezas de la vida desde niña. Al cumplir los 18 años, la echaron sin nada más que los recuerdos de las monjas que la cuidaron. Decidida y con el sueño de formar una familia, lo único que tiene es su trabajo como camarera en el Hotel 6 Continentes, frente a la playa de Copacabana.

Hasta que un hombre misterioso aparece y amenaza con quitárselo.

Massimo le ofrece un mundo lleno de lujo, protección y poder. Gabriela se encuentra dividida entre un amor imposible y una familia italiana que la ve como una interesada, mientras secretos oscuros comienzan a salir a la luz.

Con un embarazo inesperado y el choque de dos mundos opuestos, ¿lograrán Massimo y Gabriela superar los obstáculos y descubrir el verdadero significado del amor?

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com